

PABLO
RODRÍGUEZ CABELLO

EL VARADO





Dr. en D. Jorge Olvera García
Rector

Dr. en Ed. Alfredo Barrera Baca
Secretario de Docencia

Dra. en Est. Lat. Ángeles
Ma. del Rosario Pérez Bernal
Secretaría de Investigación
y Estudios Avanzados

Dr. en D. Hiram Raúl Piña Libien
Secretario de Rectoría

Dra. en D. María de Lourdes Morales Reynoso
Secretaria de Difusión Cultural

M. en C. Ed. Fam. María de los Ángeles
Bernal García
Secretaría de Extensión y Vinculación

M. en E. Javier González Martínez
Secretario de Administración

Dr. en C. Pol. Manuel Hernández Luna
Secretario de Planeación y Desarrollo
Institucional

M. en A. Ed. Yolanda E.
Ballesteros Senties
Secretaria de Cooperación Internacional

Dr. en D. José Benjamín Bernal Suárez
Abogado General

Lic. en Com. Juan Portilla Estrada
Director General de Comunicación
Universitaria

Lic. Jorge Bernaldez García
Secretario Técnico de la Rectoría

M. en A. Emilio Tovar Pérez
Director General de Centros Universitarios
y Unidades Académicas Profesionales

M. en A. Ignacio Gutiérrez Padilla
Contralor Universitario

El Varado

JURADO

Rodolfo Santullo, de Uruguay

Diego Simini, de Italia

Doménico Chiappe, de Perú

Mauricio Montiel Figueiras, de México

Pedro Enríquez, de España

Pablo
Rodríguez Cabello

EL VARADO



UAEM | Universidad Autónoma
del Estado de México

“2016, Año del 60 Aniversario de la Universidad Autónoma del Estado de México”

Primera edición, agosto 2016

El Varado

Pablo Rodríguez Cabello

Imagen de portada: Alicia Romo

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C.P. 50000

Tel: (52) 722 277 38 35 y 36

<http://www.uaemex.mx>

direccioneditorial@uaemex.mx



Esta obra está sujeta a una licencia *Creative Commons* Atribución 2.5 México (CC BY 2.5). Para ver copia de esta licencia visite <http://creativecommons.org/licenses/by/2.5/mx>. Puede ser utilizada con fines educativos, informativos o culturales, siempre que se cite la fuente. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx/>

Citación:

Rodríguez Cabello, Pablo (2016), *El Varado*, México, Universidad Autónoma del Estado de México, ISBN: 978-607-422-731-4.

ISBN: 978-607-422-731-4

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

PRESENTACIÓN

¶ LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO (UAEM), a lo largo de su trayectoria, ha tenido en cuenta la importancia de difundir el trabajo intelectual de jóvenes o experimentados literatos. Por esta razón, desde hace trece años instauró el Premio Internacional de Narrativa “Ignacio Manuel Altamirano”, certamen que convoca a escritores de habla hispana a presentar sus creaciones, con el fin de dar a conocer las nuevas formas de manifestarse literariamente. Desde su primera edición, la convocatoria fue abierta a escritores de talla internacional.

Para esta emisión 2015-2016, se recibieron 126 obras, resultado de la participación de novelistas y cuentistas nacionales y extranjeros. La credibilidad del certamen se ha dado gracias a la participación de los integrantes del docto jurado: Rodolfo Santullo de Uruguay; Pedro Enríquez de España; Mauricio Montiel Figueiras de México; Diego Simini de Italia y Doménico Chiappe de Perú. La discusión se llevó a cabo de manera tanto virtual como presencial; el incremento en la cantidad y calidad de las obras denotó el prestigio del premio y, en consecuencia, una mayor exigencia para el fallo final, por lo que se optó por otorgar dos menciones honoríficas.

El veredicto unánime fue premiar a la novela *El exilio del cuerpo*, de la escritora mexicana María Esther Núñez Herrera, obra que causó el asombro entre el comité dictaminador por su estilo, controversial contenido e innovadora forma de narración.

La primera mención honorífica fue para la obra *El varado*, del mexicano Pablo André Rodríguez Cabello; la segunda fue para la selección de cuentos de ciencia ficción: *Paracosmos*, de Gerardo Sifuentes Marín, también mexicano, las cuales son igualmente publicadas, con el fin de fomentar y difundir la actividad literaria, tanto entre los talentos emergentes como en el gran público lector.

Esperamos, queridos lectores, que la decisión del jurado forme en ustedes el interés por la fuerza creativa a fin de sumergirse en los mundos generados por estas obras lúcidas y lúdicas y encuentren en ellas gran regocijo intelectual.

DR. EN DERECHO JORGE OLVERA GARCÍA
Rector

Agosto, 2016

A Lenicos

*Les maladies dont nous souffrons le plus,
nous, les civilisés sont la mélancolie
et le pessimisme.*

Vincent Van Gogh

*Tus ojos contemplarán Jerusalén,
alberque fijo, tienda estable*

Isaías 33:20

*Nadie que habite allí
dirá que está enfermo*

Isaías 33:24

¶ EL CHOFER DETUVO LA CAMIONETA en una curva, al filo del acantilado, y señaló un punto blanco que destacaba entre el verdor de los cerros.

—Mire, allá... por eso le dicen el Varado.

Ciro advirtió que, en efecto, parecía la proa de un barquito de marfil pintado sobre el lienzo verde azul de la costa.

—Es una esquina del casco de la vieja hacienda —precisó el chofer.

Harto del olor a gasolina y del traqueteo enervante de la camioneta, decidió recorrer a pie el último tramo de terracería.

—Aquí me quedo—. Abrió la portezuela.

El hombre lo miró con una expresión de incredulidad sin despegar las manos del volante.

—Son más de tres kilómetros de aquí hasta la entrada.

—Pero es bajada.

—Como guste.

Esperó a que la camioneta se alejara dejando una estela de polvo y luego se sentó en una piedra a la orilla de aquel divisadero. Durante un rato su mirada osciló entre las tonalidades de los cerros bruñidos por la luz crepuscular y el cielo añil. Luego entornó los ojos y vio, más nítido, el contorno del barco mentido. Su mirada, avezada en las artimañas de la perspectiva, descubrió que la ilusión surgía de la suma, apreciable de lejos y tal vez sólo desde ese lado de la sierra, de un capricho de la topografía montañosa —quizá una media luna de tierra caliza— y de un edificio encalado que a la distancia parecía castillo de proa.

Muchas veces había pensado que el Varado o la Ciudadela, como la llamaban sus fundadores, era como esos lugares fabulosos que aparecían en las antiguas cartas de marear que, en su deslumbrante oropel, fueron la causa de innumerables naufragios. Pero ahí estaba, al alcance de la vista. Y en ese momento se preguntó si no había aceptado la misión, de manera un tanto precipitada, sólo por comprobar su existencia.

Encendió un cigarro, se incorporó y avanzó con el sol en la espalda. El camino descendía en zigzag y luego cruzaba una larga planicie entre palmeras y árboles de mango. Intermitentes ráfagas de aire salado le inflaban la camisa. Cuando el sol empezaba a ocultarse, divisó a lo lejos la entrada. El último tramo discurría paralelo a un muro de piedras toscas unidas con argamasa de cal y pedacería de concha. Alentó el paso mientras repasaba los consejos que le había dado el arquitecto para salir airoso en las primeras entrevistas.

El portón claveteado era la entrada al casco de una vieja hacienda. A un lado había un nicho con una escultura de piedra. Al acercarse vio que se trataba de un ángel con un brazo trunco, estirado hacia arriba, que alguna vez debió empuñar una espada.

Jaló el cordón de la campana y esperó, sintiendo que el pulso se le aceleraba. El portón rechinó al abrirse y al otro lado apareció un hombre alto y delgado que lo miraba con una mezcla de asombro y suspicacia.

—¿Trae su carta de aceptación?

Ciro le entregó una hoja doblada que sacó de la mochila que cargaba en la espalda. El hombre se asomó y miró alrededor como si buscara el vehículo en el que había llegado.

—¿Ese es todo su equipaje? —dijo señalando el pequeño maletín que Ciro había puesto en el suelo.

Recorrieron una vereda de grava que los llevó hasta un edificio colonial con techo de cuatro aguas. Entraron a un salón espacioso cuyo mobiliario se reducía a un escritorio, un ropero y dos sillas. El hombre le pidió que se sentara y caminó hasta el rincón donde estaba el ropero apolillado. Sacó un fajo de papeles y se puso a llenar un formulario copiando datos de la carta que Ciro le había dado. Mientras escribía murmuró entre dientes: “Así que lo recomendó el Turco, ¡eh!”. Ciro permaneció callado. Cuando el hombre acabó de escribir, se quedó mirándolo fijamente como si buscara la marca característica de alguna manía.

—Usted se ve grave. —Dijo al fin.

—Pues sí, el viaje resultó más pesado de lo que pensé— respondió como si no tuviera la menor duda de que el hombre aludía a su aspecto cansado y polvoso.

—No me refiero a eso —corrigió el otro. “Éste debe ser el primer filtro” pensó Ciro.

—Pues yo no me siento muy mal —dijo, molesto por la seguridad con que el otro le hablaba de su estado de ánimo, pero se arrepintió apenas lo dijo. ¿No le estaban facilitando las cosas? ¿No era mejor seguirle la corriente si insistía en tratarlo como enfermo? ¿Y si el hombre estaba actuando? Quizá era un portero haciéndose pasar por doctor. Sintió, de golpe, lo absurdo de la aventura en la que se había embarcado. Se vio a sí mismo como un espía entrando al corazón de una ciudad enemiga sin conocer siquiera la lengua del país. Sintió ganas de huir, de echar todo por la borda aunque se sabía incapaz de hacerlo a estas alturas. Necesitaba estar alerta para no dar un paso en falso y evitar que lo descubrieran antes de averiguar algo útil.

—Ese puede ser el síntoma de una enfermedad crónica: la incapacidad del enfermo para darse cuenta de su malestar.

—¿Y de qué estoy enfermo? —preguntó seriamente, seguro de que no podrían descubrirlo tan pronto y de que responder cualquier cosa ya era entrar en su juego.

—Eso lo sabrá cuando concluyan los estudios.

—¿Y cuánto tardan... esos estudios?

—Varía mucho, pueden ser años, incluso décadas... a veces sólo toma unos días... depende del paciente.

—¿Y mientras tanto, podré hacer mi vida normal?

—¿A qué llama vida normal?

—No sé... salir de aquí, ir a cualquier... —se detuvo con la sensación de que había estado a punto de cometer una imprudencia.

—El reglamento de la Ciudadela lo prohíbe, aunque hay excepciones, claro. Un jefe de sección puede autorizar una salida cuando lo considera conveniente.

—¿Y cuándo empiezan mis estudios?

—Ya empezaron, esta plática forma parte del primero, igual que la respuesta a su solicitud de ingreso.

Ciro escrutó el rostro del hombre en busca de un guiño irónico. El otro se incorporó y le extendió la mano.

—Bienvenido. —Dijo en un tono perfectamente neutro, profesional.

El portero lo llevó a un edificio moderno y austero conocido como la Escuadra. Le mostró el comedor en la planta baja, el baño colectivo al fondo del pasillo y su cuarto en la planta alta. La caminata había sido extenuante, así que apenas se quedó solo, se arrojó al camastro con mosquitero y se durmió. A medianoche se despertó para ir a orinar y poco después, en duermevela, oyó un murmullo de voces y llanto entrecortado por estallidos como de látigo o cintarazos. Al principio creyó que se trataba de una discusión que degeneraba en riña. Poco después el ruido cesó o él recayó en el sueño. Más tarde lo despertó un grito. Escuchó una súplica y, más nítido, el látigo. Imaginó a un interno implorando de rodillas a un verdugo implacable. Inquieto, se preguntó si estaría permitida esa clase de castigos o constituía una grave irregularidad. Le pareció escandaloso quedarse con la duda así que resolvió averiguar qué ocurría. Al salir, azotó la puerta sin querer. Recorrió un tramo del pasillo apenas iluminado por la llama temblorosa de un cerillo. Sólo escuchaba el roce de sus pies en el piso. La oscuridad agudizó la sensación de ser el único ocupante del enorme edificio. De regreso a su cuarto, pensó que tal vez había estado soñando. La reanudación del bisbiseo lo sorprendió de pie frente a la ventana. Esta vez sonaba como un responso monótono mezclado con gimoteos. Una expresión en latín lo hizo pensar que se trataba de alguien que oraba. Los gemidos renovaron la angustia. Recordó que el arquitecto había dicho que los curas en la Ciudadela estaban

tan fuera de lugar como una estatua de Venus en una mezquita, que su presencia era el ejemplo más elocuente de la forma en que la actual administración había desfigurado la ciudad proyectada por los fundadores. No supo en qué momento dejó de escuchar ruidos.

Casi al amanecer se volvió a dormir y despertó hasta las diez. Fue al comedor situado en la planta baja. En el salón, amplio y bien iluminado, con grandes ventanales, no vio un lugar donde sentarse, pues las sillas estaban, patas arriba, encima de la mesa.

—El desayuno se sirve hasta las nueve, de siete a nueve — le informó un hombre obeso sentado en un rincón. ¿Lo estaba esperando? Señaló una mesa donde había una cafetera y una cesta repleta de pan. Ciro se tomó dos tazas de café tibio y salió a una vereda que rodeaba esa parte del edificio. Llegó hasta una avenida con un amplio camellón en medio y avanzó a paso firme por la calzada hasta una glorieta en cuyo centro se erguía una estatua de Ceres.

Mientras rodeaba la glorieta, recordó la primera vez que David le habló de la Ciudadela, siete años antes. Durante un viaje al sureste en el treinta y cinco. Estaban sentados en lo alto del castillo de Chichén Itzá, de pronto David comentó, como si pensara en voz alta, que en esa ciudad maya los edificios estaban dispuestos de acuerdo con un calendario agrícola-religioso... —se quedó callado unos segundos y luego agregó con aire distraído—. En el Varado hay algo parecido... la avenida principal representa los meses del calendario agrícola jacobino.

—¿El Varado? —preguntó Ciro.

David permaneció en silencio y a Ciro le intrigó más el gesto de arrepentimiento que sorprendió en el rostro de su amigo, como si mencionar aquel nombre fuera una imprudencia.

—Es un lugar donde mi padre y sus amigos se curan sus neurastenias —dijo luego de un tenso minuto.

Ciro se abstuvo de hacer más preguntas, pero a partir de ese día, a lo largo de varios años, a medida que otras vislumbres del lugar le fueron reveladas, a cuentagotas, su curiosidad fue en aumento. Las recibía como un don merecido, por la amistad, pero nunca se atrevió a pedir más de lo que David estuvo dispuesto a darle. Imaginó que su amigo se debatía entre la fidelidad a un secreto, que había prometido guardar, y el deseo de compartir con él todo aquello. Aunque estaba seguro de que algún día lo invitaría a conocerlo, no quería forzar las confianzas. Siete años después de esa revelación, cuando el arquitecto le propuso la misión, comprendió, con tristeza, que la imagen del Varado conformada con tan mezquinos indicios, se parecía a una fotografía desenfocada. Sintió que la misión era absurda y pensó dar marcha atrás. Pero era imposible y no sólo por el compromiso asumido con el arquitecto, el padre de David, pues estaba seguro de que si hubiera sabido antes toda la historia que le contó acerca de la extraña desaparición de su hijo, no habría vacilado en ir por su cuenta a buscar a su mejor amigo. También recordó que hacía mucho sentía la imperiosa necesidad de aclarar un malentendido surgido en las últimas semanas que se frecuentaron. Aunque tampoco quería aceptar que esa fuera una razón de peso. No había llegado hasta ahí por mera curiosidad o por vagos sentimientos de culpa. Necesitaba aferrarse a la idea de que su primera motivación era completamente desinteresada. Sin embargo, no lograba acallar una voz que le susurraba, en lo más íntimo, que era una buena oportunidad de aclarar, de una vez por todas, el malentendido que los había distanciado hacía más de dos años.

Caminó hasta un extremo de la calzada, observando con atención los detalles del camellón. Había tres glorietas con

una escultura en el centro: Chac Mool, Ceres y una figura que Ciro no conocía, aunque supuso que debía tratarse de alguna deidad relacionada con la fertilidad de la tierra. El camellón estaba seccionado en cuatro partes que a su vez se dividían en tres parterres formados por alrededor de treinta cajones con una planta distinta en cada uno. En una banqueta Ciro encontró una placa de lámina que decía Pluvioso. Pensó que las subdivisiones del camellón —cuatro, tres, treinta— correspondían a las estaciones, meses y días del calendario jacobino.

Luego de hacer el circuito completo dos veces, observando con cuidado los detalles y las plantas del camellón, fue a sentarse en una banca sombreada. Recordó que en uno de los planos del arquitecto, la avenida, vista desde arriba, le había parecido un hipódromo. Ahora, en cambio, el camellón pletórico de plantas se le antojó un vivero. Comprendió que el arquitecto le había mostrado los planos de una ciudad inconclusa. Había visto que esa avenida, una línea que unía el casco de la vieja hacienda con la plaza central y luego se prolongaba hasta la costa, estaba flanqueada por edificios que aún no se habían construido. La escasa información que brindaban los planos sobre el emplazamiento era, además, incierta, pues aunque el arquitecto se empeñó en llenar ciertas lagunas con descripciones muy detalladas y se mostró dispuesto a aclarar las dudas que Ciro le planteó, había claras omisiones sobre la naturaleza y los fines de la Ciudadela. Quizá porque el arquitecto consideró innecesario, en su apresuramiento, mostrarle todas las piezas del rompecabezas o porque dárselas todas de golpe, ahora que necesitaba su ayuda, hacía más evidente la desconfianza de no haberlo hecho antes.

Le sorprendió la risa de un niño que se acercaba montado en una bicicleta que le quedaba grande. Las piernas apenas

le alcanzaban para pedalear y tenía que esforzarse para mantener el equilibrio. ¿Estaba de visita o vivía ahí? ¿Un niño condenado a vivir entre melancólicos podría desarrollarse bien? El arquitecto había mencionado escuelas y parques recreativos, ¿se habían construido o existían sólo en los planos? Cuando le dijo que habían traicionado su idea original para construir una especie de hospital para melancólicos, Ciro se animó a preguntar:

—¿Entonces, qué se supone que iba a ser el Varado?

—Esto... —dijo el arquitecto señalando un plano extendido sobre el escritorio de su estudio y agregó: —La ciudad del futuro... y lo seguirá siendo, siempre será la ciudad del futuro —se quedó en silencio con una expresión sombría.

El niño, zigzagueando, dio vuelta en la glorieta de Ceres y se alejó por una vereda adyacente. De pronto cruzó la calzada un grupo de jóvenes cargando en hombros unas varillas de acero. Algunos cantaban para darse ánimo. Ciro se incorporó para seguirlos a través de un camino bordeado por setos desaliñados. Subieron a una colina desde la cual se dominaba una planicie que hervía de hombres ajetreados, la mayoría jóvenes, realizando diversas tareas de albañilería: un grupo numeroso, armado de picos y palas, ampliaba la zanja para los cimientos de un edificio; otros, preparaban una mezcla que luego era vaciada en pequeños bastidores. Ciro, recargado en un árbol, contemplaba la escena con interés. Por todas partes iban y venían carretillas con cargas diversas: rocas, arena, tablas. Era un movimiento incesante como si a esa muchedumbre le sobrara energía y le faltara tiempo o como si la jornada de trabajo hubiera sido dilatada por un decreto de autoridades desquiciadas. Sólo hacían pausas para refrescarse con una bebida que repartían mujeres vestidas de blanco. Ciro recordó una estampa, de alguna enciclopedia, que ilustraba el

horror de la esclavitud con una escena de la construcción de un zigurat en Babilonia. Pero aquí, la mayoría de los jóvenes se veían contentos, ¿se podía fingir entusiasmo? Algunos, con el torso desnudo y sombreros de palma, parecían vacacionistas. Ciro pensó que no tenía ninguna razón para pensar mal. Sin embargo, no podía sacudirse la impresión de que había algo compulsivo en aquel ajetreo, como si esos jóvenes fueran incapaces de detenerse un minuto. ¿El trabajo era una terapia? ¿Esos jóvenes ya habían sido curados? ¿Entonces por qué seguían internados? ¿Pagaban su recuperación con trabajo? “Esto tiene color de hormiga, sonrió para sus adentros, más bien, de termita, son como un comején, cada insecto es su propio capataz”.

“Allá las cadenas son los mimos y cuidados que les prodigan como si fueran niños... y dime tú, si recuperar la salud y madurar implica asumir riesgos y responsabilidades, quién estaría dispuesto a curarse, primero les estrangulan la voluntad, luego los hacen renunciar a la libertad a cambio de una alegría pueril. Los obligan a encerrarse en sí mismos”. Dijo el arquitecto. Pero años antes, David había dicho algo que lo sorprendió viniendo de un viajero incansable: “La vagancia improductiva debería ser corregida por un encierro regenerador, edificante. Los fundadores no querían la república sin poetas ni la ciudad del sol, querían acabar con la oposición trabajo-creación, querían que los obreros fueran artistas”. Parecía que cada vez que recordaba algún dicho del arquitecto sobre el Varado, su memoria podría traerle una afirmación de David que equivalía a una réplica. Era como si David y su padre sostuvieran, sin saberlo, una discusión desfasada. Aunque estaba consciente de que era sólo una ilusión causada por su memoria, pensó que aquellas alusiones, vagas y dispersas, como fragmentos de dos melodías contrapunteándose, podían convertirse

en una fuente de confusión y dudas. Tal vez fuera mejor atenerse a sus ojos y no pensar demasiado en lo que le habían dicho. Por otra parte, costaba trabajo imaginar al arquitecto discutiendo con su hijo a propósito de lo que fuera. David sentía devoción por su padre, parecían estar de acuerdo en todo y siempre los vio llevarse de maravilla. ¿Entonces, por qué David se había alejado sin avisar? ¿Qué estaba haciendo en la Ciudadela? El arquitecto había desplegado un abanico de hipótesis al respecto, pero todas parecían aconsejadas por el resentimiento. Sonaba más creíble la versión del Turco.

Estaba pescando jaibas, cerca de la bocana del río, cuando vi de lejos al grupo de muchachos acercándose por la playa, todos vestidos de amarillo. De lejos parecía una cuadrilla de náufragos. Cuando estuvieron cerca, reconocí a un enfermero del Varado que encabezaba el desfile. Luego lo vi, su cara me resultó familiar. Es igualito a su padre a la misma edad. David, le grité. Él se detuvo, me miró y continuó su camino como si nunca nos hubiéramos visto.

Aprovechando que tenía algo que contarle, esa misma noche le escribí a Manuel. A vuelta de correo me llegó una carta en donde me pedía que confirmara y ampliara la información, pues hacía tiempo —no dijo cuánto— que no tenía noticias de su hijo. Al día siguiente mandó un telegrama anunciándome que venía a San Borja, a más tardar en una semana, para ir él mismo en persona a rescatarlo, usó esa palabra: rescatarlo. Su prisa y el tono de sus mensajes me hicieron ver lo desesperado que estaba. ¡De haber sabido, no sé si le hubiera escrito! Me impresionó su actitud aunque lo conozco desde joven y sé que siempre fue así, medio atrabancado. Para evitar un escándalo que jodiera mi relación con la administración del Varado, decidí adelantarme. El día de la entrega de víveres, les dí el día libre al chofer y a su ayudante para ir yo mismo a ver si averiguaba algo.

La entrega se hace en el almacén, lo que fue el edificio más grande de la vieja hacienda, y de ahí no es fácil pasar. Mientras dos internos sacaban la mercancía, traté de sonsacarles algo sobre David, pero dijeron que no lo conocían. Luego hablé con los encargados de la bodega y uno de ellos me informó que tenían prohibido dar información sobre los internos. Me dio mala espina tanto misterio.

Dos días después, Manuel llegó por acá echando chispas. Para tranquilizarlo y evitar que se precipitara y acabara embrollando más el asunto, le dije que considerara que si David aún estaba en el Varado —y eso había que confirmarlo antes— era evidente que no deseaba que se supiera, si no, ya se lo habría comunicado él mismo a algún conocido, no sé, tal vez a un amigo. Así que lo mejor era irnos con tiento. Creo que el día que nos vimos en la playa fingió no reconocerme...

—¿Cómo sabes que no retienen sus cartas? —me interrumpió. Quería ayudarlo a serenarse, pero noté que mis palabras no estaban provocando el efecto deseado, y ya ni le mencioné las sospechas que tuve luego de ir al Varado.

—Tal vez lo tienen ahí encerrado o amenazado, no sé, este asunto apesta —gritó, pensé que estaba a punto de llorar.

—Razón de más, para no embestir como bueyes. Ese día, en la playa, algunos parecían felices, como estudiantes durante una excursión. Así discutimos hasta la medianoche, a veces parecía que entraba en razón, pero volvía a ponerse furioso. Insistía en ir al día siguiente y sacar a David a punta de guamazos si era necesario. Incluso llegó a proponerme que convocara a un grupo de personas de confianza para organizar un asalto. Resultaba increíble oírle decir eso, a él, la leyenda viva de San Borja, la eminencia de la arquitectura. Me costó hacerle ver lo descabellado de su idea. Me acusó de estar más preocupado por mis negocios. Tuve que explicarle que la espléndida vecindad

entre San Borja y el Varado no era sólo un asunto comercial. Y aunque así fuera, eso ya nos obligaba a actuar con cautela, pues hoy por hoy no hay un solo comerciante en San Borja que no tenga algún negocio con la Ciudadela. En un momento se levantó y amenazó con ir solo. No me quedó más remedio que hacerle ver que no era difícil imaginar, por más duro que fuera aceptarlo, que su hijo podría haber ido al Varado por su propio pie y que tal vez no la estuviera pasando tan mal allá. Si uno aceptaba esa posibilidad, y habría que ser muy tarugo para no hacerlo, se debía usar la cabeza antes de arremeter a lo bestia. Manuel daba vueltas como león enjaulado. Se burló de mí. Me dijo que era un pusilánime. Pero creo que cuando consideró esa posibilidad se sintió horrorizado. Volvió a sentarse.

—Es posible... —dijo en un tono que me dejó ver que ya estaba entrando en razón.

—Hay que averiguar cómo llegó y por qué sigue ahí, antes de dar un paso en falso —insistí.

—No te imaginas cómo me encabronaría saber que él decidió pasar una temporada ahí.

Esa noche supe que el distanciamiento entre el doctor Helmuth y Manuel, del que ya me había llegado algún chisme, era, en realidad, un abismo. También me dio la impresión de que entre padre e hijo podía haber ocurrido algo, un altercado quizás, del que Manuel no dijo ni pío. Al final le sugerí que era necesario mandar a alguien a averiguar qué hacía David en el Varado. Y el primer candidato que se le vino a la mente para esta misión fuiste tú.

Ciro pensó que debió haber aclarado más cosas con el Turco. Esa noche no había parroquianos en El Oasis. El chofer que lo había recogido en la estación de autobuses les llevaba las cervezas desde la barra. El Turco había dejado salir más temprano a los empleados del bar, para poder hablar

con confianza, pero Ciro, cansado del viaje y de los días vertiginosos que siguieron a las entrevistas con el arquitecto, esperaba con impaciencia que lo llevaran a su hotel. Se limitó a escuchar y a responder con monosílabos las preguntas que le hizo el Turco. Sólo ahora comenzaba a sentirse intrigado por el relato escuchado en El Oasis, especialmente, por la cuestión, mencionada de paso, de las relaciones entre el doctor Helmuth, el actual administrador, y el arquitecto. El Turco debió suponer que el arquitecto ya le había aclarado los puntos más importantes y que confiaba en su propia iniciativa.

En ese momento le llamó la atención un albañil viejo, de cuerpo flácido, quizá engordado por el ocio, que desentonaba con los jóvenes que lo rodeaban. A leguas se le notaba el hartazgo. ¿Era un interno nuevo que aún no sufría la metamorfosis física y mental de los otros? ¿O era al revés; ese hombre, más viejo y desengañado, llevaba más tiempo ahí que los demás? De pronto, una palmada en la espalda lo sobresaltó.

—¡Camarada!... con que tomando un merecido descanso ¿no? —había cierta ironía en el tono, pero el gesto era hostil y lo hizo sentirse como sorprendido en culpa. El hombre, alto y fornido, llevaba un plano enrollado bajo el brazo y usaba casco.

—¿A qué sección pertenece?

—Duermo en la Escuadra.

—¡La Escuadra! Con que nuevo ¿eh?... está bien, pero muévase, cuando hay faena aquí no es bien vista la ociosidad. Circule.

Regresó a paso rápido hasta la avenida de la República. El sol le hería las pupilas. Cruzó ambas calzadas a la altura de una glorieta y luego se internó por una zona boscosa. Confundido y nervioso, avanzó un rato sin ver por dónde se metía, preguntándose si no había cometido un error. Tal vez no podía husmear libremente por la Ciudadela, lejos de la

Escuadra, pero ¿por qué no se lo habían dicho? El hecho de no haber sido advertido podía servirle de excusa. Tal vez no le habían dado ningún reglamento para ver cómo se comportaba. ¿Sería eso parte de los estudios o filtros que mencionó el portero? El camino subía y bajaba entre grandes frondas. Desde una cuesta advirtió un grupo de cabañas. Pensó que debía estar cerca de alguna corriente. En uno de los planos había visto tres manantiales que se convertían en riachuelos y serpenteaban por amplias zonas del Varado. Con la esperanza de encontrar agua se metió a un túnel formado con arcos cubiertos con un emparrado. Sin saber cómo, llegó al patio de un chalet con techo de teja a dos aguas. Dio un rodeo con pasos de gato hasta ubicarse frente a la fachada principal. En medio de un jardín bien cuidado, vio a una mujer de perfil, sentada bajo una pérgola. Al lado había un caballete cubierto con un trapo manchado y una caja con óleos y pinceles. La mujer contemplaba, con un aire de placidez, la magnífica vista de una cañada que se extendía hacia la costa. Ciro supuso que ella debía sentirse en el paraíso. Sin embargo, cuando notó que él la observaba se puso seria y lo miró con el ceño fruncido. Él sonrió, pero se sentía un intruso. En ese momento, salió de la casa una joven con delantal. Llevaba una botella de vino y queso en una bandeja plateada. Sirvió una copa y acercó la cabeza a la mayor para escuchar algo que la otra le susurró al oído. Las dos voltearon hacia él, la joven con una expresión de asco y la mayor con un brillo hostil en la mirada.

Se alejó hecho un nudo de confusión y de culpa como si su presencia manchara un cuadro de idílica belleza. Caminó sin detenerse hasta volver a la glorieta de Ceres, abrumado y con la boca pastosa de resequedad. Volvió a la Escuadra. El comedor estaba vacío, pero había una mesa con restos de comida. Comió un plato de arroz, un filete de pescado frío

y se tomó media jarra de limonada. Luego subió a su cuarto, se recostó en el camastro y pronto se quedó dormido. Más tarde se despertó en medio de una pesadilla. La oscuridad se había adueñado de la huerta y sus perfumes y rumores le llegaban a través de la ventana abierta. Aún estaba molesto, con la sensación de haber sido rechazado dos veces y a la vez intrigado por las impresiones del día y más aún por la profunda disonancia entre las dos escenas. Por una parte, los jóvenes, atareados como insectos bajo el sol, hacían sospechar que en el Varado existía una esclavitud encubierta; sin embargo, la pintora y su mucama ponían en duda esa hipótesis ¿o era una mujer rica viviendo en un régimen de excepción? No entendía nada. Por suerte, entender qué era el Varado no era parte de su misión. Su objetivo era encontrar a David. Pero debía ser paciente y andarse con pies de plomo. Quizá los primeros días sería mejor no alejarse de la Escuadra. El arquitecto confiaba en que tarde o temprano lo encontraría. Ni siquiera tenía que molestarse en buscarlo —eso podría llamar la atención—. “Debes actuar como lo haría un nuevo interno, más preocupado por los filtros”.

Se distrajo escuchando el rumor acompasado de grillos y chicharras. En el cielo seminublado apenas se divisaban pocas estrellas tiritando al compás de los insectos. Relajado, volvió a acostarse y se durmió enseguida. A medianoche fue al baño. Mientras orinaba escuchó el cintarazo, un rumor de quejidos. Otra vez sintió un vago impulso de averiguar qué estaba pasando, pero luego oyó que alguien roncaba estentóreamente y decidió volver al camastro.

A la mañana siguiente despertó cerca de las diez, hambriento y con la boca reseca. El comedor estaba vacío, pero encontró el desayuno servido en una mesa del centro. Los huevos con jamón y el café estaban fríos, pero Ciro los devoró con avidez. “Por lo visto la administración está al tanto de todo”. Notó que había tres mesas disponibles. Las demás tenían sillas encima. ¿Sólo había tres internos en la Escuadra? ¿Dónde estaba el Gordo de la víspera? Iba a tomar el jugo de naranja, pero una sospecha dejó suspendido el movimiento del brazo entre la mesa y su sed. ¿Podría contener un somnífero o alguna droga disuelta? Pensó que ese tipo de dudas podían ser los primeros síntomas de paranoia y vació el recipiente de un trago. Después del desayuno, se bañó y salió a la huerta que colindaba con la Escuadra.

Recorrió una vereda que serpenteaba entre arriates de flores y hortalizas, árboles frutales, especias y plantas aromáticas dispuestas con la gracia de un jardín ornamental. Había tramos apenas desbrozados donde parecía que terminaba la zona de vegetación domada. Ciro pensó que las partes desaliñadas no se debían a negligencia, pues el jardín, al menos la zona que había recorrido, daba la impresión de equilibrio y armonía. En una bifurcación eligió un camino que lo llevó hasta un parterre circular en donde se mezclaban diversas flores, en un orden preestablecido para parecer casual, formando acordes cromáticos que le recordaron algún cuadro puntillista. Cerró los ojos y respiró un perfume

que le llegaba a rachas. Lo invadió un sosiego que no había sentido desde hacía varios días. “¿Quién cultiva este jardín?”, pensó. Calculó que se requería una legión de jardineros para mantenerlo en ese estado. ¿Quién les paga? ¿De dónde sale el dinero? Recordó que el arquitecto había insinuado que la administración hacía negocios raros, ¿o había dicho turbios?, aunque también afirmó varias veces que en la Ciudadela cada cosa podía ser algo muy diferente de lo que parecía. ¿Eso significaba que los ruidos que lo despertaron la primera noche podían tener una causa inocua y, en cambio, en esa tranquila huerta debería estar alerta? Quizá sólo había querido decirle que no bajara la guardia, que la misión exigía una vigilancia constante. Se preguntó si el arquitecto, en su desesperación por recuperar a David, no habría subestimado los riesgos. Era como si lo hubieran puesto a jugar un juego peligroso sin aclararle todas las reglas. Tal vez el arquitecto lo había elegido precisamente a él, entre todos sus conocidos, porque confiaba en su iniciativa para sortear cualquier dificultad que se presentara. Aún así, pensó que se había dejado convencer muy rápido, que el arquitecto le había contagiado su optimismo, pues estaba seguro de que sería una empresa fácil, aunque no exenta de riesgos. Incluso consideró la posibilidad de que David, enterado de su llegada, acudiera a recibirlo como a un salvador. El arquitecto había estimado que en una extensión de trescientas hectáreas habitadas por menos de mil almas tarde o temprano sería inevitable encontrarse con cada uno de los habitantes, como pasa en un pueblo chico. También le había aconsejado que los primeros días se abstuviera de buscar o preguntar por su amigo, pues eso llamaría la atención y levantaría sospechas de las autoridades. Primero había que asegurar su ingreso. Pasar todos los filtros —no sabía cuáles ni cuántos—. *Tendrás que andar con mucha cautela, ser*

paciente, es posible que él vaya a buscarte. Aunque no lo dijo, a Ciro le dio la impresión de que al arquitecto le importaba más confirmar la presencia de David en el Varado como si no confiara plenamente en el testimonio del Turco. ¿Por qué? Tal vez le había molestado la insinuación de que David podía no estarla pasando tan mal ahí. La noche de su entrevista en El Oasis, el Turco le confesó su sospecha de que si David seguía ahí, lo hacía por su propia voluntad. La decisión de ocultar su paradero se explicaba por el temor de irritar a su padre. *Es imposible que David no esté al tanto de la ruptura de Manuel con el doctor Helmuth.* Ahora, a él también le incomodaban esos supuestos del Turco, pues daban pie a la sospecha de que la misión era una causa perdida. Sintió la necesidad de aferrarse a la versión del arquitecto: David está preso y anhela con toda el alma ser rescatado. Ciro le había preguntado cómo iba a encontrarlo si lo tenían preso. Y el arquitecto había dicho que no creía que estuviera encarcelado y oculto: *No lo dejan salir de la Ciudadela ni comunicarse. Seguro anda libre, pero vigilado de cerca. No tengo ni sombra de duda. Incluso en el supuesto de que David hubiera ido voluntariamente, estoy casi seguro de que lo han obligado a permanecer allá. Con el único propósito de joderme a mí... tú sabes lo pata de perro que es, no soportaría ni una semana de encierro. Por eso no le permiten comunicarse con nadie de fuera.* Este razonamiento le pareció inobjetable.

Vagamente advirtió que no estaba solo. El Gordo que había visto un día antes en el comedor estaba recargado en un árbol situado a unos metros. Llevaba un sombrero de fieltro tan chico que apenas le cubría la calva, y un saco negro, muy ajustado, que a Ciro se le antojó un disfraz demasiado evidente. Fingía leer un folleto, pero Ciro sintió que lo observaba con sigilo. Levantó la mano en señal de saludo, pero el otro apenas movió la cabeza como respuesta. Ciro no supo si atribuir

esa reserva a suspicacia o a mera hostilidad. ¿Era empleado o interno? ¿Lo había seguido o trabajaba en esa zona del jardín? ¿Le habían ordenado vigilarlo porque sospechaban algo o era un procedimiento habitual con los nuevos? Ciro no resistió la mirada pesada y persistente. Se alejó por una vereda que serpenteaba, pero luego, sin saber cómo, regresó al mismo punto. El hombre se había ido, pero eso lo inquietó aún más, pues confirmaba que lo estaba siguiendo. Sintió el impulso de desandar el camino para enfrentarlo. ¿Por qué no sorprenderlo y arrancarle alguna revelación? Esperó un rato, pero no oyó ni vio a nadie a su alrededor. ¿Dónde estaban los habitantes del Varado? El jardín, igual que el pabellón donde se ubicaba su cuarto parecían lugares abandonados. Intentó visualizar el camino que acababa de recorrer. Lo imaginó intrincado como una red de vasos comunicantes que en algún punto debería conectarse con una arteria mayor, una avenida que dividiera el terreno.

De pronto lo sobresaltó un grito agudo. Fue hacia la zona de donde provenía, pero se topó con un seto elevado y circular. Rodeó el muro vegetal en busca de una abertura que dejara ver el otro lado, donde alguien seguía gritando. Nervioso, caminó por una vereda que lo alejó de los gritos. Deambuló un buen rato. Cuando el sol estaba en el cenit, se sintió agotado. Se recostó en la tierra, a la sombra de un liquidámbar. Encendió un cigarro y recordó que al menos tres veces había pasado cerca de un pozo ciego. Sospechó que había andado en círculos. A esa hora el sol no ayuda a orientarse. Lamentó no haber incluido una brújula en su equipaje. Tenía una vaga noción acerca de la ubicación del edificio de la Escuadra en relación con la costa. Una gaviota rayó el cielo, Ciro pensó que suponiendo que el ave iba o venía de la costa podría orientarse con esa línea. El movimiento de las hojas, mecidas por la brisa, confirmó sus

coordenadas. Reanudó la marcha siguiendo la recta imaginaria que debía llevarlo a la Escuadra. Pronto encontró un camino ancho flanqueado por palmeras. Avanzó hasta una glorieta en la intersección de dos avenidas que formaban una cruz y dividían el jardín en cuatro secciones, pensó que se había perdido en la que rodea el edificio de la Escuadra. Fue a sentarse en una banca sombreada por un emparrado en forma de arco. En el centro de la glorieta se erguía una cruz de madera cercada por un arriate de dalias púrpuras y acelgas de nervadura roja.

Detrás de la glorieta, divisó a un joven absorto en la lectura de un periódico arrugado y amarillento. La figura esquelética y el cabello revuelto contrastaban con cierta suavidad de las facciones. El rostro moreno y aindiado hizo pensar a Ciro que era un campesino. De pronto el joven se paró de un salto y arrojó el periódico con furia como si le quemara las manos. Murmuró una plegaria con los brazos y el rostro levantados hacia el sol.

—¡Que no hay milagros!... malditos, protestantes, rojos, masones, son todos iguales... yo mismo fui un cerdo descreído, pero pedí y se me otorgó la fe. ¿No es milagro... ese carisma?

Siguió una diatriba frenética en donde se atropellaba el español con latinajos y expresiones en alguna lengua desconocida para Ciro. Al vociferar, el hombre mostraba unas encías chimuelas que le daban un aire estrafalario. Movía a compasión y a risa a la vez. Ciro, angustiado, se preguntó si no serían los signos preliminares de un ataque epiléptico. En ese momento, como una aparición providencial, de una vereda salió un hombre calvo con hábito de sacerdote seguido por un joven, con bata blanca, cargando un maletín. Cuando el campesino los vio corrió a su encuentro y se dejó caer de hinojos a los pies del primero. El clérigo le puso una mano sobre la cabeza y musitó unas palabras que Ciro no pudo escuchar. El campesino se tranquilizó. Ciro recordó haber leído que

la epilepsia y la glosolalia alguna vez fueron consideradas enfermedades sagradas. Tal vez por eso, el joven doctor se había limitado a observar la actuación del religioso. Ciro estaba sorprendido y un poco irritado, pues le pareció que en la escena anterior había algo histriónico, melodramático, como si fueran actores en un teatro invisible. Se preguntó si el hecho no entrañaba una explicación más perturbadora que la de un ataque de epilepsia o un trance de glosolalia. Hacía poco había leído un reportaje sobre experimentos con drogas llevados a cabo para inducir alteraciones de conducta. Quizá el arquitecto no había exagerado al decir que la Ciudadela se había convertido en un refugio de orates.

Más tarde volvió a la Escuadra desconcertado. Quería estar solo. No quería encontrarse con el Gordo. Así que bajó a comer ya tarde. Al retirarse del comedor agarró una gaceta que alguien había dejado en una de las mesas. Cuando subió a su cuarto seguía inquieto y un poco tenso. Tuvo unas ganas repentinas de sacudirse el mal sabor que el paseo por la huerta le había dejado, de escapar unas horas del Varado para distraerse. Pero sabía que era una idea demasiado estúpida y, además, afuera había comenzado a lloviznar. Hojeó distraídamente la gaceta titulada *Alba Libertaria*. Al ver la fecha de la publicación, marzo de 1939, pensó que iba a encontrar algún eco de las noticias que tenían en vilo al país en aquellos días: la inminencia de la guerra en Europa o las intrincadas negociaciones del gobierno de Cárdenas con las empresas petroleras afectadas por la expropiación. Pero ningún artículo mencionaba, ni de pasada, esos asuntos. La mayoría de los títulos, “Semblanza de Montesquieu”, “ABC del Anarca”, “Cartilla socialista” y otros por el estilo, indicaba que era una especie de catecismo político para forjar a los ciudadanos del Varado. Algunos usaban el método de preguntas

y respuestas, igual que el catecismo del padre Ripalda. Ciro se preguntó si no había un ánimo de parodia en cada página del folleto. No faltaban temas prácticos: sobre el manejo de las colmenas o sobre el cultivo de hortalizas. Después de un escrito titulado “Destruir para crear” venía un método para afilar cuchillos de cocina. Ciro no supo si era una broma o pura casualidad. Leyó a medias cada uno de los artículos sin demasiado interés, salvo el único que lo hizo reír aunque al principio no supo por qué.

Arpías

I

Hoy me demoré en la oficina aunque no tenía pendientes. Últimamente me da miedo regresar a casa pues el enjambre de aullidos empieza casi siempre a la hora que vuelvo. Frente a mi escritorio está el de Félix Corso, el típico pobre-diablo al que seguramente no quieren en su casa. Siempre me ha irritado un poco su presencia, pero hoy sí, de plano, me resultó intolerable. Por las miradas que me lanzaba me di cuenta de que yo tampoco le agrado mucho que digamos. No es raro que el tipo haga horas extras. El caso es que hoy coincidimos. Cuando se estaba poniendo tenso el duelo de miradas decidí largarme. Pero una voz áspera me ordenó que no me moviera. Me quedé paralizado, no por espíritu de obediencia, sino por el atroz presentimiento de que estaba a punto de sufrir una embestida. Primero el coro de insultos: Faetón de pacotilla, lombriz de tierra, Ícaro de mierda, verga desplumada y otros por el estilo. Empecé a sudar de terror. Me repetía para adentro: no existen, no existen... Creo que ni siquiera moví los labios, pero Corso notó algo, pues comenzó a verme con suspicacia. Y el muy imbécil suspendió su labor, pero no se iba. Sentí ganas de insultarlo.

“Déjame solo, animal, déjame...” repetí compulsivamente sin mover los labios. Una arpía se burlaba: “¡Cómo vas a estar solo si estamos nosotras!”. No creo que pueda ocultarse una angustia tan grande como la que sentí. Corso se dio cuenta y como es un pusilánime debe haberse sentido amenazado. Al fin se fue. La tensión bajó, pero el enjambre seguía. Hablaban de mí como si yo no estuviera presente. No sé cuánto tiempo permanecí clavado en mi asiento. Llegó la señora del aseo y aunque le sorprendió verme se puso a trapear. Sentí que de algún modo se daba cuenta de lo que me pasaba y se aguantaba la risa. Aproveché una tregua de silencio para salir a la calle. Deambulé por las calles del centro. Por primera vez, en los lugares más populosos tenía la sensación de no pasar desapercibido. Busqué un lugar desierto. En una esquina me salieron al paso dos tipos altos. Discutían animadamente, pero al verme se callaron. Yo me seguí de largo, a unos metros me detuve y miré hacia atrás. Ellos me observaban y sonreían. Me alejé a toda prisa. En una avenida muy transitada, aumentó la sensación de ser vigilado. Cualquier persona que me mirara un instante, se me hacía sospechosa. Cuando sentí que la pesadilla iba a empezar de nuevo tomé un taxi.

Antes de entrar a mi casa, esperé un buen rato en el umbral. Más angustiado que nunca por el presentimiento de que adentro me esperaba lo peor. Es la primera vez que me atacan fuera. Me aterra lo rápido que empeora este asunto. Cada vez estoy más seguro de que es cosa del diablo. Hace unos días aún había algunas voces suaves y aéreas, como de niño. Casi siento nostalgia al recordar la primera aparición. Estaba en la cama. Escuché esa voz de soprano cantando la cancioncita de cuna. Pensé que había fiesta en la casa de al lado. Al otro día lo mismo, pero con algunas disonancias: una risotada, un insulto, una que otra arpía. Luego fueron legión y al final acabaron ahuyentando a las

más dulces. Desde hace días me siento en el filo del abismo. Me horroriza perder el control. ¿Hay algo peor que eso?

II

Hace tiempo dejé de ver a mi novia. Hace un mes que no voy a la oficina. Si tuviera teléfono, seguro ya me habrían avisado que estoy despedido. Paso la mayor parte del día acostado. Cuando me dejan en paz, leo un poco periódicos y revistas viejas. Desde hace días me atosigan a cualquier hora, como moscas furiosas. Saber que no vienen de fuera no disminuye el horror. A veces me siento como un cordero acechado por una manada de lobos que también soy yo mismo. No entiendo el sentido de sus insultos: Ícaro de pacotilla, Faetón de chocolate, nosotras somos las verdaderas águilas, tú eres una pinche lombriz de tierra. Otras, menos hostiles, dicen cosas incomprensibles. Me atosigan cuando quiero comer. Hay unas que se especializan en obscenidades: verguita de bebé, ya ni se te para... Hoy en la mañana una de éstas fue la más persistente: "jálatela, jálatela...". Pensé que masturbarme podría ser un buen distractor. Saqué mis fotos de viejas encueradas y funcionó. Cuando acabé se habían ido. Me sentí tranquilo, pero muy culpable por haber pecado. ¿Qué es peor: obedecer a una enviada del demonio o el vicio de Onán? Me preocupa la posibilidad de lastimar a alguien y no darme cuenta. A veces recibo órdenes espantosas. Pero lo que más me espanta es que alguien se entere de lo que me pasa.

III

Una semana de tregua bastó para hacerme ilusiones de que no volverían. Me sentí tan confiado que me animé a ir a la cena por el cumpleaños del abuelo.

A la hora de la comida, en la gran mesa de la sala empecé a ponerme nervioso. La comida me daba mucho asco. Presentí el griterío inaudible para los demás y me fui a encerrar al estudio de mi abuelo. Primero la andanada de obscenidades. En vano me repetía: “estás solo, alucinas...”. Eso sólo las exaspera: “Pobre pendejo, entonces con quién hablas”. Tenía taquicardia. Decidí tomarlo con estoicismo: me recosté a esperar a que se fueran. A veces he notado que, si me quedo quieto y callado, se van degradando a murmullos hasta desvanecerse. Más tarde volví a la sala. Me sorprendió que todos siguieran en sus lugares y mi plato de sopa estuviera como lo había dejado. Nadie me dijo nada. Aparentemente, nadie había notado mi ausencia. Se me hizo raro. Había algo sospechoso en su actitud. Me dediqué a examinarlos al sesgo. Risas nerviosas, por cualquier tontería. Hablaban sin parar, con la boca llena de pastel. Gesticulaban mucho. Pensé que todos eran actores de relleno de esa obra grotesca que es mi vida. Como si cayera en la cuenta de que hasta ahora yo hubiera sido el único actor, y espectador inconsciente.

De pronto noté algo aún más extraño: el espacio de la sala se había dilatado y la luz de la lámpara alumbraba como un sol que no dejara ni un resquicio de sombra. Era como si hubieran cambiado el foco por uno cien veces más potente. Luego dejé de oír las conversaciones. Los demás movían los labios como actores de una película muda. Se me ocurrió que el estruendo de las arpías me había dejado sordo. Al mismo tiempo me sentía lejos de la escena. Pero yo veía a todos como a través de una lupa. Me repugnaba su piel sebosa, llena de manchas, vellos y verrugas. Pensé que no eran personas de verdad, sino fantoches controlados a distancia por algún taumaturgo. Me exasperaba que continuaran actuando como si no pasara nada. Me quemaba el deseo de gritarles que dejaran de fingir. Luego, como si

el espanto nunca fuera suficiente, una nueva arremetida. Una arpía me ordenó que rociara a todos con gasolina y les prendiera fuego. Así vería que eran muñecos llenos de estopa. Sentí que la sobremesa duraba siglos. Tía Lupe me dijo: “¿Por qué te tapas los oídos?”. Entonces todos voltearon a verme y bajaron la voz. No dije nada. Me escurrí hacia el baño. Una hora después, fui a despedirme de cada uno y, otra vez, nadie me dijo nada.

¿Se habrán dado cuenta? ¿Me encerrarían en la Castañeda si lo supieran? ¿Me llevarían con un exorcista?

IV

Hacía varias semanas que no salía del claustro, pero ayer estaba nublado y me animé a dar un paseo por la huerta. Cuando el cielo se despejó un poco y el sol alumbró, corrí a guarecerme bajo el limonero. Sentado, junto al tronco, me puse a leer una epístola de san Pablo. La lectura no lograba absorberme, pues tenía la sensación de ser observado. Al voltear no vi a nadie. Seguí leyendo con una creciente tensión en la nuca. Oí una voz grave y gire la cabeza. Sólo había un pájaro en una rama, justo a la altura del sol. Cerré los ojos unos segundos y al abrirlos vi que el pájaro se había convertido en una pelota amarilla. “Vengo a decirte qué es lo que te pasó antes de que llegaras acá” dijo. Y yo: “¿Quién eres?”, “Un emisario”. Me contó que el aire, y el universo entero, es un hervidero de espíritus que aún no logran purificarse. Las voces que oigo son almas que se mueven a través de los rayos del sol, pero no logran elevarse lo suficiente, pues aún gravitan en torno a la materia y tienen mucho apego a su memoria. Tratan de llegar al sol, que es un enjambre de espíritus, para purificarse y luego ascender a otra estrella más grande donde podrán aligerarse otro tanto y así sucesivamente hasta alcanzar un estado de energía

pura. Mis nervios excitados crean un campo magnético que los atrae y los galvaniza. Creen que soy una especie de trampa y la causa de que no puedan elevarse. Por eso me hostigaban y me prohibían comer. Los alimentos son combustible. Para aligerarse hay que arder, quemar todo el combustible del cuerpo”.

No sé si debo ir con mi confesor. Sé que esta visión podría ser cosa del diablo. ¿Me echarían del convento si confieso? Aquí estoy en mi elemento, como pez en el agua.

Lo releyó, pensando que algo tenía que ver con la escena que había presenciado horas antes. La intención satírica que le atribuyó al escrito le recordó el desprecio del arquitecto hacia los curas. ¿*Alba Libertaria* era el órgano de propaganda de los Caballeros Racionales del Anáhuac? El impreso de menos de cincuenta páginas incluía un espectro de corrientes que quizá sólo comulgaban en su anticlericalismo. Parecía un inventario de los distintos modos de ser jacobino. ¿Se había atomizado la logia matriz en grupúsculos luego de la ruptura entre el arquitecto y el doctor alemán? ¿Sus enemigos habían metido cizaña para derrotarlo? Era extraño que el arquitecto no conservara un aliado en quien pudiera confiar. Tal vez sentía que todos le habían dado la espalda al cerrar filas con el nuevo mandamás.

La persistente llovizna lo obligó permanecer en su cuarto, cavilando.

El sábado a medianoche cayó un aguacero. Ciro apenas durmió. Los truenos y el golpeteo de un postigo azotado por el viento lo despertaron varias veces. En la madrugada escuchó un repique de campanas y, a pesar de la desvelada, decidió levantarse temprano para aprovechar el día. Se bañó con agua casi fría para sacudirse la modorra. En el comedor se tomó dos cafés y salió a la mañana brumosa. Lloviznaba y soplaban un viento frío. Al llegar a la avenida de la República sintió ganas de volver a su cuarto y se quedó un rato de pie, vacilando. De pronto aparecieron dos hombres de aspecto lánguido caminando aprisa hacia el otro extremo de la avenida. Le llamó la atención la extraña vestimenta de ambos: camisa de manga larga y pantalón amarillos. Tuvo la impresión de que iban en pijama. ¿Se les había hecho tarde para la misa? ¿Vestían uniforme? Sin saber bien por qué, se fue tras ellos rumbo al casco de la hacienda, pasaron cerca de la entrada al Varado y se siguieron de largo. Cruzaron el atrio y entraron a la iglesia. Ciro se detuvo frente al umbral unos segundos y luego caminó hasta una capilla abierta situada a la derecha del pórtico. A través de un zaguán entornado, vio una palmera en el centro del patio. Dudó unos segundos antes de pasar al otro lado. Una buganvilia alegraba los muros. En una de las ventanas superiores creyó ver una silueta moviéndose. ¿Quién habitaba ese lugar? Le pareció demasiado grande para ser casa parroquial. ¿Un convento? Caminó hasta una puerta de madera con el escudo de una orden religiosa, pero no se

animó a tocar. Pensó que si era un convento debía existir un claustro. Imaginó un laberinto de pasillos y celdas donde podía mantenerse encerrada y oculta a una persona. El arquitecto estaba seguro de que David andaba libre, aunque siempre vigilado, pero qué harían las autoridades si le daba por sublevarse o intentaba escapar. Seguro que no dudarían en encarcelarlo. Decidió rodear el edificio en busca de otro acceso más alejado de la iglesia. Al salir del atrio tomó hacia la izquierda y avanzó al ras del muro que parecía el límite de una fortaleza. Pensó que el convento quizá era parte de una antigua misión. Recordó que en los planos del arquitecto no había iglesia ni convento. Al doblar la esquina, divisó un arco de medio punto sobre la barda occidental. Se paró frente al vano que enmarcaba una perspectiva interesante de esa zona de la Ciudadela. En primer plano, lo que debió ser la huerta conventual convertida en espesura, enseñoreada por palmeras de porte majestuoso. Luego la fachada conventual roída por el salitre, seguida por el macizo campanario de la iglesia y al fondo la mancha rojiza de las tejas de algún edificio de la hacienda. Se internó por el camino de piedras irregulares. Con el rabillo del ojo alcanzó a ver la ráfaga de un teporingo ocultándose en la maleza. A su paso hubo alboroto de alas en árboles que hervían de zanates. Un efluvio de azahar lo hizo imaginar a los monjes o misioneros tratando de aclimatar plantas exóticas como la vid o el naranjo. ¿Por qué habían claudicado? A unos pasos del edificio le llamó la atención una ceiba cuyas raíces se abrían paso removiendo piedras y desfigurando el camino. Entró al edificio por un enorme boquete. En un salón amplio, quizá el refectorio, lo envolvió una pestilencia de miasmas. Mientras subía las escaleras adosadas a un muro escuchó el eco de varias goteras. Dudó unos segundos. ¿Qué caso tenía husmear en esa ruina inservible como cárcel? Decidió seguir.

En la planta alta atravesó habitaciones derruidas. A unas les faltaba parte del techo; a otras, un muro. Salió a un pasillo estrecho y sombrío flanqueado por dos hileras de puertas. Por la ventana de una celda del ala oriental se asomó a un patio con un pozo en el centro. Vio a un gato agazapado en un rincón y arriba la cruz que remataba la cúpula del campanario recortándose contra el cielo gris. Pensó que la iglesia era un edificio más nuevo que el convento o había sido remozada recientemente. En el ala opuesta, hacia el este, más allá de la barda, alcanzó a ver unas cruces del camposanto. La loza del techo se interrumpía abruptamente a mitad del pasillo. Por una escalera vertical subió al techo. Sentado en el filo de la barda se demoró contemplando los sedimentos del claustro bajo. Sólo quedaba el arranque de unos muros que parecían haber emergido de la tierra como una acumulación mineral de siglos. Había montones de piedras y de vigas apolilladas por doquier. ¿Habían ido desmantelando ese edificio para construir la iglesia o la hacienda?

Oyó el rumor de un motor. El ruido venía del norte, pero la barda de ese lado impedía ver el coche. Era la misma barda que colindaba con la terracería por donde se llegaba al Varado. Más tarde pudo ver el camión de redilas, la estafeta del correo, entrando al casco de la vieja hacienda. Desde esa altura podía abarcar los edificios principales de la hacienda: la casa mayor, convertida en bodega, y el edificio menor, que ahora fungía como recepción de la Ciudadela. Las dudas se agolpaban en su mente. ¿Cuando se construyó la hacienda aún existía el convento? ¿Hubo algún vínculo entre ambas? David le había dicho que el ambicioso proyecto urbanístico de su padre —que había recibido elogios en el Congreso Internacional de la Arquitectura Moderna de 1933— pretendía emplazar la Ciudadela desde cero, haciendo tabula rasa

con los edificios que ya estaban ahí. ¿Se refería sólo al viejo convento o también a la iglesia y a la hacienda? ¿Entonces por qué seguían en pie, casi en la periferia, pero absorbidos por la Ciudadela? ¿Esa era la causa de la ruptura entre el arquitecto y la actual administración, aliada de la iglesia? Permaneció un rato en el techo, tiritando de frío.

Luego le llegó el murmullo de un canto litúrgico. Pensó que eran los asistentes a la misa, pero eran voces magníficas, tal vez de un coro profesional. Sentía la cara empapada así que decidió refugiarse en la iglesia.

Desde el umbral advirtió que la mitad de las bancas estaba desocupada. La música había terminado. Creyó que no tardaría en reanudarse y se sentó en medio de la nave. Durante un rato escuchó distraído al sacerdote empeñado en presentar a un escéptico como alguien perdido en un laberinto sin salida. Ciro dejó vagar la mirada por la nave apenas iluminada por la luz de las veladoras. El temblor de las sombras en las rugosidades de la piedra animaba los muros con una especie de palpitación. Diríase que respiraban. Recordó que de chico, cuando su abuela lo llevaba a misa, el mismo efecto de la luz en las figuras de Cristo o de santos martirizados lo aterraba. Desde entonces las iglesias barrocas le resultaron inhóspitas. Pero ese lugar, austero y un poco sombrío, le pareció acogedor.

—Ayer, en la tarde, —dijo el cura con voz grave y monótona— descansaba en la huerta después de desyerbar una vereda. De pronto un trino melodioso me dejó boquiabierto. Sonaba como si el pajarito conociera las reglas más intrincadas de la música. Paré la oreja para memorizar aquel ritmo. Recordé que un poeta romano dijo que nuestro canto es una imitación del canto de las aves... cerré los ojos y me sentí transportado a las alturas. Entreví los nueve órdenes angélicos

entonando la misma melodía para alabar la belleza de la creación. Lo más conmovedor de aquella visión fue que nosotros, los fieles de la Ciudadela, formábamos parte de esa sinfonía.

Ciro se preguntó si el cura bromeaba. ¿Podía bromearse con eso, en un sermón? ¿El cura se había dormido en la huerta y ahora contaba un sueño? Trató de imaginar las huestes de querubines y de arcángeles y recordó un grabado de Doré para la Divina Comedia.

—Luego imaginé cuando nuestro señor, sentado frente al órgano de las posibilidades, improvisó el universo. Comprendí la importancia de la música, pues es a través del sonido, no de la palabra, cómo Dios manifiesta su presencia entre nosotros.

No bromeaba. Pero Giro dudó que esas ideas fueran ortodoxas.

—Pues el Verbo, así entiendo los primeros versículos de san Juan, es la luz que fecunda todo, esparce semillas de alegría y el mundo florece y produce algo armonioso...

Extrañamente, Giro pensó que sería reconfortante compartir esa visión del mundo. Alguna vez, cuando acompañaba a su abuela a la iglesia, había creído que era hermosa una vida punteada por el ritmo de las campanas y la música de la liturgia. Le habría gustado comulgar, como su abuela, dejar de ser un espectador asustado y distante. Pero siempre se había sentido satisfecho de que sus padres no le hubieran inculcado ninguna religión. Comenzó a ganarle el sopor. El cura hablaba en voz baja.

—Pero el hombre, instigado por el gran embaucador, renunció a la felicidad por unas migajas de sabiduría y así trajo al mundo la disonancia y la tristeza. Así es, hermanos, pues la belleza del mundo es un reflejo de la de arriba. Por eso un descreído sólo percibe disonancias. Es como un sordo

que únicamente escucha el rumor de su alma quejumbrosa... He dicho disonancia, tal vez sea más preciso decir cacofonía. Ese rumor que oyen a toda hora los descreídos no proviene de afuera, sino de adentro. Es como una tiniebla que no los deja ver la belleza del mundo. Y no crean que es un defecto del alma, pues el señor las hizo a todas bien temperadas. Es el cuerpo, o si me lo permiten: el instrumento corporal, el que la desafina. Pues la carne es nuestro flanco débil, por ahí es por donde el gran embaucador nos tienta.

Ciro, amodorrado, apenas podía seguir el sermón. Trató de erguirse para no deslizarse por la pendiente del sueño. No pudo. Sintió una especie de volatilización del cuerpo, como si fuera una isla surgiendo del fondo de las aguas. Una isla que dilataba sus contornos con rapidez hasta convertirse en continente. En el centro vio una ciudad palaciega dividida por una retícula de canales en donde flotaban barcas a la deriva. Parecía una ciudad abandonada, pero se oía una música triste interpretada por un violonchelo. Luego varios instrumentos tocaban la misma melodía como hilos persiguiéndose en el aire. Los escuchaba con nitidez sin saber de dónde provenían. De pronto el horizonte se oscureció como si el sol desapareciera, pero era una ola gigantesca acercándose. “La bilis, la bilis negra” gritó alguien. El continente desapareció bajo el agua. La voz del párroco lo despertó. Lo único que retuvo del sueño fue una imagen de arpas y violines rotos arrastrados por la marea. No supo cuánto duró. Debió ser un parpadeo. El cura pontificaba en tono melodramático.

—Por eso los melancólicos andan como ciegos en una ciudad extranjera. No se hallan en ningún lado, siempre ansiosos, como una mosca dándose de topes contra la ventana. Prueba remedios que son peores que la enfermedad, pues la única cura sólo puede venir de arriba y Cristo vino al mundo

a devolvernos la salud. Por eso dijo san Pablo, en la epístola a los corintios, que la tristeza es buena cuando trae arrepentimiento y devuelve al descarriado hacia el camino de la salvación, pero la tristeza del mundo sólo produce la muerte, dijo el apóstol. Pues la mayor locura del hombre es su insaciable curiosidad por las cosas que no puede saber.

Ciro se preguntó a quién iba dirigido el sermón. Echó un vistazo a la concurrencia. La mayoría eran internos, aunque había algunas mujeres de rebozo y hombres con ropa de manta que debían provenir de alguna ranchería cercana a la Ciudadela. Vio a tres hombres vestidos con esa especie de pijama amarilla. Uno estaba cerca, sentado dos filas adelante, en un extremo de la banca. En el perfil que le ofrecía advirtió la palidez y las facciones finas. Rígido, la mirada fija en el altar. Si no fuera por un leve temblor en las aletas de la nariz diríase un muñeco de cera. ¿Padecía alguna neuralgia o estaba muy impresionado por las palabras del cura?

—Otra salida falsa para los melancólicos es la religión que se inventan cuando se enamoran. El amor carnal es un fruto apetitoso, pero de pulpa amarga.

Ciro pensó que esas palabras condenatorias sólo podían surgir de una profunda desilusión amorosa y del miedo a la vida. El joven de facciones finas se movió. En su rostro tenso se dibujó una sonrisa equívoca. Parecía que apretaba las quijadas como si estuviera a punto de balbucear algo. ¿A él se dirigía el sacerdote?

—¿Recuerdan al poeta? Uno de los mejores barítonos que hemos tenido en el coro. Joven poeta en estado de gracia, si los hay... ¿Por qué se perdió? —Ciro, sobresaltado, irguió la espalda y adelantó la cabeza para no perder una sola palabra. Pensó que el cura podía estar hablando de David—. Cuando estuvo cerca de nosotros, además del coro le gustaba el trabajo en la huerta, noté que su humor oscilaba como péndulo. Un

día estaba de buenas y al otro se ponía triste y huraño. Un día que andaba muy agüitado le pregunté qué lo hacía sufrir tanto. “Unos ojos brujos” me dijo medio bromeando. ¿Y antes no habías sufrido? “Pues sí, pero no tanto”. Esa respuesta me dejó pensando si hay alguna manía que no provenga de la locura de amor. Entra por los ojos, hace desvariar a los tristes y los hunde más en la tristeza. Cuando se decepcionan la única salida que ven es enamorarse de nueva cuenta, así acaban enamorados del amor y el diablo cierra el círculo. Bueno, pues yo traté de ayudar a este pobre muchacho, de traerlo a la fe. Hablaba horas con él después de los ensayos, pero era un hueso duro de roer... Estuvo en el coro un buen tiempo, la música le apasiona, pero al final desertó. Le perdí la pista una temporada. Cuando volví a verlo, daba pena. Ya nada lo alegraba... ¡Por unos ojos brujos!... En fin.

Ciro tenía los nervios crispados. Los ojos de Olga, la novia de David, giraban en su mente. Vagamente recordaba que, el día que se la presentó, David comentó, cuando ella se fue: “¡Qué ojazos, eh! ¿Moros?”. ¿O había dicho brujos? ¿David usaba indistintamente cualquiera de los dos adjetivos o el párroco los había confundido? Tuvo unas ganas repentinas de salir corriendo en busca de su amigo. Pero su prudencia instintiva y la duda se lo impedían. Algo, en la descripción del cura, no correspondía con la imagen de David. Para empezar, no sufría cambios bruscos de humor. Tampoco podía imaginarlo cantando en la iglesia. Podía ser cualquier otro habitante del Varado. Una coincidencia que fuera poeta. Permaneció en su asiento, absorto en sus reflexiones, sin poner atención en la misa. Cuando los fieles dijeron el *Agnus Dei* y luego se formaron para recibir la comunión, aún se debatía entre el deseo de preguntar al sacerdote quién era aquel joven poeta y el temor de cometer una imprudencia. Estaba seguro

que el religioso, cómplice del administrador, era enemigo del arquitecto.

Afuera había dejado de llover. Se alejó de la iglesia caminando despacio. Cuando llegó a la avenida de la República, en vez de ir hacia el centro, regresó a la Escuadra, presa de una extraña agitación. Subió a su cuarto y se arrojó en el camastro. En el ajetreo de los últimos años el rostro de Olga se había perdido entre los escombros de su memoria. Y ahora el cura, al mencionar unos “ojos brujos”—que seguramente no tenían nada que ver con ella— había provocado una avalancha de imágenes que había estado pujando por emerger desde el día que el arquitecto le propuso la misión. Él la conoció antes que David, pero no estaba seguro de haber sido el primero en enamorarse. ¿Se había enamorado realmente? Enfrentar ese cuerpo desnudo era una prueba de fuego para todos los asistentes a la clase de dibujo. Era más fácil trabajar con otras modelos, sobre todo con las de mayor edad. Ciro adivinaba la misma tensión en sus compañeros de clase. Tal vez eso y el miedo fueron una especie de dique para que el deseo no desbordara en pasión. De noche, en la soledad de su pensión estudiantil, pensaba en ella. Le intrigaba su historia y se dedicaba a inventarle un pasado. Una tarde se encontraron en el patio de San Carlos. Él fingió no verla, pero ella lo saludó. Ciro estaba a punto de ir a reunirse con David en el café París. Le propuso que lo acompañara y, para sorpresa suya, ella aceptó. De camino se arrepintió. Sentía la violencia de sus palpitaciones y la sangre pulsando en sus mejillas. Le sudaban las manos. David no acudió a la cita. Ciro, para ocultar su nerviosismo, se dedicó a hablar. Ella apenas dijo algo. Hubo largos y pesados silencios. Ella lo escuchó con interés al principio, pero luego comenzó a bostezar. Cuando se despidieron, él sentía asco de sí. Le había contado su vida

y había desperdiciado la ocasión de saber algo de ella. La segunda vez la buscó para sacarse la espina. Había averiguado sus horarios en la escuela y la estuvo siguiendo, esperando el momento de fingir un encuentro casual. Volvieron al café París. Esa vez no pensaba reunirse con David, pero al entrar al local, lo vio en una mesa, platicando con alguien. Pensó que era una suerte, pues su amigo podía evitar que surgieran esos pesados silencios. Y así fue, David se reunió con ellos y su buen humor evitó que el segundo encuentro naufragara en el tedio. En las siguientes semanas volvieron a reunirse los tres un par de veces. Poco después, David lo invitó a cenar en su casa. Aseguró que Olga estaría presente. A Ciro le sorprendió que su amigo no lo hubiera necesitado para ponerse en contacto con ella. Hacía algunas semanas que no la veía y estaba seguro que su interés por ella iba en descenso. Sin embargo, le molestó que ella no fuera. Sospechó que David a última hora se había arrepentido de reunirlos de nuevo y se las había arreglado para que ella no estuviera presente. Ciro tenía ganas de verla y por primera vez se aburría con su amigo. Le irritó que, durante toda la velada, David no hiciera la menor alusión a la ausente. Paradójicamente, eso le otorgaba la omnipresencia de un tabú. Comprendió que David estaba enamorado y recelaba de él; parecía incómodo y evitaba sus ojos. Luego de eso, Ciro sentía que la tristeza y los celos le ofuscaban la conciencia y le impedían entender lo que estaba pasando. Quizá Olga nunca dejaría de gustarle, pero le preocupaba más que ella se convirtiera en la manzana de la discordia. Estaba seguro de que lamentaría más perder a su mejor amigo. Por eso, cuando unos días más tarde, los vio tomados de la mano, sin que ellos se dieran cuenta, decidió alejarse de su amigo una temporada. Dejó de ir a la clase de dibujo y al café París. Tiempo después se encontró a David a la salida de San Carlos, ¿había ido a buscarla? Caminaron hasta la pensión de Ciro. David estaba radiante. Durante horas le habló de infinitud

de cosas, sin mencionar a Olga. En un momento se puso a mirar una serie de dibujos al carboncillo que estaban arrumbados en el suelo. Ciro adivinó lo que estaba por ocurrir cuando ya era tarde para tratar de evitarlo. David reconoció a Olga desnuda y se apagó. No hizo ningún comentario. Trató de ocultar el malestar que lo roía, pero Ciro se daba cuenta. Paradójicamente, sentía un poco de culpa, aunque estaba consciente de que los celos de David eran absurdos. Quería decírselo, pero las palabras se le anudaban en la garganta.

Desde entonces no volvieron a verse. Varias veces soñó con Olga y así supo en qué zona de su mente iba a perdurar el recuerdo de su cuerpo desnudo. A quien realmente extrañaba era a su amigo. Buscó refugio en la escuela y en otras amistades. Pero durante meses no logró sacudirse un vago sentimiento de culpa por no haber aclarado las cosas desde el principio. También sentía una punzada de rencor hacia David por sus ridículos celos. Años después, cuando el arquitecto lo invitó a su casa para proponerle la misión, aquel revoltijo de emociones ya se había decantado, pero Ciro volvió a sentir la imperiosa necesidad de aclarar todo. Creyó que David le había pedido a su padre que los reuniera para eso. Una fraternidad como la suya no podía acabar de aquel modo. Era sólo un paréntesis lamentable. Sin embargo, al enterarse de la desaparición de su amigo, supo que aceptaría la misión por algo mucho más importante que la urgencia de aclarar aquella estúpida comedia de equivocaciones que los había distanciado.

Pasó el resto de la jornada en su cuarto. Melancólico. En la noche, durante horas no pudo conciliar el sueño. Pensó que los viajes —y no podía negar que eso era la misión en cierta medida— siempre le provocaban una sensibilidad nueva. Como si al conocer un lugar fuera inevitable descubrirse a sí mismo, desandar el pasado.

Cuando despertó la luz inundaba el cuarto. Pensó que era tarde, así que se vistió de prisa, se lavó la cara y bajó al comedor. Al entrar vio de reojo a una persona en el rincón, con la cabeza inclinada sobre el plato. Como los días anteriores, en el enorme salón había sólo tres mesas sin amontonamiento de sillas con las patas hacia arriba. Mientras se bebía el jugo de naranja advirtió que el Gordo, que lo había estado siguiendo durante su recorrido por la huerta, lo miraba a hurtadillas desde el rincón, nervioso, con ojos saltones. Masticaba con prisa y giraba la cabeza hacia ambos lados como si temiera que alguien pudiera arrebatarse la comida. Tenía el aire servil y nervioso de ciertos burócratas. Quizá por eso Ciro había sospechado que era un empleado encargado de vigilarlo. Pero ahora, desaliñado, sin el sombrero de fieltro ni el saco negro, con la camisa arremangada y desabotonada en el pecho, pensó que era más probable que fuera un interno como él. Aunque no podía descartar que fuera un vigilante haciéndose pasar por interno.

Cuando acabó su desayuno, el Gordo se puso a observarlo fijamente, con un brillo indeciso y hostil a la vez. Con gran esfuerzo, Ciro logró sostener la mirada unos segundos. Luego se puso a contar las moronitas de pan que había en su mesa como si así lograra crear una pantalla que lo protegiera de aquel escrutinio. Le sorprendía el cambio del otro. En la huerta lo había seguido con sigilo como si temiera ser sorprendido en actitud de acecho. Ahora se obstinaba en mirarlo con ese aire

bovino que difícilmente se podía interpretar como un desafío. Mientras bebía su café, Ciro le devolvía miradas furtivas y cada vez le resultaba más difícil negar que aquello era una especie de duelo con los ojos. Era humillante y ridículo a la vez, pues parecía que esa creciente hostilidad surgía de un equívoco que hubiera sido muy fácil disipar con un “buenos días” o con una palabra cordial. Pero un absurdo sentimiento de orgullo se lo impedía. “Es como un juego de niños, pero él es más estúpido, puesto que ya acabó de desayunar y ya debería haberse largado” pensó. Incómodo, soportando apenas la vergüenza de estar haciendo el ridículo, logró sostener la mirada. El otro se obstinaba. Ciro frunció el ceño como quien hace un amago y el Gordo ya no pudo con eso, bajó la cabeza como si buscara algo en el suelo y luego se incorporó. Fue hacia la salida, moviéndose con trabajosa lentitud, como si tuviera calambres en alguna pierna. Ciro lo vio perderse en la huerta y se preguntó “¿Sospecha algo?”.

Irritado, subió a su celda y se arrojó al camastro. Mientras fumaba un cigarro, trató de pensar en dónde había más probabilidades de encontrar a David. Sabía que su amigo podría pasarse varios días encerrado, contando sílabas, aunque también le gustaba vagabundear y le apasionaba la política. Lo imaginó capaz de interesarse en los asuntos de la Ciudadela aun en su condición de prisionero. Así que podría estar en cualquier lugar. Decidió que ya era hora de ir al centro de la Ciudadela.

Salió de la Escuadra y aspiró con placer el olor a tierra mojada. De pronto, oyó pasos sobre la grava del camino que rodea el edificio. Volteó la cabeza y vio al Gordo de perfil a unos veinte metros de distancia. Era tan indiscreto y torpe que resultaba difícil creer que fuera vigilante. Ciro se alejó a paso firme. Al llegar a la avenida de la República, miró hacia atrás. El Gordo había desaparecido. Caminó hasta la glorieta

de Cibeles con la sensación de haberse quitado un peso de encima. Pero al rodearla, lo volvió a ver justo en el momento de ocultarse detrás de un haya. Tuvo ganas de encararlo y exigirle una explicación. Pero se contuvo, pues no podía descartar que el Gordo fuera un empleado cumpliendo una tarea asignada por la administración. Quizá estaban poniendo a prueba su tolerancia o su paciencia.

Dio una vuelta completa y avanzó como si nada. Pero antes de llegar al final de la avenida, se escabulló por una veredita adyacente que cruzaba un bosque hasta salir a un claro rodeado de hayas y pequeños arbustos. Un riachuelo embalsado formaba pocetas escalonadas. Se quitó los zapatos y fue a sentarse sobre una piedra en medio del estanque menos hondo, con los pies bajo el agua. Durante un rato se dedicó a mirar a los pececillos que le rozaban la piel y los remolinos que hacía al remover la arena del fondo. En aquella quietud sólo escuchaba el rumor de la corriente y el trino monótono de un pájaro. Sintió que aquel paraje comenzaba a infundirle una pereza indolente. Inclino el rostro hacia su reflejo roto por las ondulaciones del agua y recordó a su perseguidor. “No voy a dejar que ese payaso me intimide”. Se enjuagó la cara, se calzó y volvió sobre sus pasos. Cuando llegó a la plaza donde desembocaba la avenida de la República, se detuvo, presa de una extraña emoción, mezcla de sorpresa y reconocimiento. Apreció la altura de una ceiba que estaba en el centro. Luego recorrió el circuito elíptico que rodeaba la plaza, observando con atención las fachadas de los edificios principales como un viajero que intenta reconocer una ciudad visitada mucho antes. De pronto recordó al arquitecto apuntando con el dedo índice sobre un plano extendido. “Este es el epicentro... la Plaza de la Libertad”. Ciro comentó que parecía la rueda de una carreta. El arquitecto, emocionado, agregó: “Las calles

salen de aquí como rayos”. ¿Y en el centro del centro qué hay? dijo Ciro. “Ahí debería estar una clepsidra”, murmuró el arquitecto con voz áspera y apagada. Pero ahí estaba esa magnífica ceiba. Ahora comprendía porqué, durante las dos entrevistas, el arquitecto había usado varias veces la expresión “debería estar”. Le había mostrado los planos de una ciudad inexistente. Era obvio que no había vuelto desde la ruptura con el nuevo administrador. Entonces, si ya sabía que la ciudad realizada se parecía a la proyectada tanto como un perro y una foca ¿por qué había desplegado ante su mirada atónita aquel abanico de planos tan diversos y detallados? Recordó la serie de láminas y diagramas, encuadernados en un volumen finamente empastado, con vistas de la ciudad diseñada con alfileres. ¿Para qué se la había mostrado si sólo existía en el papel? Tal vez no imaginaba hasta qué punto habían tergiversado sus planes y esperaba que Ciro pudiera hacerle, a su regreso, una relación pormenorizada de las diferencias o quizá sólo quería despertar en él, un eco de su propio rencor hacia el doctor Helmuth y sus secuaces.

Fue a sentarse en una banca y paseó la mirada por los alrededores. Le pareció que la plaza tenía un aire tan apacible que disipaba cualquier sospecha de que en la Ciudadela pudieran ocurrir atrocidades como las que decía el arquitecto. “Si hubiera un kiosco en el centro, algunas marcas de pobreza, cierto desorden, un poco de mugre, podría imaginar que estoy en el zócalo de cualquier pueblo costeño”. Pero lo que había visto en sus breves paseos, aséptico y ordenado, daba una impresión de artificialidad que, paradójicamente, parecía confirmar las alarmas del arquitecto. Diríase que la Ciudadela era como una persona tan correcta y decorosa que terminaba suscitando desconfianza.

Caminó hasta un extremo de la plaza, enfrente del edificio de la administración y del hospital. Ambas fachadas parecían dos mitades de un solo edificio dividido por la prolongación de la avenida de la República. El mismo número de ventanas con postigos y, en el centro de la planta alta, un amplio balcón con barandal de acero. A un lado de cada entrada, había un buzón amarillo. La única asimetría que Ciro pudo advertir era una cruz, en relieve, que coronaba la entrada del hospital. Había visto el diagrama de una fachada similar. Pensó que ese edificio pudo ser el primero en construirse, tal vez antes de la ruptura entre los fundadores, por tanto, era lo único que se había construido siguiendo las ideas del arquitecto.

Antes de entrar al edificio de la administración lo asaltó una duda, ¿a un interno reciente le estaba permitido el ingreso? No le habían dicho nada al respecto. Titubeó unos segundos y entró. Vio a unas cuantas personas conversando cerca de la entrada y caminó hacia el lado opuesto. En el patio, con soportales de arcadas, había tres palmeras medianas. Advirtió que sobre un ala completa del pasillo se desplegaba un mural y no pudo resistir la tentación de acercarse. La composición del primer panel se ajustaba a una especie de concha dividida en cinco secciones en las que se había plasmado el origen de la civilización. A la izquierda se mostraba la idílica vida en un jardín que le recordó el famoso cuadro del Bosco y luego la aparición de la agricultura bajo el auspicio de una Venus neolítica, en escorzo, y de una diosa griega, ¿Ceres? Flotando en una luz crepuscular, como surgida de la noche, aparecía una figura femenina con los ojos vendados. Ciro se preguntó si era una alegoría de la justicia.

En los siguientes muros, la composición adquiría un dinamismo vertiginoso mediante el uso de diagonales y puntos de fuga. Se alejó unos pasos y advirtió que tres muros

contiguos formaban una especie de tríptico con una apretada síntesis de la historia universal. Le impresionó la abrumadora cantidad de elementos que integraban cada panel. Pensó que necesitaría mucho tiempo para digerir esa plétora de información, aun así, dejó que su mirada vagara, se detuviera en algunos detalles y volviera a moverse libremente. En el primero, de izquierda a derecha, se veía un ejército de homúnculos construyendo un edificio colosal, una pirámide o quizá los cimientos de la torre de Babel. Podía ser Egipto, Mesopotamia o Teotihuacán. En el ángulo izquierdo de la misma sección, dialogaba un sabio oriental con un griego que trazaba círculos con un compás en el suelo —¿Pitágoras, Platón?—, el templo de Salomón al fondo. En el panel central, le pareció ver un eco del expresionismo y de Goya en los rasgos caricaturescos de los clérigos involucrados en un auto de fe. En la tercera, le llamó la atención una fila interminable de obreros encadenados, los esclavos modernos, entrando a la boca de una especie de fábrica que a la vez era un artefacto monstruoso que excretaba soldados por la salida. Le llamó la atención una alegórica torre de Babel erigida por huestes de obreros guiados por capataces que portaban estandartes con diversos símbolos: una suástica, la hoz y el martillo, la cruz.

Sintió un leve mareo y cerró los ojos durante unos segundos. Luego dio unos pasos hasta situarse frente al quinto muro de la serie. Aquí, el estilo, un tanto académico y relamido, menos audaz que el de los anteriores, le hizo pensar que el mural era una obra colectiva. Aun así, el tema lo intrigó. Era una escena, concebida a modo de friso estatuuario, formada por un grupo numeroso de personajes sentados en torno a una mesa. Los atuendos proclamaban que ahí estaban reunidos un legislador, un médico, un agricultor, un sacerdote, un músico, un pintor ¿autorretrato?, y un ingeniero

que sostenía un plano enrollado. Lo insólito era que aquellas figuras se codeaban con un personaje de la Ilustración, peluca y casaca, y un ser de aspecto estrafalario, cabello revuelto y levita, cuyo nombre no recordaba, aunque estaba seguro que se trataba de un famoso anarquista. Al fondo, a través de un ventanal, se divisaban las ruinas de la civilización, después de la guerra. Sin saber por qué, la escena le resultó cómica y buscó algún indicio, algún letrero medio escondido, como los que solían poner algunos muralistas, que equivaliera a un guiño irónico. La figura central, de pie, apoyaba la mano diestra sobre el plano desplegado encima de la mesa, y miraba, señalando con el brazo izquierdo extendido, hacia un punto fuera de la composición, como si quisiera indicar al espectador que la historia continuaba en los siguientes muros. Ciro imaginó que eran los fundadores de la Ciudadela y que el pintor se había propuesto plasmar su origen como parte del río revuelto de la historia universal. El personaje de pie debía ser el arquitecto, pero con la cabeza girada tres cuartas partes no era posible identificarlo. Dio un paso al frente y pudo leer, en el plano, en letras pequeñísimas: “La nueva Jerusalén”. Pensó que ese podía ser el guiño irónico que buscaba.

En el sexto muro se podía distinguir a la Ciudadela en medio de un cinturón montañoso que la protegía de la civilización moderna y sus desastres. De pronto, advirtió que una mujer, parada a su lado, lo observaba con aire inquisitivo. No la sintió llegar ni supo cuántos minutos llevaba ahí, apoyando las manos en una escoba. Tenía un rostro terso, pero el cuerpo parecía frágil, vencido por la edad. Ciro se sintió incómodo. No sabía si él le recordaba a alguien o si en esa mirada había un reproche a su ociosidad. Al fin, la mujer, sin decir nada, se puso a barrer el pasillo y Ciro avanzó para echar un rápido vistazo al resto del mural apenas esbozado con

carboncillo y algunas pinceladas de color por aquí y por allá. Eran estampas gigantescas de la vida en la Ciudadela en las que resultaba evidente la intención de exaltar a sus habitantes presentándolos en actitudes de una gravedad solemne. La última parte guardaba cierto paralelismo con la primera. Era una imagen bucólica donde volvía a estar presente la mujer de los ojos vendados. Ciro se preguntó si eso quería decir que al final un ciclo se cerraba bajo el imperio de la justicia. Luego recorrió los pasillos de la planta baja cavilando en el significado de lo que había visto. Ese afán de presentar a los fundadores y a los habitantes del Varado como pioneros de una nueva civilización le despertó la misma suspicacia que algunos murales de Diego Rivera. Recordó una conversación con David que había acabado mal por traer a colación una declaración de Orozco, publicada en la prensa, que ponía en tela de juicio a su propia escuela al afirmar que el mensaje incendiario de algunos murales iba dirigido a unas masas que nunca se enteraron, pero gustó mucho a la nueva burguesía, entronizada por la revolución, que había patrocinado a los pintores. Su amigo, ferviente admirador de Diego Rivera, se exasperó al oírlo. Como si hubiera pronunciado un sacrilegio. Años antes, David había tenido la suerte de asistir a los recorridos que organizaba Carlos Pellicer, maestro suyo en la secundaria, para mostrar a sus alumnos los murales de Diego Rivera en edificios públicos del centro. Por eso alegó que Diego Rivera había descubierto el verdadero rostro de México, enmascarado por el porfirismo, y le había dado un sentido a la vorágine de la revolución. Ciro sospechó que David repetía dogmáticamente lo que el gran poeta les había dicho a sus alumnos. Por su parte, él estaba convencido de que el muralismo legitimaba a un régimen que ya había dado muestras de ser más gatopardista que revolucionario. Pero

no dijo nada. Le parecía inútil discutir cuando su amigo se exaltaba. Aunque estaba seguro de que en esa materia —y era la única en la que no se sentía por debajo de David— estaba más capacitado para apreciar con justicia los aciertos estéticos de los muralistas. Admiraba el talento de Orozco y el de Rivera, pero el didactismo y la grandilocuencia de algunos murales le parecían demagógicos, ahora tenía la impresión de que al pintor o pintores del Varado quizá se les podía reprochar la tendencia a legitimar a una autoridad bastarda, si había que creerle al arquitecto, mistificando la realidad de la Ciudadela. La representación de los lánguidos habitantes del Varado como personajes de epopeya le resultaba cómica. ¿El melancólico no se ubica en las antípodas del héroe épico? Quizá el muralista quería levantar la moral de los habitantes mostrándoles una imagen idealizada de sí mismos.

Mientras recorría el pasillo fue leyendo los rótulos que había en algunas puertas de la planta baja: Alumbrado y alcantarillas, Agua, Despensa y almacén, Jefatura de cultivos, Tesorería. En ese momento los empleados comenzaron a salir de sus oficinas para reunirse a platicar en el patio. Aunque su presencia no parecía llamar la atención de nadie, se puso nervioso. Subió aprisa la escalera monumental de mármol y avanzó por el pasillo de la planta alta, pegado a la pared para no ser visto desde el patio. Se paró frente a una puerta entornada. El letrero decía: Seguridad. La habitación estaba en penumbras. Empujó la puerta con el zapato y antes de entrar vio a un hombre dormido con las piernas estiradas sobre el escritorio y la cabeza cubierta con un periódico. Desde el cenicero, un hilo de humo ascendía apenas desviado por un ventilador que giraba muy lento, parecía un listón blanco colgando del techo. “En cualquier ciudad del país, un agente del ministerio público durmiendo en horas de oficina no

significa necesariamente que no haya delitos que investigar en las calles. ¿Será igual acá?”. David le había contado que uno de los fundadores, un filósofo anarca al que apodaban el legislador, se opuso a que hubiera cárceles y policías. Alegaba que en el Varado se debían reavivar las facultades morales y psíquicas hasta que la coerción externa fuera suplantada por autocontrol. ¿Lo habían logrado? ¿En lugar de policías había vigilantes estúpidos e inoocuos como el Gordo que no se cansaba de seguirlo? El hombre murmuró algo y se movió ligeramente como si estuviera a punto de despertar. Ciro dio media vuelta y se alejó. A medio pasillo escuchó pasos en el piso de las ajedrezadas. Avanzó unos metros, alentando el paso antes de mirar hacia atrás. No vio a nadie. Pensó que su ansiedad podía hacerlo desvariar. Estaba tenso y le dieron ganas de refugiarse en algún lugar solitario. Halló una puerta abierta con un rótulo extraño: Areópago. Sala del consejo. Era una oficina más grande que las otras. En medio había una enorme mesa rectangular y al fondo se podía ver, a través de un ventanal, la ceiba de la plaza. Pensó que aquel debía ser el lugar de reunión de los funcionarios de mayor rango de la administración. Recorrió la sala deteniéndose a mirar cada uno de los retratos colgados en las paredes. Era un catálogo de sabios, de la talla de Platón y San Agustín, junto a los héroes de la ciencia. Ciro reconoció inmediatamente a unos cuantos: Galileo, Newton, Darwin, Pasteur. A otros no hubiera podido identificarlos sin el nombre que estaba escrito, en una plaquita de metal en la parte baja del marco. Le sorprendió hallar a Sor Juana y a Goethe muy cerca de Voltaire y de Montesquieu. David le había dicho que algunos fundadores soñaban con restaurar la unidad de la cultura reconciliando a la ciencia con la religión.

Curiosamente, en aquel museo había más personajes del siglo dieciocho, lo cual mostraba a las claras una filiación o

nostalgia de los fundadores que se le antojó tan afectada como intentar revivir la moda de las pelucas blancas.

Sentado en el suelo, junto a la puerta del balcón que daba a la plaza, observó a los empleados que salían a tomar un refrigerio en el parque. Le llamó la atención un par de niños jugando con un cachorro mientras sus padres conversaban en una banca. Parecían felices. ¿Habían nacido ahí? ¿Asistían a la escuela? ¿Qué harían de grandes? ¿Podrían crecer sanos viviendo entre melancólicos? ¿Todos los habitantes eran melancólicos? Pensó que para entender a los habitantes de la Ciudadela necesitaría vivir ahí una temporada, para no quedarse en la superficie como un turista.

Cuando volvió a la plaza, el sol ardía en el cenit. Se arrellanó en una banca sombreada por un liquidámbar, distendido, con la cabeza echada hacia atrás, se puso a observar los rayos de luz filtrados por las hojas. Luego cerró los ojos y escuchó la sinfonía de los pájaros que revoloteaban en el follaje. Poco después, al abrir los párpados, sintió un acceso de ira al descubrir al Gordo leyendo un periódico en la banca de enfrente. Hacía rato que lo había olvidado. “Si lo que busca es destrozarme los nervios, no ha de ser tan estúpido como parece ¿de dónde salió esta vez?”. Se había rasurado y traía un saco negro, arrugado. Mientras veía la frente inclinada y oculta bajo el sombrero de fieltro, las cejas pobladas, pensó que no tardaría en reanudarse el ridículo duelo de miradas. En el comedor le había dado la impresión de que era un pusilánime. Así que ahora intentaría apabullarlo de nuevo. Sin embargo, luego de unos minutos, comenzó a sospechar que el otro, absorto en la lectura, ni siquiera era consciente de la tensión que provocaba. Escuchó risas. Giró la cabeza hacia la derecha y vio a un hombre con boina platicando con un joven escuálido, medio jorobado, en el balcón de la planta alta de la administración, en la sala del

Areópago. El de la boina miró hacia la plaza, hizo un saludo con el brazo extendido y se metió a la oficina. Ciro, creyendo que se dirigía a él, alzó una mano como respuesta. Miró alrededor y advirtió que el Gordo, que había observado la escena, lo miraba sorprendido como si hasta ese momento se hubiera fijado en él. Luego dobló el periódico y en su rostro manso se dibujó una sonrisa. Ciro se sintió desconcertado. Decidió retirarse, pero el otro se le adelantó y vino hacia él precipitadamente.

—Buenos días, compañero —alargó una mano velluda y se sentó a su lado. —Duermes en la Escuadra ¿no?

—Sí... —balbuceó Ciro sorprendido—. Creí que eras... —iba a decir vigilante, pero se detuvo a tiempo.

—¿Un interno? ¡Brincos diera!.. ¡Cómo se ve que eres nuevo!

—¿Por qué? —dijo por decir algo y se preguntó cómo era posible pasar de la hostilidad sorda del desayuno a esa falsa cordialidad.

—No te ofendas, pero sólo a un nuevo se le puede ocurrir algo así... aunque es comprensible, yo también, hace mucho, me creí un interno y luego el desengaño fue duro.

Ciro pensó que ese diálogo era tan absurdo como ponerse a discutir si en ese momento era de día o de noche. Y eso reforzaba el presentimiento de que el Gordo no estaba en sus cabales. Aun así, decidió seguirle la corriente.

—¡Cómo! ¿Te echaron o te fuiste?

—Uno de los notables me repudió.

—¿Los notables?

—Los jefes de sección o de secta si quieres. Aquí todo tiene dos nombres... por ejemplo esta es la plaza de la libertad o la plaza del sol, como quieras.

—Si te repudia uno de esos notables ¿ya no hay nada que hacer? ¿No se puede acudir al administrador, al doctor alemán?

—¡El patriarca! Sí claro, cualquiera tiene derecho a intentarlo, él es, como quien dice, el árbitro supremo y está por encima de cualquier otra autoridad de la Ciudadela. Puede abolir la decisión o el diagnóstico de quien sea, pero está tan arriba que es casi inalcanzable.

—¿Y no hay modo de hacerle llegar una solicitud o algo así?

El Gordo lo miró con una expresión un tanto indulgente. Ciro se preguntó qué se ocultaba detrás de esa mirada sumisa y de esa sonrisa servil. Pensó que el otro podía haberse dado cuenta de que su pregunta era una afirmación velada, pues hasta donde él sabía esa era la forma usual de ingresar al Varado. El Gordo negó varias veces con la cabeza.

—Dicen los que saben que diario llegan a la oficina del patriarca decenas de cartas con toda clase de peticiones. Uno de sus ayudantes hace la primera criba. Se salvan primero las cartas de conocidos o familiares y las que él cree que serán del agrado del jefe. Esas las guardan en un cajón aparte. Las demás son depositadas en una bolsa de donde el jefe, si está de buenas y tiene tiempo, saca dos o tres al azar y le pide al ayudante que se las lea. A veces dicta en seguida una respuesta y él mismo arroja la bolsa con las cartas cerradas a la basura. Así que si hay una probabilidad de obtener respuesta por ese medio debe ser muy pequeña. Aunque algún optimista podría decir que es suficiente para no perder la esperanza. Podría ser, con un golpe de suerte, que tu primera carta llame la atención, que sea leída con cuidado y que el patriarca dicte una respuesta inmediata. Suena increíble ¿no?, como sacarse la lotería, pero lo cierto es que ya pasó más de una vez. ¡Está cabrón! Lo más probable es que tengas que intentarlo cientos de veces antes, lo normal aquí es que la respuesta tarde siglos y lo peor del caso es que nunca se puede saber qué significa esa tardanza. Es casi como poner un mensaje en una botella y aventarla

al mar. Podría ser que una corriente la lleve directo a buenas manos, suena increíble ¿no?... tendrían que ocurrir un chingo de coincidencias. Puede ser que un ayudante del patriarca intrigado por tu terquedad, después de tanto ver tu nombre, comience a abrir tus sobres y a leer tus mensajes. Tal vez no se convenza de que valga la pena molestar al patriarca con tu asunto, pero se lo comenta a otro ayudante o a uno de los notables. Podría ser, lo sé por experiencia, que la noticia llegue a oídos de otro notable que ya te repudió una vez, y entonces, encabronado por tu atrevimiento, va y ordena a los ayudantes que destruyan todas tus cartas sin abrirlas. Es como si hubiera una conspiración de silencio en tu contra. Y eso puede ser cosa de días o de muchos años. También podría pasar que un ayudante te manda en secreto una respuesta alentándote a seguir, pidiéndote paciencia. Tú te emocionas, piensas que al fin tienes un aliado que se codea con el patriarca. Lo que no sospechas es que te alienta para hacerte perder el tiempo, pues lo que quiere, en realidad, es congraciarse con el mismo notable que ya te repudió. Y tú ni en cuenta. ¿Imaginas lo útil que puede resultarle a un ayudante que un jefe de sección le deba favores? —El Gordo hizo una pausa como si de verdad esperara que Ciro dijera algo—. Ahora bien, supongamos que un ayudante lee tus cartas y que de veras le conmueve tu caso. Podría ser, digo yo, entonces tratará de llamar la atención del patriarca, pero antes comete un error garrafal, sin darse cuenta, claro, va y le cuenta a otro ayudante que, a su vez, va con el chisme directamente con un jefe de sección. Entonces ya te fregaste. Lo digo por experiencia. Como podrás imaginar, a esos jefes les sobran ocasiones para hablar con el patriarca y convencerlo de lo que sea, pues son jefes precisamente porque el doctor confía en ellos. Lo que te quiero decir... —bajó la voz y lo miró con aire confidencial. Ciro notó un temblor

casi imperceptible en las manos velludas y regordetas— es que aquí, generalmente, tú sigues esperando y tu suerte ya fue decidida mucho antes. Puedes envejecer esperando... —Ciro, con un ademán, cortó la explicación.

—No tiene sentido.

—¡Qué no! ¿No es mejor eso que no tener nada que esperar? ¡Claro que tiene sentido! Además, incluso si fuera el patriarca quien ha tomado una decisión desfavorable en relación con tu caso, aún hay mucho que hacer. Te lo digo por experiencia... —el Gordo miró hacia ambos lados y habló en voz baja como si fuera a revelar un grave secreto— tuve la suerte de enterarme, gracias a un ayudante, de que la conspiración del jefe que me rechazó fue apoyada por el patriarca. El ayudante, mi ángel de la guarda, me lo dijo y me recomendó escribirle a otro notable, enemigo del que me vetó. “Ni siquiera en un caso tan difícil tienes derecho a desesperarte, me dijo, si un notable te repudia otro te puede salvar”. Así que me animé a escribirle a un notable más compasivo. En un caso así, dicen los que saben, surge una especie de querrela que a veces se resuelve rápido o puede tardar años. Lo importante es que alguien como yo, que ya había tenido un expediente que luego fue destruido por el capricho de un notable, volví a tener expediente ¿sabes lo que significa eso? —El Gordo cerró los ojos durante un segundo. Luego lo miró fijamente como si quisiera estimar el efecto de sus palabras. A Giro le pareció que tenía la mandíbula tensa y por eso abría los ojos desmesuradamente—. Significa que estoy subiendo las escaleras que llevan a la antesala. Dicen los que saben que es como una carrera contra el tiempo. Los notables se reúnen de vez en cuando para discutir este tipo de cosas. Cada uno tiene una copia de tu expediente y la lee con cuidado. Al final, la decisión se somete a votación. Si hay empate, se discute a favor y en contra. El patriarca es el único

que podría modificar el fallo de los demás notables, pero como a él estas cosas apenas le interesan, delega la decisión a la junta de notables. Si el empate continúa luego de una segunda votación, se declara un plazo indefinido, en espera de que un nuevo estudio o tu conducta en los siguientes días brinden nuevos datos que inclinen la balanza hacia un lado... mientras, lo importante es que tú ya tengas un expediente. “Quien tiene un expediente tiene la cama y la calma” dicen por acá. Eso ya es un triunfo, pero nunca te debes dormir en tus laureles.

Ciro pensó que podía arruinar aquella historia inverosímil, contándole la forma en que él había ingresado, pero una mezcla de compasión y curiosidad se lo impedían. Tenía el presentimiento de que alguna revelación útil podía surgir de aquella predica delirante.

—Cada sección, o secta si quieres, lucha para que los nuevos se les unan. O al contrario, también pasa que una sección quiera deshacerse de un aspirante indeseable, pero en lugar de rechazarlo abiertamente trata de que otra sección lo acepte. Como podrás imaginar, esto provoca toda clase de intrigas y chismorreos constantes ¿has visto unos buzones amarillos?... como éstos —El Gordo señaló hacia el edificio de la Administración—. Sirven para el correo normal, pero también los usan las autoridades para mandarse recados urgentes. Esos mensajes en ocasiones van a dar al expediente. Una vez, a media faena —nuevamente, bajó la voz y miró en torno. El temblor de manos era ya era muy notorio. Ciro pensó que le excitaba contar todo aquello— me recosté a descansar un rato. Me ganó el sueño. Cuando desperté vi a un cura, ahí cerca, anotando algo en un pedazo de papel. Cuando se fue, lo seguí y vi que lo depositaba en un buzón amarillo. Le pregunté qué hacía. Dijo que estaba reportando que me había visto durmiendo en horas de trabajo. Así supe que cualquier habitante del Varado puede ser un vigilante.

—¿Y por qué no fue y se lo dijo directamente al interesado?

—Tal vez en ese momento tenía otra cosa que hacer, o pensó que luego podría olvidarlo... además los papelitos no se los lleva el viento, como te decía van a dar al expediente. Los vigilantes también tienen acceso al expediente. Recuerda que trabajan para alguna secta. Son celosos. No quieren que su grupo se desprestigie dando un voto a favor de alguien y luego echarse para atrás.

Ciro pensó que no era un vigilante. Era un oficinista. Sólo un burócrata podía atribuirle tanta importancia al papeleo y a los expedientes.

—Pues mejor para ti ¿no? Si un expediente significa que ya estás dentro... un expediente más grueso...

—No, no, no —lo interrumpió el Gordo visiblemente molesto—. Creo que no has entendido nada. Un expediente lo más que puede significar es que ya estás en la antesala, o sea, que duermes en la Escuadra, no es un certificado de ciudadanía.

—¿Entonces la Escuadra no pertenece al Varado?

—A ver, a ver... no es tan sencillo como crees... imagina que pasas en la Escuadra varios años, en espera de que te acepte una secta. Al final, toco madera, te mandan al diablo, entonces ¿podrías decir que alguna vez perteneciste a la Ciudadela sólo por dormir ahí? Creo que la cuestión de si la Escuadra es parte o no de la Ciudadela, depende del resultado final. Si te aceptan en poco tiempo no sería mentira decir que tu estancia en la Ciudadela empezó la primera noche que dormiste en la Escuadra ¿me entiendes? Pero si te mantienen en la incertidumbre durante años y al final te rechazan, ¿entonces qué?

El Gordo hizo una pausa y lo miró fijamente. Ciro sorprendió un destello de astucia en aquellos ojos bovinos y volvió a preguntarse qué se ocultaba detrás de esa máscara de mansedumbre. De nuevo sospechó que era un empleado

haciéndose pasar por interno, pues al escucharlo se tenía la impresión de que siempre podía hallarse una justificación, cierta lógica, para la decisión más absurda de las autoridades.

—Pero todos los internos han pasado por la Escuadra ¿no?

—Por supuesto que no, hay muchos que no han dormido ahí ni una noche.

—Entonces sospecho que hay por lo menos una falla en el reglamento de admisión.

—¡Qué ingenuo! Acabas de llegar y ya te sientes capaz de entender cómo funciona la administración. Dicen los que saben que hay montones de reglas... es más en cada caso aplican una regla distinta.

—Lo que equivale a decir que no hay reglamento.

—Así es... no hay un reglamento; hay muchos reglamentos. Uno para cada quien. ¿Te gustaría que a todos nos midieran con la misma vara?

Ciro pensó que era un tanto masoquista esa tendencia a justificar a las autoridades que lo habían rechazado. Pero juzgó inútil decírselo, pues tenía la impresión de que las ideas del otro sobre la administración eran refractarias a la lógica.

—¿Y los estudios, las entrevistas y demás filtros no cuentan?

—¡Ah! los famosos filtros... a mí se me hace que sólo sirven para picarnos, son como anzuelos. Con los estudios y las entrevistas pasa lo mismo, pueden ser unas cuantas o una infinidad. Un entrevistador puede rechazar a un paciente que ya pasó algunos filtros y eso obliga a revisar todo el expediente y a remitirlo de nuevo al primer entrevistador, que ya había aprobado a un aspirante...

—Pero eso es una locura, es como un cuento de nunca acabar, ¿no?

—¿Te parece?... pues vieras que no... Imagina la cantidad de tipos desesperados por ingresar a la Ciudadela y lo que son capaces de hacer, exagerar su tristeza o fingir que están más locos que una cabra. Las autoridades multiplican el número de filtros para cerrarles el paso a esos impostores. Además, siempre están ocurriendo cosas, aparecen nuevos síntomas que obligan a modificar un diagnóstico o incluso a empezar de cero otra vez. No es por nada esa cantidad de filtros.

Ciro reflexionó que si aquello fuera cierto, su ingreso había resultado increíblemente fácil. ¿Tan importante era ahí una recomendación del Turco? Recordó lo que había dicho el arquitecto sobre la importancia de la entrevista con el doctor Helmuth y dijo, consciente de que era casi una provocación:

—Y no sería más fácil abordar directamente al doctor Helmuth.

El Gordo lo miró con incredulidad.

—Pobre de ti, cuate, tienes tanto que aprender, pero bueno, yo también tuve sueños guajiros hace mucho.

—Dijiste que ya habías estado antes aquí. ¿Cómo le hiciste para entrar la primera vez?

—Tengo un hermano... —Un alarido espantoso los sobresaltó y los hizo brincar de su asiento. Alguien gritaba: “Viva Cristo Rey”. Ciro volteó en varias direcciones sin ver a nadie. Hubo gritos, “¡Agárrenlo! Que no escape”. Luego, frente a sus ojos pasmados, pasó corriendo, rumbo al hospital, el campesino que había visto dando alaridos en la huerta. Detrás venía un enfermero con los flecos de la bata blanca flotando a sus espaldas, agitados por el viento como dos alas grotescas. Un hombre robusto, agazapado en un poste, lo derribó y el enfermero logró sujetarlo, abrazándolo por la espalda. El campesino, demacrado y ojeroso, forcejeaba, convulso, como fiera acorralada, y gritaba: “Castígalos, Señor. Esta caterva

de impíos son los que mataron al padre Pro y a mi padre”. Intentaba morder a su captor: “Suéltame, demonio”. Se requirió la fuerza de tres enfermeros para inmovilizarlo y aplicarle una inyección sedante. El hombre continuó pataleando durante algunos minutos, maldiciendo a sus captores. Cuando dejó de gemir, su rostro se congeló en una mueca de horror. El sedante había surtido efecto y sólo entonces pudieron subirlo a una camilla. Los enfermeros lo alzaron y se alejaron por la avenida de la República. Cuando pasaron cerca, a Ciro le impresionaron los ojos alucinados del campesino.

Ciro y el Gordo siguieron a los enfermeros a cierta distancia.

—Otro que creyó que ya estaba adentro —dijo el Gordo.

—¿Por qué los acusa de haber matado a su padre?

—El tipo ve jacobinos con trinchete por todas partes. Y aquí no andaría tan perdido en eso, pero es que además vive con dos décadas de retraso.

Ciro lo agarró del hombro y lo obligó a detenerse.

—¿Cómo que vive con dos décadas de retraso?

—Hasta donde sé, este cuate vino de un pueblo de Jalisco, en la guerra cristera, en el veintiseis, perdió a su padre y a un hermano. El era niño y quedó traumatado. No sé en qué año dizque empezó de nuevo la bronca entre el gobierno y la Iglesia. La segunda cristiada, decían en los periódicos. Este cuate ya estaba en la Castañeda y se escapó para ir a enrolarse con los nuevos cristeros. Pero fue una llamarada de petate. Se desinfló en un santiamén y nuestro amigo se quedó como en ascuas. Alguien lo trajo de la Castañeda. A mí se me hace que es un conejillo de indias—. El Gordo aceleró el paso y Ciro se detuvo frente a la avenida de la República. Estaba confundido. Aquella escena parecía confirmar los temores del arquitecto. Ahí había gente encerrada contra su voluntad. Pero era mejor

no inmiscuirse. Volvió a la banca, tenso y angustiado. La última vista del campesino sujetado lo había impresionado. Y lo exasperaba la sensación de no entender nada de lo que había visto. “¿Si estaba tratando de huir, porqué corría hacia el hospital? ¿Por qué dijo el Gordo que era otro que se había creído adentro? No hay remedio. Estoy condenado a recorrer el Varado como el turista más ignorante. Tendría que pasar acá una larga temporada para entender a los lugareños. Menos mal que no vine a eso”. Más tarde regresó a la Escuadra. Se comió la sopa de fideos fría y dejó intacto el filete de pescado. Subió a su cuarto y se arrojó al camastro. Al poco rato cayó en un sueño profundo. A medianoche se despertó para ir al baño. En duermevela, de pie frente al escusado, escuchó unos ronquidos. “Debe ser él, el Gordo, nunca dijo su nombre”.

A la mañana siguiente bajó al comedor y encontró su desayuno servido en la mesa del centro como de costumbre. En el rincón, el lugar del Gordo, había restos de comida. Ninguna otra mesa tenía señas de haber sido ocupada. Dio un sorbo a su café tibio y pensó que el otro interno que desayunaba antes de que él bajara al comedor debía ser el cristero que había visto tratando de huir de sus captores. Esa mañana ya no le habían servido el desayuno. Quizá lo habían trasladado al hospital o a otro lugar de la Ciudadela. Aunque el Gordo había insinuado que estaban a punto de echarlo. ¿Qué habría hecho para merecer ese castigo? Sintió un vivo deseo de buscar al Gordo para preguntarle qué más sabía de aquel raro personaje. En realidad, el Gordo le intrigaba más. Tenía la sensación de que había querido impresionarlo. Convencerlo de que él conocía la clave para entender el funcionamiento de la administración. Pero a Ciro le había dado la impresión de que en su atropellada descripción había huecos que el Gordo llenaba con ocurrencias espontáneas. Debía haber algo verídico, pero a Ciro le resultaba casi imposible distinguirlo de las invenciones.

El Gordo había mencionado una oficina donde guardaban las solicitudes de ingreso. Era previsible que hubiera un expediente por cada interno y debía haber un lugar para archivarlos. Decidió ir a buscarlo más tarde. ¿Por qué no se le había ocurrido al arquitecto que podía comenzar la búsqueda por ese lado? ¿David, estando cautivo, tendría un expediente?

Poco antes del mediodía ingresó al edificio de la Administración. Recorrió los pasillos de ambos niveles y comprobó que la palabra Archivo no figuraba en ninguna puerta. Tampoco se atrevió a preguntar dónde guardaban los expedientes por miedo a levantar sospechas. Conjeturó que debía ser un lugar de acceso restringido. Por eso el arquitecto no le había sugerido ese camino. Quizá la existencia de un expediente para cada interno era otra idea loca del Gordo.

Salió a la plaza soleada. Vaciló unos segundos antes de elegir la ruta a recorrer ese día. Decidió ir hacia la zona ubicada detrás de la Escuela de Agronomía. “A pesar de todo, si puedo andar por aquí sin llamar la atención, tarde o temprano me toparé con él, vaya a donde vaya, en cualquier lugar tengo las mismas probabilidades de encontrarlo” pensó mientras avanzaba por una calle empedrada. Dos cuadras más adelante le alegró encontrar una zona de talleres. Siempre le habían interesado las imágenes, fotos y cuadros, que lograban captar el dinamismo febril de las ciudades. Así que varias veces se sorprendió ensayando encuadres como si estuviera a punto de fotografiar a los trabajadores que le salían al paso: carpinteros, herreros, alfareros, impresores, sopladores de vidrio, talabarteros, tortilleros, zapateros, costureras. Cuando se asomó a una panadería para ver el horno de leña, un joven completamente enharinado le ofreció una empanada de pescado. Mientras se internaba en un barrio de viviendas abigarradas se preguntó cuál sería el destino de aquellos productos. ¿En qué medida la economía del Varado dependía del comercio con San Borja? Pensó que la Ciudadela no podía ser tan autárquica como había dicho el arquitecto. Conforme se alejaba del centro, la traza rectilínea y simétrica de los edificios se diluía en un barrio de callejuelas que serpenteaban entre una profusión de salientes, aleros, parasoles con teja y esquinas

que multiplicaban las sombras. Había rincones con un abigarramiento de juguetería. En las ménsulas de algunos balcones colgaban jaulas con pájaros, lámparas de petróleo, sombrillas, utensilios de cocina, ropa y otros objetos. Al pasar por ahí, Ciro tuvo la sensación de estar invadiendo el interior de una casa.

Le llamó la atención una vivienda situada en una esquina cuyos muros estaban tapizados de buganvilias. A través de la ventana abierta vio a un hombre viejo, absorto en la elaboración de un velero minúsculo dentro de una botella. Tenía el torso desnudo. El pelo revuelto y canoso le daba un toque estrafalario a las facciones distinguidas. En las paredes había repisas atiborradas de frascos con embarcaciones de todo tipo navegando en olas de algodón verde o azul. El suelo estaba cubierto de esquemas y dibujos. En aquel rincón sólo se oía el zumbido constante de las abejas que entraban y salían de la habitación enloquecidas por el perfume de las buganvilias. Revoloteaban unos segundos en torno a la cabeza del viejo y volvían a la calle.

Al salir de aquel barrio laberíntico, encontró un edificio de viviendas con un patio amplio que le recordó las vecindades en edificios virreinales de la capital. Había ropa tendida entre los balcones y un par de niñas brincando la reata. Cerca de la entrada, un grupo de ancianas conversaba animadamente en el patio. Cada una sostenía una escoba y aparentemente no repararon en él cuando pasó a su lado. Frente a la calle, sentado bajo el sol, había un viejo leyendo. “Esto parece un asilo de ancianos, ¿sólo los jóvenes trabajan?”. Cuando pasó a su lado, el viejo le dio los buenos días sin despegar los ojos del periódico. “¿Ya vio?”, dijo señalando con el pulgar un cartel que decía: Asamblea plenaria en el Ágora. Asunto: alcantarillado de la calle Vidrieros. Miércoles a las tres.

En la siguiente esquina había un edificio de tres plantas cuyos balcones guardaban cierta semejanza con la cubierta de un trasatlántico. Vio un buzón amarillo junto a la entrada. “¿Qué clase de gente vivirá en ese adefesio?”.

Mientras cruzaba una zona de baldíos, cabizbajo y distraído, se preguntó a qué clase social correspondía cada uno de los edificios que había visto —porque comprobó, desde el primer día, que las diferencias sociales no habían sido abolidas en la Ciudadela—. De pronto alzó la cara y la vista lo dejó atónito. Al final de la calle comenzaba una colina erizada de esferas, cubos, conos y cilindros que a esa distancia parecían una composición cubista. Al aproximarse advirtió que era un conjunto de casas escalonadas sobre la pendiente. Como un juego de variaciones sobre un mismo tema, cada vivienda era una combinación distinta de unas cuantas figuras geométricas. La pintura externa, sabiamente aplicada, formaba acordes cromáticos con un predominio de tonos ocre. “¿Eso sirve para vivir o lo hicieron por puro afán de modificar el paisaje?”. Olvidando cualquier precaución, subió unas escaleras amplias hasta una terraza ubicada a media colina. Echó un vistazo a las casas que lo rodeaban. Notó que una esfera, que le había parecido un ornamento, servía de tinaco. Un cilindro, con ventanas, envolvía una escalera de caracol y un cono enorme era una especie de mansarda. “Son las casas más raras que he visto. Más bien parece un artefacto diseñado para los ojos. ¿En cada parte la función se acopla a la forma? Pareciera que cada casa no tiene valor en sí misma, sino como parte del conjunto. Vivir aquí debe ser lo más parecido a vivir dentro de una escultura”.

Una carcajada lo sobresaltó. Alguien silbó una melodía. Bajó por una escalera estrecha que daba a un patio cúbico formado por los muros de casas contiguas. Había una banca

adosada a cada pared, debajo de una ventana. En el centro las horas laminadas de un reloj de sol lanzaban destellos plateados que herían sus pupilas. La línea de sombra dividía en dos partes desiguales el piso de arcilla. Se recostó en una banca y contempló el cuadro de cielo despejado. Pasó una gaviota. Un tintineo débil como de campana se escuchó a lo lejos. Cerró los ojos y respiró hondo varias veces hasta que sintió que su pulso se normalizaba. “¿Por qué actúas siempre como un ladrón?”.

Durante un rato evocó los planos de la Ciudadela y los comparó con lo que acababa de ver. En la ciudad planeada por el arquitecto las zonas de residencia estaban a mayor distancia de los talleres y todas las edificaciones eran de un mismo estilo, funcional y moderno. En cambio, lo que se había edificado era una superposición de estilos que habría horrorizado al arquitecto: *“Me han dicho que la ocurrencia espontánea y la irregularidad, como regla, son los únicos criterios urbanísticos de Helmuth”*. ¿Qué rasgos tendría la Ciudadela si no hubiera ocurrido la ruptura entre los dos fundadores? ¿Se habrían seguido minuciosamente las ideas del arquitecto? ¿Al prescindir de sus ideas, renunciaron a planificar de cualquier modo, dejando que la Ciudadela creciera como la maleza? Resultaba difícil creer que era la obra de un solo artífice a menos que se tratara de un novato sin sentido de la unidad. En todo caso, la Ciudadela era una criatura muy joven. Quizá se requerían muchos años para que una ciudad, aun la más chica, madurara hasta alcanzar una fisonomía característica.

El repique se escuchó más cerca. Era un cencerro. Ciro se levantó de golpe. Tomó una gaceta arrugada que estaba en una de las bancas y regresó a la calle por donde había llegado. Al salir del condominio vio una vaca y un rebaño de cabras pastando en un baldío. Llegó a una bifurcación y

dobló a la izquierda, cruzó una zona de eriales y luego salió a un camino más ancho de terracería. A poca distancia vio un edificio a medio construir y ya roído por el salitre marítimo. Recorrió un trecho entre zanjas para cimientos y castillos de varillas herrumbradas que parecían osamentas a la intemperie. El camino ascendía una loma y poco después se volvía impracticable por la maleza. La brisa refrescante le llegaba de frente. Podía sentirse en la piel la cercanía del mar. Miró hacia atrás haciéndose sombra con la gaceta. A un par de kilómetros de distancia, reconoció la fachada trasera de la Administración, con la copa de la ceiba al fondo, y a un lado el hospital. Comprendió que estaba en la prolongación de la avenida de la República. El embrión de la gran avenida que uniría el centro de la Ciudadela con el puerto de cabotaje que el arquitecto soñó construir en algún punto de la costa que él había visto en uno de los planos. ¿Habían renunciado a construirlo? ¿Esa era la causa del abandono de aquellas obras trucas? Caminó en dirección al centro. Se detuvo frente a un edificio sin techo. Una enorme losa rectangular de cemento con dos bardas laterales muy elevadas. En medio había una gruesa columna carcomida, cubierta de yerba santa. No supo si eso era el sedimento de una glorieta o el embrión de una bodega, a medio construir, para almacenar importaciones o productos de la Ciudadela.

Imaginó que el arquitecto había delineado la avenida y el puerto llamados a un destino grandioso: servir de puente entre el mundo caduco y la nueva ciudad radiante de energía. Tal vez creía que los barcos que zarparan de ahí llevarían, junto con las mercancías del Varado, la semilla de una sociedad construida sobre otros valores. Por otra parte, quizás el doctor Helmuth imaginó que en esos mismos barcos llegarían los gérmenes y los efluvios del mundo convulso y decadente y

decidió apuntalar la autarquía del Varado. “Cuando encuentre a David eso es lo primero que le voy a pedir que me aclare”.

“Mi ciudad del futuro” había dicho un par de veces el arquitecto. Y Ciro creyó que en esas palabras se insinuaba una promesa de reconquista. Pero ahora, con la sensación de estar recorriendo las ruinas de una ciudad antigua, pensó que era irónica la frase. Se preguntó qué pasaría cuando el proyecto original, la ciudad del futuro, fuera un sueño totalmente olvidado. Imaginó a un arqueólogo, en un futuro remoto, que por casualidad se topara con las ruinas de lo que había sido el Varado. Ese pequeño lugar que no figuraba en los mapas de la región. ¿Cómo podría adivinar el significado de los edificios y el carácter audaz —o anómalo— de la Ciudadela en su conjunto? Sin el auxilio de planos o documentos se vería obligado a interpretar aquellos sedimentos urbanos como partes de un típico pueblo de la costa, como San Borja quizás. Y eso no era extraño si él mismo ahora tampoco acertaba, en el rompecabezas formado por las descripciones de David y de su padre, a componer el quimérico contorno de la Ciudadela: cabeza de comuna agrícola y artesanal, cuerpo de hospital para melancólicos, cola de hotel, alas de negocio. *“Con los edificios sucede lo que con las letras. Si no se sabe el significado parecen muertos —había dicho el arquitecto—. Si alguien me preguntara hoy, qué es el Varado, le diría: una ciudad ilegible”.*

Avanzó lentamente, parándose a mirar hacia ambos lados del camino. A la derecha continuaba la fila de edificios abortados. Del otro lado, la avenida limitaba un terreno rectangular de césped bien podado que se extendía, entre la fachada del hospital y el breñal que cerraba el paso hacia la costa, hasta un lindero boscoso. Ciro estimó que debía ser más grande que la huerta que rodeaba la Escuadra. Vio unas cuantas personas vestidas de amarillo, como los que

había visto el domingo en la iglesia. Daban unos pasos y se quedaban quietos unos segundos antes de volver a caminar. Supuso que esos eran los pacientes del hospital. En medio del césped reverberaba un ojo de agua.

A poca distancia, a la derecha de la Administración, divisó una estructura de cristal y acero invadida de maleza. Al acercarse descubrió que se trataba de un vivero. Dio media vuelta y se internó en la alfombra de césped. El ojo de agua resultó ser un estanque cuyo fondo enmohecido lo hacía parecer muy hondo. Algunos pacientes del hospital, ensimismados y cabizbajos, se acercaban a echar una ojeada a la superficie y luego se iban. Otros permanecían sentados a la orilla. Ciro se preguntó si aquello no era un espejo para obligarlos a ver el cielo de vez en cuando. En el estanque vio nubes, rastrilladas por el viento, que dividían el cielo en estrías multicolores como velos para filtrar los rayos del sol. En aquel cielo mentido patinaban insectos y se veía el vientre de un par de coleópteros iridiscentes que volaban en círculos como si estuvieran dentro de un cono invisible. De pronto, alguien lanzó un guijarro que patinó varias veces antes de hundirse. Las ondas disiparon aquella visión. Luego surgió otra, con un par de libélulas que volaban unidas en frenética cópula. Si no hubiera personas, diríase que todo era diáfano y etéreo bajo aquella luz sorprendente. Pero ahí estaba una treintena de ensimismados. Todos con esa especie de piyama amarilla. Nos caminaban como sonámbulos a la deriva. Otros, abismados en el estanque, parecían sumidos en un sueño letárgico. Ciro pensó que eran los antípodas de los jóvenes laboriosos que había visto en su primer recorrido. ¿Qué relación había entre ambos tipos de habitantes? Imaginó que compartían el mismo espacio, pero se ignoraban. “Tal vez unos exageran sus malestares para no trabajar. ¿Los laboriosos habían estado

igual de abatidos alguna vez? ¿Tendré que verme así para ser aceptado? ¿Cómo le habrá hecho David para colarse? No puedo imaginarlo deprimido, pero sí representando un papel. Tal vez se le pasó la mano, sobreactuando, y lo descubrieron. Si te pasa lo mismo, tal vez te lleven a donde está él... ¡Qué pendejadas se me ocurren! No necesitas actuar, sólo mentir un poco. Contar tu propia historia. Modificando apenas los hechos y omitiendo los nombres. Convertir esa tristeza que te asalta de vez en cuando, desde que David se alejó sin decir nada, en un estado crónico. Tal vez el Gordo no exageraba al decir que hay infinidad de formas para ingresar. Aunque a él lo que le preocupa es que las autoridades tengan infinidad de pretextos para rechazarte y mantenerte en esa especie de limbo que es la Escuadra. ¿Será? Da lo mismo. No necesito ir más allá. Mientras pueda vagar libremente por la Ciudadela, no tardaré en averiguar algo.

Le llamó la atención un paciente muy joven sentado frente a él. Ciro le calculó menos de veinte años. La melena revuelta confería al rostro cetrino un asombroso relieve y hacía pensar en una personalidad madura y enérgica. Pero la mirada ausente y la boca ligeramente entreabierta atenuaban esa impresión. De pronto el aleteo de una mariposa azul metálico imantó los ojos de todos los que estaban en la proximidad del estanque. Ciro siguió el vuelo zigzagueante y luego miró de reojo al joven melenudo cuyas facciones permanecían inmóviles, la mirada fija en el agua. ¿En qué piensa? ¿Espera ver una tierra prometida o el rostro de una mujer? Lo imaginó incapaz de interesarse en algo que no fuera su propia imagen con sus heridas abiertas y pensó que era absurdo compadecerlo.

Se incorporó y regresó a la avenida de la República. Luego fue a sentarse en una banca de la plaza. Miró el título y la fecha en la portada de la gaceta: *Isis*, marzo de 1941. La hojeó

distraídamente. Una treintena de páginas y una miscelánea de temas. Desde un método para curtir pieles hasta una reseña de teatro. Intentó leer una monografía sobre el cultivo de amaranto, pero se aburrió. En la sección literaria le llamó la atención un poema titulado “Girasol”.

Como el ojo impávido del girasol
la vista calcinada en el fuego.
Así se mira ante su dios el ego.
Ascua que danza en la pira del sol.
Flama solitaria en el espejo
que la vuelve traslúcida y vacía
en la fugacidad del mediodía.
Vista purificada en su reflejo.

Lo leyó un par de veces. El autor se ocultaba firmando con la letra G. Ciro pensó que el alias del autor y el título del poema podían ser el mismo y que esa firma era su inicial. Sin tener claro por qué tenía la corazonada de que podía ser David o alguien, quizá otro poeta, que lo conocía. Luego pensó que en una ciudad llena de melancólicos debía haber docenas de poetas. Aun así, decidió ir a buscar otras gacetas. Emocionado, seguro de que podía ser una buena pista, caminó hasta la esquina del edificio donde se ubica la biblioteca.

Al entrar aminoró el paso. Quedó sorprendido por el tamaño del acervo. Lo había imaginado más chico. Uno de los muros era un ventanal que daba a la plaza, los otros tres, de unos cinco metros de altura, estaban divididos por un entrepiso, una especie de tapanco, con barandal, y cubiertos de volúmenes bien encuadernados. Mientras recorría los estantes, se fue apaciguando. Se demoró en la sección de temas religiosos. Le sorprendió la heteróclita colección: biblias

en varias lenguas, los Upanishads, literatura talmúdica, obras de budismo y de taoísmo, evangelios gnósticos y las obras de los padres de la Iglesia. En el *ex libris* de una biblia luterana encontró el nombre del administrador. Por una escalera de caracol subió al entrepiso. Una inspección apresurada le permitió constatar que las secciones de literatura y filosofía rebasaban con mucho cualquier lista de autores canónicos. Ahí estaban, por ejemplo, las obras del jesuita Kirchner y una colección francesa, nueve tomos en octavo con pastas de cuero repujado, de novelas eróticas del siglo XVIII. Frente al anaquel con las obras de Schopenhauer, Ciro se preguntó “¿Con eso se cura un melancólico?”. Entre los libros de arquitectura le llamó la atención una lujosa edición facsimilar de *Los cuatro libros de la arquitectura* de Andrea Palladio.

Cruzó la puerta que comunicaba con otra galería cuyo ventanal daba a una calle perpendicular a la plaza. Dio un vistazo rápido a cada uno de los anaqueles con libros de ciencia y tecnología. En el librero de enciclopedias y diccionarios halló lo que buscaba. Atiborrados en unos revisteros de cartón, había más de cincuenta ejemplares de las siguientes gacetas: *Alba libertaria*, *El semillero de la cruz*, *Isis*, *La vanguardia*, *Nueva ruta*. Cada serie estaba incompleta y de alguna sólo había un par de números. Pensó que quizá a nadie le interesaba conservar esos pasquines en la biblioteca o tal vez los guardaban en otro lado. Revisó algunos números de *Isis* en orden cronológico. A partir del quinto número aparecía una sección “Ciudadanos ilustres” con escuetas biografías, sin firma, de habitantes del Varado, pero ninguna le llamó la atención. Mientras hojeaba un ejemplar de *Alba libertaria* se preguntó si cada impreso pertenecía a una de las sectas que había mencionado el Gordo. En todas había escritos de carácter proselitista y doctrinario. En el séptimo número

le llamó la atención un título: “Iniciación”. Leyó el escrito, rápida y superficialmente, sin demorarse en las imágenes que el autor presentaba como un desfile alegórico. Vagamente entendió que describía una metamorfosis. Un hombre entra a una cueva y se transforma en jaguar. Ciro no hizo el menor esfuerzo de leer entre líneas ni buscó la clave que creyó oculta para los que no estaban en el secreto. Sin embargo, releyó varias veces la primera parte:

Quizá fui a la gruta motivado por una leyenda. *La Pirausta*, la mariposa de origen divino. No la encontré. Ya me habían advertido que es una ilusión anacrónica, un cuento de hadas. Tal vez sea cierto. Pero encontré a la diosa del rostro vedado...

La imagen de un rito de iniciación en una gruta le dio vueltas en la cabeza durante un rato. Estaba casi seguro, sin saber por qué, de que aludía a una experiencia vivida por el autor que firmaba con el seudónimo *Girasol*. Ahora estaba seguro de que era el mismo autor del otro poema firmado sólo con la letra G. ¿Se refería a la forma de ingresar a la logia de los fundadores? ¿David era un iniciado? ¿Por qué el arquitecto no le había dicho nada al respecto? Seguramente, juraban guardar el secreto. Quizá eso explicaba las reservas de David al hablarle del Varado. Lo reconfortó entrever cierta lógica en la conducta de su amigo y en la del arquitecto. Pero luego volvieron las dudas. ¿Si era un adepto, por qué luego lo habrían secuestrado? Pensó que el autor de esos poemas no podía ser su amigo. En una ciudad llena de melancólicos los poetas debían ser legión. Costaba trabajo imaginar a David secuestrado y colaborando con los editores de una gaceta. ¿Lo obligaban a colaborar por escasez de plumas? ¿Por eso

se escondía con ese raro seudónimo? Estuvo un buen rato en la biblioteca, pensando. Conforme pasaban los minutos cada vez le resultaba más difícil saber si los escritos eran una buena pista. Antes de irse, miró alrededor. Sólo había otras dos personas en las mesas de lectura. Dobló el séptimo número de *Isis* y lo guardó en la bolsa del pantalón.

De camino a la Escuadra se sentía optimista, como si al fin hubiera encontrado una huella de su amigo. No tenía la certeza de que David fuera el autor de esos escritos. Pero tampoco podía descartarlo. Por el momento quizá fuera arriesgado tratar de despejar la incógnita del seudónimo. Tal vez era mejor esperar un golpe de suerte.

Una semana después de su arribo a la Ciudadela, mientras tomaba el desayuno, una enfermera le avisó que el doctor lo recibiría en su oficina una hora más tarde. Lo sobresaltó el anuncio inesperado. Desde que el arquitecto le había dado los pormenores de la misión, Ciro se había hecho a la idea de que la entrevista con el doctor Helmuth sería la prueba más difícil para lograr colarse. “Es un tipo zorruno y maquiavélico”, le había repetido el padre de David. Así que desde su llegada, varias veces había tratado de prever el tipo de preguntas que le podría plantear el doctor. Sin embargo, cada vez que se dedicaba a este ejercicio lo invadía la sensación de que era inútil, pues le parecía más sensato confiar en su capacidad para improvisar a la hora de la verdad.

Fue a su cuarto y se fumó varios cigarrillos. Se preguntó si no había desperdiciado toda la semana deambulando en busca de David en vez de preocuparse por una entrevista de la que dependía su permanencia en el lugar.

Mientras recorría la avenida de la República se sintió abandonado a su suerte. Con aire sonámbulo, cruzó la plaza y entró al edificio de la administración. Tocó la puerta sin obtener respuesta, esperó unos segundos y volvió a tocar con más fuerza. Una voz grave lo invitó a pasar. El doctor Helmuth, sentado ante un escritorio de roble, escribía con una pluma fuente.

—Síntese —dijo sin despegar la vista de unos papeles.

Aunque tenía la impresión de que al doctor le resultaba

indiferente su presencia, Ciro se sentía apabullado. Se preguntó de dónde provenía la autoridad y la fuerza que emanaba del administrador. No creyó que fuera su gran corpulencia. Había visto en sus paseos hombres más altos y fornidos que estaban lejos de causar algo semejante. Le llamó la atención el contraste entre la piel tostada y la blancura del cabello. La barba, rizada y abundante, le daba un aire de patriarca y hacía pensar —Ciro no hubiera podido explicar por qué— en una voluntad de hierro. Costaba trabajo relacionarlo con algo turbio como una conjura o un secuestro. Tal vez, meditó, es la suma y la armonía de los rasgos, incluidas la voz y la expresión sagaz de los ojos. No era difícil concebir la ilimitada confianza que debía inspirar a sus seguidores.

El doctor terminó de escribir y se quedó viéndolo fijamente como si pudiera leer sus pensamientos a través de la frente. El silencio se tornó opresivo. Ciro se sintió abrumado. Pensó que esa mirada astuta en cierta forma constituía una anomalía, una disonancia apenas perceptible, pero suficiente para provocar desconfianza y hacer más creíbles las alarmas del arquitecto: *“Es un embaucador de conciencias, nunca lo olvides cuando estés frente a él. No dejes que te impresione, es un maestro de la persuasión”*, se lo dijo varias veces quizá porque consideraba a Ciro susceptible de sucumbir al sortilegio del doctor.

El doctor abrió un cajón del escritorio, sacó una hoja en blanco y le lanzó una mirada llena de suspicacia. Ciro se puso nervioso, ¿se había percatado de alguna rareza en su fisonomía o tenía algún motivo para sospechar? Por un momento, se sintió incapaz de superar esta prueba. Luego se tranquilizó pensando que la suspicacia debía ser un hábito imprescindible para un hombre cuya labor consistía, entre otras cosas, en desenmascarar cualquier forma de autoengaño o impostura en sus pacientes.

Se dio cuenta de lo ingenuo que había sido al creerse capaz de sonsacarle al doctor algún indicio sobre el paradero de David. Ahora caía en la cuenta de lo extravagante que resultaba la aventura en la que se había embarcado ¿sería capaz de hacerse pasar por un melancólico sin que ese viejo zorro descubriera la farsa? Era una locura, pero renunciar a estas alturas sólo serviría para manifestarlo de la manera más escandalosa y nadie podía imaginar las consecuencias que eso traería.

—Bien —dijo el doctor mientras anotaba unas palabras en la hoja—. Para llegar hasta aquí, usted escribió una carta que gustó a los miembros del comité que revisó su solicitud de ingreso, ahí expresó que necesita nuestra ayuda para aliviar el sufrimiento que lo aqueja. Hábleme más de esa tristeza crónica como usted la llama.

—Es una sensación rara, difícil de explicar, es como si un día soleado yo estuviera en un hoyo oscuro— respondió apresuradamente, como si ya tuviera preparada esa respuesta desde tiempo atrás. Enseguida pensó que había dicho un lugar común y que esa era una mala estrategia. Durante los últimos días se abstenía de tomar la iniciativa en los diálogos. Callaba y esperaba que los otros dijeran algo con la esperanza de enterarse de algún dato útil para la misión. Pero ahora el doctor permanecía en silencio invitándolo a explayarse.

—De chico me gustaba pintar, mezclar colores. Me atraía la idea de dedicarme a la pintura, luego entendí que era una veleidad, no una vocación. En la adolescencia me entusiasmaba viajar y ver paisajes, siempre he creído que la alegría se relaciona con la luz y el color, pero de un tiempo para acá, siento como si las cosas se volvieran grises... —le sonaron huecas estas palabras y lo invadió un sentimiento de derrota.

—¿A qué atribuye que las cosas pierdan su colorido?

—No son las cosas, es como si yo me hubiera vuelto

daltónico y eso es lo que me desespera, me siento como un bicho raro... como esos escarabajos que se la pasan empujando su pelotita de mierda... —De pronto se sintió incapaz de aparentar emociones que apenas conocía. ¿No era una imprudencia decir algo tan bizarro? ¿Pero qué podía decir sin arriesgarse? A fin de cuentas cualquier cosa que dijera era mentira. El doctor escribió algo.

—A veces me invade una parálisis, todo me parece absurdo, caigo en una inercia que no me puedo sacudir.

—¿Desde cuándo tiene esa sensación?

—No estoy seguro, tal vez no exagero si digo que fui un niño feliz, creo que a los doce tuve los primeros brotes, hace poco todavía me entusiasmaban algunas cosas: la música, los viajes...

—¿Y ese cambio no tiene relación con la pérdida de un ser querido?

Ciro se sintió acorralado y apenas pudo reprimir el impulso de levantarse. Observó con ansiedad el rostro del doctor para confirmar si esa pregunta —que parecía contener una alusión velada a sus verdaderos motivos para ingresar al Varado— era una insinuación de que el doctor sospechaba algo. “Si él sabe, entonces también ha estado fingiendo, nos hemos portado como dos espejos. Así que cuando uno decida terminar la farsa, el otro estará obligado a quitarse la máscara. Al fin, el viejo zorro acorraló a su presa” pensó, tratando de ocultar su nerviosismo. Pero no logró ver en el rostro inescrutable del director el más tenue guiño. “Tengo que seguir mientras no tenga la certeza de que él sabe, aunque sospeche, no puede estar seguro, si no, me lo diría claramente sin andarse por las ramas”.

—Mi abuelo murió hace dos años, eso me dolió mucho, pero creo que sólo agravó algo que había empezado mucho antes— dijo tratando de ocultar su turbación.

El director escribió algo y luego se quedó mirándolo con atención. Ciro hizo un último esfuerzo para soportar el escrutinio que duró menos de treinta interminables segundos.

—Ya le habrán informado que los estudios continuarán durante un plazo indefinido—. Dijo al fin el doctor, saliendo de sus reflexiones. A Ciro le pareció que suavizaba la voz. Quizá por cortesía o por astucia o tal vez para evitar que su exagerada reserva resultara ofensiva.

La puerta que dividía la pieza se abrió y entró un hombre de lentes. Susurró algo al oído del doctor y salió. ¿Había estado escuchando con la oreja pegada a la puerta?

El doctor se puso de pie.

—Buenos días—. Dijo, extendiendo la mano, para concluir la entrevista.

De vuelta en su cuarto, Ciro pasó algunas horas acostado en su camastro, repasando cada gesto y cada palabra de la entrevista. Tenía la sensación de haber atravesado un campo minado cuyas bombas podrían estallar después —imposible saber cuándo— del contacto. ¿Sospecharía algo el doctor? Era difícil prever las consecuencias de su actuación.

Los días posteriores a la entrevista con el doctor, Ciro trabajó en la huerta que rodeaba la Escuadra y comió en el comedor central, situado en la plaza del sol, pagando con unos vales que le entregaban los viernes al final del día. La jornada, de cuatro horas, le dejaba mucho tiempo para buscar a su amigo. Deambuló por todos los rumbos de la Ciudadela, seguro de que tarde o temprano lo encontraría pues aquel lugar, si había que creer al arquitecto, se parecía a un pueblo chico cuyos habitantes inevitablemente terminan conociéndose en poco tiempo.

Los primeros días, la esperanza de un encuentro casual se fortalecía con los fracasos. Aunque a veces temía que David estuviera encerrado en una cárcel secreta. Luego se tranquilizaba pensando que había husmeado en todos los rincones del Varado y no había visto un lugar donde pudiera mantenerse encerrada, y oculta, a una persona. Era necesario tener paciencia. Pero a las tres semanas de su arribo le dio por pensar que su paciencia y sus pesquisas resultaban inútiles sin una pista. Tenía que hablar más con los internos y ser lo suficientemente hábil para sonsacarles, sin levantar sospechas, algún dato o indicio que apuntara en una dirección a donde pudiera hallar algún rastro de su amigo. Pero sus relaciones con los habitantes de la Ciudadela estaban fincadas en la desconfianza, a pesar de que rara vez encontró hostilidad. De hecho, casi siempre eran amables. Paradójicamente, esa cordialidad espontánea lo hacía recelar. Tenía la sensación

de que trataban de infundirle confianza para que bajara la guardia. Un par de veces se sorprendió hablando demasiado. Se lo reprochó y volvió a su actitud cautelosa. Pero luego comenzó a impacientarse. Pensó que tal vez estaba fracasando por exceso de prudencia. En su desesperación, varias veces estuvo a punto de preguntar a diferentes personas si conocían a David, pero siempre se detuvo en el último momento, pues la primera y única vez que mencionó el nombre de su amigo —hablando con un pescador que le inspiró confianza y que resultó ser un empleado de la administración— sólo le sirvió para darse cuenta que había cierto riesgo de llamar la atención de la autoridad. Dicho encuentro ocurrió cuando aún estaba lleno de confianza. Había escalado una pendiente escarpada, enfrente de una bahía, y al subir un promontorio, encontró a un hombre que pescaba con un hilo de nylon enrollado en un palo. El hombre, de piel muy tostada y pelo tirando a rojo, apenas lo vio, le hizo la plática. Divagó sobre diversos asuntos de la Ciudadela, apenas escuchaba, como si estuviera enterado de todo lo que ocurría y conociera a cada uno de los habitantes. Ciro aprovechó una pausa para preguntarle, como quien no quiere la cosa, si de pura casualidad no había visto a David, el poeta. Habían quedado de verse esa mañana por aquel rumbo, pero no lo había encontrado. El hombre dijo que conocía a un herrero, un hombre mayor, que también se llamaba así, pero a ningún joven con ese nombre. Agregó que se le hacía raro que hubiera literatos con tan poco tiempo para el ocio. Ciro pensó que bromeaba, pues en ese momento no parecía que estuviera pescando por necesidad. Además llevaba en la bolsa del pantalón una gaceta con textos que probaban la existencia de escritores. Quizá el hombre era analfabeto o no conocía las publicaciones periódicas del Varado. El pescador le preguntó a Ciro si era un interno nuevo. No recordaba haberle

visto antes. Ciro vaciló antes de responder que ignoraba si ya podía considerarse un interno. No sabía si ya había pasado todos los filtros ni conocía el resultado de su entrevista con el doctor Helmuth. El hombre dijo que eso lo podía aclarar revisando su expediente. “Todos los habitantes, tanto los que deciden quedarse como las aves de paso, tienen uno”. Eso ya se lo había dicho el Gordo, pero Ciro fingió que nunca había oído nada al respecto. El hombre aclaró: “Te lo digo porque un tiempo trabajé en la administración”. No precisó en qué oficina los guardaban y Ciro no se atrevió a preguntar.

Encontrar el expediente de su amigo equivalía a cumplir el objetivo de la misión: confirmar que David estaba o había estado ahí. Pero se le antojó imposible solicitarlo sin levantar sospechas. Aun así, quedaba la posibilidad de buscarlo cuando los empleados salían a comer. El problema era que tampoco podía andar hurgoneando a todas horas en el edificio de la administración, en espera del momento propicio, y pasar desapercibido. Un par de incursiones bastaron para convencerse de que la cantidad de empleados, con diferentes horarios, y el ajetreo incesante eran obstáculos insalvables. Las oficinas casi nunca estaban desiertas. Pensó en un asalto nocturno y luego de estarle dando vueltas al asunto sin decidirse, una noche salió de la Escuadra resuelto a correr el riesgo. Pero al llegar a la plaza, vio a una cuadrilla de jóvenes, armados con palos y un par de escopetas, saliendo del edificio. Los vio rodear la plaza y perderse en una esquina. Supuso que eran parte de un cuerpo de vigilantes y que en el edificio había otros.

Una tarde, poco después del encuentro con el pescador, mientras descansaba en una banca de la avenida de la República luego de una caminata, tuvo un sobresalto al ver a un joven de estatura y complexión similares a las de David. Le

pareció que el rostro, visto un segundo de perfil, tenía un aire de familia. Lo siguió con sigilo, sin atreverse a llamarlo. De pronto el otro se detuvo en la acera, como si recordara algo. Ciro lo alcanzó y al pasar a su lado advirtió que la semejanza había sido un espejismo. “Tantas ganas de encontrarlo hacen que cualquiera se le parezca” pensó. Luego reflexionó que acaso el Turco también había confundido al mismo joven, o a otro, con David y entonces la misión era un gran desatino. Sintió una urgencia de ir a San Borja a disipar esa duda. Pero estaba seguro de que no le autorizarían la salida y de que al solicitarla sólo despertaría suspicacias. Por primera vez pensó seriamente en renunciar. Pasó algunas noches de insomnio haciendo toda clase de conjeturas, para justificar su fracaso ante el arquitecto, que luego desechaba por absurdas. Revisó cada lápida del camposanto. Llegó al extremo de imaginar que David lo había visto y había decidido ocultarse. Pasó horas inventando razones para un proceder tan bizarro.

Casi se había convencido de que la misión era una causa perdida cuando ocurrió algo que renovó la esperanza. No fue el fruto de su paciencia o de su voluntad sino del azar y de sus buenos reflejos. Un hecho fortuito que después vería como un golpe de suerte. Aunque al principio no fue consciente de la puerta que se abría, pues todo ocurrió en un instante.

Tres semanas después de su arribo a la Ciudadela, hacia el mediodía, exhausto, luego de dos horas de trabajo a pleno sol, se recostó al lado de un muro que daba un poco de sombra. A unos pasos, un joven, subido a la plataforma de un andamio, resanaba una grieta a varios metros del suelo. De pronto, se oyó un restallido y un grito: “Aguas”. El joven en lo alto dejó caer la bandeja con yeso. Quienes estaban alrededor dieron un paso atrás. Ciro vio el andamio tambalearse hacia el lado donde se encontraba y el vaivén del tubo que se había zafado.

Se paró de un salto, cogió su rastrillo y lo encajó donde creyó que era necesario, con tan buen tino que de inmediato cesó el bamboleo. Un hombre de rasgos orientales que pasaba por ahí fue el primero en felicitarlo. “¡Qué bárbaro, qué reflejos!”. Algunos jóvenes se acercaron a darle palmadas en la espalda. Alguien dijo: “¡Qué huevos!”. Ciro se sintió incómodo. Su actuación podía pasar por valerosa, pero sabía que había reaccionado por miedo. Ernesto, el joven al que salvó de la caída, sufrió un leve desmayo y fue llevado al hospital. Más tarde lo buscó para darle las gracias e invitarlo a tomar un té en la casa del oriental que lo había felicitado. Supo que se llamaba Kazuo y que era jefe de sección.

Luego de andar desorientado durante un buen rato, con la sensación de que estaba caminando en círculos, se percató de que, en efecto, ya había pasado cerca de la casa más de una vez, pero fue necesario que oscureciera completamente para poder distinguir, en medio de un cinturón de árboles, el resplandor de la casita de estilo japonés. Parecía una lámpara votiva, un frágil entramado de tablas forrado de papel china, abandonada en aquel paraje escondido. Los árboles que la rodeaban crecían al borde de un riachuelo. Cruzó un puente abombado y avanzó indeciso. Miró su reloj y permaneció de pie en el umbral, sin decidirse a tocar la campana que colgaba de un alero. Se arrellanó en un escalón de madera y se preguntó si no era una grosería llegar a esa hora. “Nos vemos como a las cinco” había dicho Ernesto. Volvió a ver el reloj. Eran casi las siete. Se había dormido después de la comida y despertó pasadas las seis. Y luego, para colmo, se extravió. “No hay pierde, está adelantito del ojo de agua... si no la encuentras le dices a cualquiera que te lleve a la pagoda, así le dicen”. Nadie iba a creerle que se había perdido por ese rumbo que él dijo conocer. Le llegó un rumor de risas. ¿A quién más habían invitado? Imaginó que en algún momento de la reunión se vería obligado a apuntalar la ridícula imagen que se habían hecho de él a partir de su equívoca actuación en la mañana y sintió ganas de regresar a su cuarto. Pero tampoco estaba seguro de poder hallar el camino de vuelta. Tendría que esperar a que saliera Ernesto. Luego pensó que si alguien lo veía en ese momento podría

sospechar que estaba espiando, así que se incorporó de golpe e hizo sonar la campana varias veces. Poco después la puerta corrediza se abrió y un cuadro de luz se extendió por el suelo hasta sus pies. Una mujer envuelta en un kimono lo saludó con una leve inclinación.

—Bienvenido, pase, hace rato empezamos, pero no se preocupe. ¿Qué habían empezado? ¿La cena? “El maestro nos invita a su casa a tomar té” había dicho Ernesto. Deslumbrado y un poco cohibido, entró a la sala con piso de madera encerada. Era amplia y no había más mobiliario que una mesa baja en el centro. Ciro avanzó hacia otra puerta corrediza donde lo esperaba la mujer. Caminaron por una veredita de tierra apisonada que atravesaba un jardín. Ciro se fijó en un limonero cuyos frutos brillaban como focos encendidos. A medio camino la mujer se detuvo para enjuagarse las manos en un cuenco de piedra oscura que apenas podía verse. Mientras se lavaba, Ciro oyó una voz de mujer con acento francés. Al fondo vio el pabellón con techo de tejamanil. En el umbral había tres pares de zapatos. Ciro se descalzó. La entrada era baja y tuvo que entrar a gatas. Era una sala austera con un arreglo floral en un rincón. Ahí estaba el japonés, Ernesto y la pintora que había visto en su chalet, sentados en torno a una hornilla de acero. Todos saludaron con una leve inclinación. Cuando los recién llegados ocuparon su lugar, Ciro quedó entre la pintora y Ernesto, el japonés tomó un paño rojo e hizo varios dobleces que a Ciro le recordaron la destreza de los marineros para hacer nudos. Con el paño bien doblado limpió un hermoso tazón de porcelana como si se tratara de una reliquia invaluable. Con un cucharón de bambú sacó agua humeante de una tetera que estaba sobre la hornilla y la vació en el tazón. Enjuagó una especie de batidor de bambú y echó el agua en un pocillo de peltre que desentonaba con

los demás utensilios. A continuación, puso tres cucharadas de un polvo verde en el tazón y lo llenó tres cuartas partes con agua. Devolvió el líquido restante y colocó el cucharón sobre la tetera con extrema delicadeza. A Ciro le impresionó la escrupulosidad con la que el japonés realizó cada uno de estos pasos con movimientos diestros y suaves. Se preguntó qué podía significar todo aquello, pues no había duda de que se trataba de un elaborado ritual. Finalmente, el japonés removió la infusión hasta que pareció una sopa espumosa de color ambarino. La pintora se desplazó de rodillas unos centímetros. Hizo una rápida inclinación y levantó el recipiente. Cuando acabó de beber, limpió el borde con los dedos y depositó el tazón en el suelo con mucho cuidado. Mientras el japonés preparaba la otra taza, Ciro recordó que el arquitecto había dicho de pasada que alguien, no recordaba quién, le contó algo sobre un japonés, cómplice del doctor Helmuth, que había sido vigilado de cerca por el gobierno bajo sospecha de simpatizar con los gobiernos fascistas del Eje. A Ciro le dio la impresión de que el arquitecto había querido insinuar —de esa manera torcida que consiste en poner en boca de otros una acusación que uno no se atreve a emitir— que la secta, de la que él era fundador, había mostrado, a la vuelta de unos años, tendencias fascistas. ¿El arquitecto se refería a Kazuo? ¿Por qué le había contado esa anécdota? ¿Por qué de esa manera que la hacía dudosa? ¿Era una forma de advertirle uno de los mayores riesgos de la misión?

El japonés le indicó con un movimiento de cabeza que era su turno de beber el té. Sin desplazarse de su lugar, Ciro se flexionó lentamente y estiró los brazos para alcanzar el tazón, lo colocó en la palma de la mano derecha e hizo presión con la izquierda, tal como acababa de hacerlo la pintora. Mientras se enderezaba, cometió la imprudencia de mirar la expresión grave

del japonés y, sin saber por qué, eso lo llenó de ansiedad. Sintió que el tazón se le resbalaba y apenas logró sostenerlo con un rápido malabarismo, aunque no pudo evitar que gran parte del líquido se derramara en el piso. Kazuo tenía una expresión seria, pero soltó una carcajada. Ciro, avergonzado, con la sensación de que una oleada de calor le enrojecía las mejillas, tuvo ganas de disculparse y salir corriendo. La mujer del kimono se apresuró a secar el suelo con una servilleta y la ceremonia continuó como si nada hubiera ocurrido. Cuando todos los presentes bebieron el té, el japonés se levantó y los invitó a salir al patio. Regresaron a la sala principal y tomaron asiento en unas esteras de paja. Ciro estaba plenamente consciente de que la falta que había cometido no podía ser muy grave, sin embargo, se sentía muy apenado como si su torpeza hubiera arruinado la ceremonia. La pintora de acento francés y Ernesto contaron anécdotas chuscas de otros habitantes de la Ciudadela. Ciro los escuchaba distraído, inventándole un pasado a cada uno, tratando de imaginar la causa de la melancolía que habían ido a curarse al Varado. Varias veces su mirada se cruzó con la del anfitrión cuya expresión concentrada y sagaz lo intimidaba. En esos momentos sentía que aquel hombre podía ver su turbación con absoluta nitidez. Hubiera querido irse, pero había decidido seguir a Ernesto en la retirada. Después de una despedida que a Ciro le pareció un tanto fría, los dos jóvenes salieron a la frescura de la noche. Cruzaron el puente abombado y caminaron un rato sin decir nada. Ciro sentía una apremiante necesidad de aclarar cosas, pero su prudencia instintiva le impedía romper el silencio. Al llegar a una encrucijada, el otro se detuvo, estiró los brazos y aspiró con placidez.

—Es una noche magnífica para ir a la playa, ¿te animas?

Ciro pensó que Ernesto también quería decirle algo.

—¿No está muy lejos de aquí?

—Cuatro kilómetros, más o menos.

—Vamos pues.

Atravesaron un bosque y luego ascendieron en zigzag. Ernesto subía a paso firme y el esfuerzo que hacía Ciro para no rezagarse le provocó taquicardia y jadeos. Caminaron separados por una distancia que la oscuridad alargaba, envueltos por el rumor acompasado de chicharras y grillos. Durante un largo trecho, Ciro perdió al otro de vista y más adelante lo encontró sentado a la orilla de un recodo, una especie de mirador desde el cual podía verse la curva de espuma en la playa. Luego el camino bajaba y volvieron a andar juntos. Ciro se animó a comentar:

—No sé qué significa todo ese asunto del té, pero se ve que es algo muy serio ¿no?

—Yo tampoco entiendo muy bien qué significa cada uno de los pasos, pero creo que todo el asunto sirve para entrenar la atención, se trata de estar ahí, con los ojos abiertos.

—Entonces sí la regué ¿no?

—No te apenes, no es para tanto.

—Cuando casi tiro la taza, me dio la impresión de que Kazuo soltó la carcajada para disimular el coraje que le dio, luego, al despedirnos, estaba muy serio.

—Así es él. Tal vez le molestó un poco que llegaras tarde, de hecho antes de la ceremonia hablamos de ti... y ahora que lo pienso lo que te pasó fue más bien divertido, pues Kazuo había dicho que estaba impresionado por tus reflejos, comentó que eras el candidato ideal para dirigir alguna de las guardias de centinelas que entrena.

—¿Yo?... ¿Por qué?

—Por los reflejos que mostraste en la mañana.

Los dos callaron y siguieron su andar, oyendo el golpe de las olas al romper. Ciro recordó al grupo de jóvenes armados

con palos que le habían hecho pensar en un pelotón de camisas pardas. Pensó que eran la prueba de que el Varado no era el paraíso de concordia que se suponía.

—Para qué quieren una patrulla de centinelas... ¿pasó algo?

El otro negó con la cabeza. Ciro recordó lo que había dicho el Gordo sobre las intrigas que causaba el proselitismo de las sectas.

—El otro día escuché que hay problemas entre las sectas...

—Lo grave es que alguien se atreva a decir algo así sobre el shanga...

—¿El shanga?...

—La comunidad... para nosotros no sólo es un refugio, es el campo de méritos en el camino hacia la salvación.

“Así que hoy le salvé la vida nada menos que a un loco que se cree santo. Tal vez el japonés le encargó que me convenciera de entrar a sus guardias blancas”, pensó.

—Suena como si hablaras de una república de santos.

—Tomados individualmente la mayoría de los habitantes de la Ciudadela no somos santos, pero tomados como un todo formamos una comunidad santa... tú también.

“¿También el Gordo y el cristero?, ¿cómo se llama esa megalomanía tribal, esa ilusión de santidad colectiva?”.

—Pero entonces no creo que haga falta un grupo de vigilancia.

—No te creas, un parásito puede colarse entre nosotros. Ya pasó alguna vez...

—Pues yo pensaría que si un indeseable se cuele en una comunidad así tendería a corregirse o al menos se sentiría tan raro que no tardaría en largarse... —se calló al notar que había cierta ironía en sus palabras.

—En parte es cierto lo que dices. El shanga es como el mar: arroja los desechos a la playa. Pero a veces los parásitos se juntan y se convierten en una amenaza.

Ciro pensó que el otro estaba dando un rodeo antes de ir al grano y pedirle que se uniera a los centinelas. ¿Por qué había decidido seguir una ruta tan intrincada para convencerlo? Trató de recordar lo que había dicho el Gordo sobre la forma en que las sectas intentan reclutar a los nuevos.

—Dijiste: los parásitos pueden colarse entre nuestras filas... ¿te referías a una secta en particular? —apenas lo dijo, se arrepintió de no haber dicho sección en lugar de secta.

—No... me refería al shanga.

—¿Pero quiénes usan esa palabra? Shanga, me consta que no todos hablan así— “Ahora tendrá que admitir que usa un lenguaje de secta” pensó.

—Los que compartimos la fe en la triple joya.

Habían llegado a la playa. El otro se sentó en un montículo de arena y permaneció en silencio durante varios minutos, mirando el tenue resplandor del horizonte. Ciro, de pie, pensó que Ernesto, al percatarse de que se había metido en un callejón sin salida, había decidido callarse. Esa conducta le pareció tan pueril como la de los niños que intentan crear una especie de sociedad secreta cuyo acceso permanece cerrado a los profanos que ignoraban las palabras, los juegos o las historias inventadas por los iniciados. Sintió una punzada de desprecio por esa actitud, ¿cómo era posible que alguien a quien había salvado esa mañana recelara tan pronto de él?

—¿La triple joya? —dijo Ciro decidido a romper el hermetismo del otro.

—Los que creemos que el Buda es el mejor médico del sufrimiento, que el dharma, la doctrina que nos dejó, el medicamento más eficaz y que el shanga, la comunidad,

es el encargado de administrar la medicina, una especie de enfermero.

—¿Y tienen algo que ver con los Caballeros Racionales del Anáhuac?

—Para mí no tiene sentido hablar de ellos y nosotros, pues tenemos las mismas metas.

—¿Los de la triple joya también pasan por la gruta? —Ciro pensó que había llegado la oportunidad de aclarar esa imagen que lo rondaba desde que leyó los poemas en *Isis*.

—La gruta no es un paso obligado para todos, hasta donde yo sé...

—¿Y qué hacen ahí?— dijo con impaciencia.

—No puedo darte detalles de lo que pasa ahí. Lo que sí puedo decirte es que yo no sufrí una auténtica metamorfosis en la gruta. Luego entendí que se trata de un ceremonial, más bien externo, para reforzar el sentimiento de confraternidad. Las autoridades la usan como filtro para reclutar personas a las que puede confiárseles cierto tipo de tareas administrativas.

En ese momento, *Ciro* tuvo el primer atisbo del provecho que podía sacar del interés que mostraba *Kazuo* en él. Volvió a ver al pelotón de jóvenes llenos de fe y de energía. Consideró las ventajas de enrolarse. Podría husmear libremente en la administración y obtener información privilegiada sobre el Varado, aunque el entrenamiento debía ser duro y tedioso. Luego de sopesar pros y contras decidió que no podía negarse. Lo mejor sería dejar abierta esa puerta, posponiendo su ingreso para una fecha indefinida. Explicarle a *Ernesto* que por el momento le interesaba más pasar por la gruta. Estaba seguro de que para eso necesitaba el espaldarazo de una secta. Era casi seguro que el japonés lo apoyaría —pues era claro que lo quería en su grupo y por eso lo había invitado a tomar el té—. En los últimos días había empezado a flaquear su

confianza en la misión ante la evidencia de que el arquitecto se había equivocado al calcular que el encuentro con David ocurriría inevitablemente en los primeros días. Varias veces se preguntó si no continuaba buscando únicamente por la necesidad de aclarar un misterio que crecía en la medida en que seguía sin resolverse. Sin embargo, se sabía incapaz de renunciar a la misión a estas alturas. Entonces la idea de que podía existir un expediente de su amigo, y de que buscarlo era una opción a seguir, se imponía en su mente con la fuerza de una obsesión. No lo desanimaba la sospecha de que era absurdo pensar en un expediente para un cautivo. Ya había visto que las decisiones de las autoridades no siempre se regían por la lógica del sentido común. Además, el mero hecho de comprobar si existía dicho expediente podía ser útil para replantearse la estrategia de búsqueda o al menos para que él se presentara con el arquitecto sin la sensación de ir con las manos vacías. Quizá esa era la única posibilidad de salvar los incontables obstáculos que había visto, en dos incursiones, para rastrear esos papeles en las oficinas de la Administración.

—Supongo que a nadie le interesa un trabajo de oficina—. Dijo al fin saliendo de sus reflexiones.

—No te creas. Todos los que están en la administración saben que cargan una pesada responsabilidad. Por suerte, aquí sobra gente con ganas de ser útil.

—Supongo que a las diferentes secciones les interesa que sus miembros estén en la administración... ¿No se pelean por esas plazas?

—Ya te dije que no tiene sentido hablar así, ellos, nosotros, tú, yo, como si no fuéramos una comunidad. Los que hablan de secciones o sectas como si fueran tribus inconfundibles hacen que se alejen unos de otros para que no se den cuenta siquiera de que hasta en el hecho de sentirse únicos se parecen. Somos

como las piedras de un río. Esos sectarios hinchan sus egos, no pueden ver que esa cosa por la que sufren, su ego, es una ilusión.

Ciro, desconcertado, se preguntó si Ernesto había alcanzado esa clase de sabiduría por sí mismo. Le parecía que él jamás podría elevarse a esas alturas desde donde pueden verse más cosas, aunque indiferenciadas y sin matices. Él era elemental y, acaso por ser pintor, sentía la necesidad de aferrarse a la superficie. Y estaba seguro de que era mejor vivir así, sin creencias que pudieran convertirse en ideas fijas.

—Si no existe ¿cómo es que se hincha y causa dolor? —dijo
Ciro desconcertado, y tuvo miedo de que el otro abandonara la lógica.

—Un famoso maestro dijo que es una ficción cosificada, lo comparó con una cebolla, cada vez que te liberas de un apego le quitas una capa y al final descubres que en el centro no hay nada. Para salir de la tristeza hay que poner el ego a dieta. Cuando ves que no es difícil adelgazarlo, te convences de que es posible extinguirlo.

—¿Cómo? —dijo
Ciro seguro de que aquello era tan ilusorio como escapar de uno mismo.

—Hay muchos caminos, uno de los más accesibles es disolverlo en el shanga.

Ciro, sin saber por qué, recordó al Gordo y al cristero y dijo:

—¿De veras crees que es posible?

—Por supuesto, una persona que realmente vive en comunión con otros, aprende que uno no se acaba en sí mismo. Poco a poco descubre que sus necesidades son más tuyas si son de todos... De pronto se calló y se quedó viendo hacia una zona de cielo despejado por donde podían verse algunas estrellas. Luego agregó, con voz reposada:

—La muerte sólo existe para el individuo.

Ciro estimó que esa debía ser la verdadera meta de aquella manera de pensar. Si uno lograba sentirse parte del hormiguero, era posible instalarse cómodamente en la certeza de que el ego no existe y así la muerte dejaba de ser un problema para cada uno. Ernesto le contó cómo lo habían curado de la ilusión de poseer algo y del miedo a la muerte. Ciro lo escuchaba sin mucho interés, repitiéndose que el otro sólo estaba tratando de marearlo con aquella dosis de sabiduría oriental, para convencerlo de que se uniera a los centinelas. Sintió un vivo deseo de burlarse de aquella comunidad a la que había que defender de una amenaza quimérica. La visión de una sociedad funcionando como una colmena, que el otro parecía empeñado en presentar a su imaginación, se le antojó un hormiguero asfixiante. Por otra parte, bastaba pensar en la multitud de solitarios que había visto en el patio del hospital para dudar que la Ciudadela fuera una comunidad armónica.

—¿Y qué pasa con los internos del hospital? —dijo, más tarde, con ánimo de discutir.

—Esos pobres viven como sonámbulos, cada uno en su propio sueño. Lo digo sin ánimo de burlarme, yo también pasé por ahí, ellos creen que lo que les pasa es lo único digno de interés. Cuando dejan de tomarse tan en serio, descubren que los otros están ahí. Comulgar con los demás, créeme, es una forma más plena de vida que cultivar las ilusiones de un narcisista solitario.

Una ráfaga de aire salado le infló la camisa y le sacudió el pelo. Ernesto se quedó callado un buen rato como si la brisa se hubiera llevado todas las palabras que tenía que decirle. Ciro trató de imaginarse a sí mismo siguiendo un camino de renuncia para adaptarse al hormiguero. Pensó que nunca lo conseguiría. Su ego adolescente, pesado como un costal lleno de deseos e ilusiones, le impediría alcanzar esa meta. Tal vez

podía sacudirse muchos apegos, pero lo sublevaba la idea de renunciar al deseo de pintar. El espíritu colectivista y las tareas comunes ahogarían sus veleidades de artista. Entonces caería en una melancolía más honda que la de los internos del hospital.

El viento se calmó y la noche volvió a ser cálida y sosegada con el sonido de las olas rompiendo.

—¿En qué piensas?— La voz reposada de Ernesto apenas se escuchó.

—¿Qué pasa con los que no tienen vocaciones prácticas ni ganas de ser útiles?

—¿Y por qué te preocupa eso?... ¡Ah, ya sé! Eres poeta, ¿no?, o ¿músico?

—Soy aprendiz de pintor —apenas lo dijo se arrepintió, pues creyó que al confesar eso había cierto riesgo de que ya no lo invitaran a unirse a los centinelas.

—Podría contarte, si no estás harto de oírme pontificar, la historia de un tipo que llegó aquí creyéndose el mejor pianista del mundo —Ciro lo vio mover los dedos largos y finos en el aire, como si hubiera un teclado invisible y supo que iba a contarle su propia historia.

—¿Tu historia?

—¿Quieres oírla? —Ciro asintió con la cabeza.

—Mi padre fue mi primer maestro, era buen pianista, aunque un poco frustrado por no ser el gran pianista de su generación o algo por el estilo. Por eso, empeñado en que yo lo fuera estaba seguro de que la clave para lograrlo era la técnica, trabajar a lo bestia, pura técnica. “Tú puedes ser el Rubinstein mexicano” me decía hasta la náusea para convencerme. Desde chico me inculcó una disciplina casi militar. Por eso los ejercicios de digitación fueron la base de mi formación. Y yo me aplicaba en serio, no porque lo disfrutara, sino para

darle gusto a mi padre. Cuando entré al Conservatorio me di cuenta de que mi técnica era mejor que la de la mayoría de mis compañeros. No faltaron maestros que secundaran las ideas de mi papá. O sea, más horas de estudio, de cinco a siete, puro repertorio virtuosístico y lucidor. Luego a mis padres se les ocurrió que debía prepararme para un concurso. Como era de esperarse, gané y ellos, locos de felicidad, comenzaron a soñar con el siguiente paso, Europa, un famoso concurso en Polonia. Más trabajo para mis pobres dedos, ahora había días que ensayaba más de ocho horas seguidas. Y no siempre era una tortura aquella rutina. A veces llegaba a sentir un placer físico, deportivo. En la adolescencia apenas tenía tiempo de salir con mis cuates y la mayoría de las veces terminaba exhausto, pero lo hacía con gusto, por complacer a mis padres. En la escuela gozaba de cierta popularidad aunque sabía que no era por lo que había logrado hasta entonces, sino por lo que prometía mi talento. Era como una admiración anticipada por un éxito del que nadie dudaba. Y yo sentía todo eso como una presión y un acicate a la vez.

En el penúltimo año de la carrera me inscribí a la clase de Gabriel Cánovas, un maestro de contrapunto conocido por sus no muy ortodoxos métodos. Era un viejo zorro que enseñaba armonía iniciando a sus alumnos en la obra de Bach. Para mí fue una revelación, o una sacudida, o más bien, como si me hubieran quitado un velo. En esa música descubrí algo nuevo, un filón de belleza desconocida. Me hice amigo del maestro y todos los viernes iba, junto con otros alumnos, a las tertulias que se hacían en su casa. No era una extensión de la clase, pues ahí nos hablaba de literatura y de un montón de cosas relacionadas con la música. El viejo acicateaba nuestra curiosidad y nos contagiaba sus pasiones. Oíamos discos y a veces hacíamos música de cámara. Todo esto provocó

un cambio que no es fácil explicar. Quizá tú me entiendas, porque quieres ser artista. Cuando tocaba algo de Bach me sentía como transportado, pero luego, triste. Era como si esa música, al acabar, me dejara un vacío, no sé, algo como una nostalgia de no sé qué.

La música de Bach y la literatura eran mis nuevas pasiones, no dejé de ensayar para lo de Polonia, pero lo hacía como quien cumple una pesada tarea. Conforme la fecha del concurso se acercaba, traté de concentrarme en eso, a fin de cuentas era una inercia de años y bueno, yo de veras creía en mis posibilidades de ganar. En el fondo, ya no me importaba gran cosa, pero estaba decidido a realizar el sueño de mi padre. Ya luego podría mandar a volar todo eso y dedicarme a lo mío.

Ciro alcanzó a ver una sonrisa en el perfil que el otro le ofrecía. ¿Por qué le contaba su vida? ¿Esperaba que Ciro hiciera lo mismo? ¿Aún iba a pedirle que se uniera a los centinelas?

—¿Y luego?

—Fue un desastre. Tal vez pude ganar, pero los nervios me jugaron una mala pasada o me distraje, ve tú a saber. El caso es que a media interpretación de una obra de Chopin que conocía muy bien, pues la tocaba desde los trece años, olvidé varios compases. ¡Imagínate, patético! Lo más duro fue regresar y ver a mis padres tratando de ocultar su desilusión. Ellos habían soñado con mi triunfo durante años, tal vez desde antes de que yo naciera. Me sentía culpable, pero íntimamente pensaba que era un merecido castigo por hacer música como si fuera gimnasia. En poco tiempo mi papá pudo sobreponerse, intentó reanimarme, convencerme de que el siguiente año lo lograríamos. Entonces, por primera vez, me sublevé. Alegué que quería ser músico, no virtuoso de circo. Mi padre se quedó boquiabierto. No daba crédito. Fue como si toda la rebeldía acumulada durante años reventara de golpe.

De ahí en adelante la convivencia se volvió tirante. Él insistía, discutíamos a gritos y eso nomás atizaba mi rebeldía. Cuando la tensión ya era insoportable, me fui de la casa y tampoco volví a poner un pie en el Conservatorio. El viejo Gabriel me asiló en su casa una temporada y me ayudó a conseguir unas clases particulares para que pudiera independizarme. A los pocos meses mis alumnos y mis ingresos se multiplicaron y así pude rentar una casita por el rumbo de Portales, que en ese entonces era un suburbio con calles sin pavimentar. No tenía piano y vivía con carencias, pero me sentía a mis anchas. Por primera vez podía hacer lo que quisiera y tenía tiempo de sobra. Aunque no todo era miel sobre hojuelas, pensar en mis padres me ponía triste y a veces me hartaba la soledad. Cánovas me había ofrecido su piano, para que no dejara de ensayar. Con ese pretexto iba cuando menos tres veces por semana a su casa. A veces me quedaba a cenar y hablábamos largo y tendido. Lo que más me entusiasmaba era discutir con el viejo las lecturas que elegía de su biblioteca.

Unos meses después, quién sabe cómo se las arregló mi mamá para encontrarme, el caso es que un día llegó a mi cuarto. Era medio día y yo todavía estaba en la cama. La noche anterior me había ido de parranda con un cuate y mi aspecto era de dar pena. Ella empezó disculpándose. Mi papá estaba arrepentido. Me querían de vuelta en la casa. Luego se soltó a llorar y me dijo que se preocupaban mucho. Me hizo sentir una cucaracha. Pedí perdón por el dolor que les había provocado, pero me mantuve firme y le dije que estaba satisfecho de decidir libremente lo que quería hacer de mi vida. No me atreví a decirle que aún estaba resentido por los desplantes de mi padre y me enredé tratando de explicar porqué no era un buen momento para volver. La entrevista acabó en un abrazo. Sentí que me había quitado un peso de

encima, pero más tarde, en la noche, volví a sentir culpa. Durante varios días anduve deprimido. Por suerte, en esos días a Cánovas lo invitaron a dar un curso en una academia recién inaugurada en Veracruz. Como el viejo no quiso o no podía ir, me propuso ir en su lugar. La paga era más que buena y me encantó la idea de cambiar de aires.

Al principio, me entusiasmaron mucho las clases, pues ahí conocí a Martha, una alumna que me gustó mucho y pensé que enamorarme era lo mejor que me podía pasar. Decidí esperar que el curso acabara para invitarla a salir. Ella, como si se las oliera, abandonó las clases antes del final, yo, para variar, recaí en la tristeza. Cuando acabó el curso, en lugar de volver a la capital, me dediqué a pasear por el puerto. En esos días me sentía jodidísimo, pensé que nunca iba a escapar de la tristeza. Lo único que me aliviaba un poco era la cercanía del mar. Poco después me ofrecieron trabajo como pianista en el restaurante del hotel Mocambo. Al principio no me encantó la idea de amenizar la digestión de los turistas con boleros de Agustín Lara, pero al final acepté y resultó menos jodido de lo que suponía. Algunas noches, la jornada se convertía en una velada íntima con trasnochadores y uno que otro melómano. Tuve un par de aventuras con mujeres casadas.

Una noche, cuando acabé la primera ronda de interpretaciones, casi me infarto al ver a Martha, sola, en una mesa cerca del piano. Apenas pude armarme de valor para ir a saludarla. Luego de una plática breve, sin aclaraciones, comprendí que ella siempre había sabido que me gustaba y que le pasaba lo mismo. Fuimos a cenar al centro de la ciudad y luego de una caminata por el parque Zamora ya éramos novios. Durante varias semanas me sentí en el paraíso, estaba seguro de que la tristeza no volvería a jorobarme. Íbamos juntos a todas partes. Luego de andar varias semanas de manita sudada, me hervía

la sangre y creía que los dos nos moríamos de ganas de coger. Aunque ya me había dado cuenta de que ella nunca decía de frente lo que quería, yo tampoco. Así que la primera vez que la invité a quedarse en mi hotel, pensé que por muy inocente que fuera, debía darse cuenta de mis intenciones. No dije más, sólo la invité a quedarse. Estábamos sentados en el malecón, ella se paró con cara de ofendida y me dejó ahí, plantado. Volvió a hacerse la desaparecida durante algunos días. Yo estaba desesperado, no sabía qué hacer. Por fin, una semana después, reapareció en el Mocambo para decirme que quería verme el siguiente fin de semana en una dirección que anotó en un papel. Yo creí que se había decidido y al fin íbamos a pasar una noche juntos en aquel lugar. El día de la cita me puse mi mejor traje y antes de tomar un taxi fui al centro a comprar unas flores. Pero resultó que era una reunión familiar en casa de los abuelos. Fui presentado a todos los miembros de la familia y me dio la impresión de que algunos ya tenían noticias mías, pues varias veces sentí que se hacía un silencio expectante en torno a mí. Su madre elogió mis habilidades como pianista, como si nos conociéramos de tiempo atrás, y me invitó a tocar en un piano que había en la sala. Interpreté algo de Ravel en aquel piano desafinado y ellos dijeron que les gustó mucho, pero noté que Martha había estado muy tensa todo el tiempo. Cuando regresé a mi pensión, luego de una despedida más bien fría, no lograba entender qué había hecho mal. Dos días más tarde ella fue a buscarme y me propuso salir a caminar por el malecón. Anduvimos en silencio un buen rato, me di cuenta de que le urgía decirme algo, pero no encontraba el momento o las palabras. Al llegar a la playa fue al grano y dijo que quería conocer a mi familia. “¿Para qué?” dije sorprendido. “Quiero conocer a mis futuros suegros”. En ese momento entendí. El día de la reunión ella había

esperado que yo anunciara nuestro compromiso ¡Ni más ni menos! sin previo acuerdo. Ella estaba segura de que yo conocía bien sus deseos como si fueran la cosa más evidente. Por primera vez tuve miedo. Pensé que estaba medio loca. No tuve más remedio que contarle mi historia. Al final le dije que me sentía como pez en el agua lejos de mi familia. Ella puso cara de susto. Quizá ya había visto que yo era un poco raro, pero aquello era demasiado. Los dos, otra vez sin decir nada, entendimos de golpe que nos separaba un abismo. Todo se fue a la chingada, la relación se volvió una lucha sorda. Lo malo era que ella seguía enamorada. Cuando se rebajó al chantaje, decidí que había llegado el momento de hacer maletas. Regresé a la Ciudad de México desilusionado. No tenía ganas de ver a nadie. Así que renté un cuarto en un hotel del centro y durante días me dediqué a deambular. Un par de veces, sin darme cuenta, llegué a estar a unos pasos de la casa de mis padres. Pero no me animé a tocar. El tiempo aún no cicatrizaba esas heridas. Dos semanas después de mi regreso le hablé por teléfono a Rodrigo, un amigo de la infancia al que no veía desde hacía años. Rodrigo pareció asustado de oírme y dijo que iría enseguida, pues tenía que contarme algo muy importante. Tuve el presentimiento de que eran malas noticias, pero estuve tranquilo mientras esperaba leyendo el periódico y tomando café. Luego de saludarnos me dijo: “Tu mamá”. Nada más verle la cara de aflicción, supe que era algo mucho más grave de lo que había imaginado. Resulta que mi madre había muerto poco antes y nadie pudo avisarme. Cánovas, el único que conocía mi paradero, ni se enteró. No sé cuántos días pasé tirado en la cama, viendo el techo, sintiéndome más muerto que vivo. Perdí hasta el apetito y Rodrigo, que venía casi diario al hotel, tal vez creyó que si no me sacaba de ahí pronto, acabaría muriendo de inanición o cortándome las

venas. El caso es que se las arregló para llevarme a su casa en Santa María la Rivera. Una vieja mansión, de esas de tiempos de don Porfirio, que habían convertido en una especie de multifamiliar donde vivían los hermanos casados de Rodrigo y sus familias. Me instalaron en una habitación aislada, una especie de altillo con buena luz. Ahí estuve unos meses luchando sin fuerzas contra el remordimiento, como un burro atado a la noria de la tristeza. A duras penas soportaba la presencia de las personas encargadas de llevarme la comida. En la mañana, antes de irse a la oficina, Rodrigo aparecía con el desayuno y un periódico del día anterior. A medio día una sobrina de mi amigo me llevaba la comida cuando llegaba de la escuela. A eso de las siete volvía Rodrigo con la cena y se quedaba un rato a comentar las noticias. Yo toleraba mejor a la niña, pues en lugar de preguntarme cómo me sentía y empeñarse en hacerme hablar, como su tío, ella sólo contaba chismes de la familia. Eso me distraía un poco y me hacía seguir el incesante vocerío que llegaba hasta el altillo y así, poco a poco, me fui enterando de las intrigas y rencillas de aquel vecindario familiar.

Una tarde, cansado del encierro, me escapé a ver una película de Buster Keaton. A la salida del cine supe que ya era capaz de sacudirme la inercia de la tristeza, al menos durante un par de horas. Una semana después, me despedí de Rodrigo. Cuando vi que tenía dinero para sobrevivir a lo mucho un mes, fui a buscar al viejo Cánovas. El maestro se alegró de verme. Le conté cómo me había ido en Veracruz sin mencionar el asunto de la jarocho. Durante la cena, el viejo dijo que me veía muy apachurrado. Tuve que contarle lo de mi madre y le pedí ayuda para encontrar un trabajo, lo que fuera, pero que no tuviera nada que ver con el piano. El maestro me miró sorprendido como si no diera crédito. Traté de explicarle que

sentía una rara necesidad de reinventarme, hazme favor, qué palabreja, yo no sabía ni qué quería, pero tenía la sensación de que el piano era como un ancla en el pasado. Cánovas dijo que se la ponía difícil. Cuando volví a su casa, dos semanas después, yo había conseguido chamba como panadero. El maestro me dijo “Ya tengo la solución a tus problemas. No un trabajo, algo mucho mejor”. El viejo alegó que nunca me ayudaría a dejar la música. Pero que haría cualquier cosa para curarme de esa ridícula aversión al piano. Por primera vez mencionó al doctor Helmuth. Luego me habló del Varado. Yo creí que bromeaba. Después supe que él conocía todo eso de oídas, por un amigo suyo, un miembro de los Caballeros Racionales que agilizó los trámites de ingreso. Así fue como llegué a la Ciudadela con el vago deseo de reconciliarme con el piano.

—¿Y lo lograste?

—Pues sí, de alguna manera, pero pasó algo mejor. Descubrí que la alegría también la podía encontrar en otros oficios prácticos y utilitarios, como decías hace un rato.

El otro se calló y durante unos minutos sólo se escuchó el ruido de las olas. En el perfil borroso de Ernesto, Ciro advirtió una expresión melancólica. Temió que olvidara proponerle el asunto de las guardias juveniles. Tenía la impresión de que todo lo que le había dicho antes sobre la comunidad, el shanga, iba encaminado a resaltar la importancia de enrolarse en las guardias juveniles. Pero luego había cometido el error de contarle su historia, sin prever que esos recuerdos lo harían sentirse triste. Ciro tenía la sensación de que había cierta disonancia entre las dos partes de la plática. Era como si hubiera hablado con dos personas distintas. Al principio, Ernesto se había empeñado en convencerlo de las virtudes curativas de la vida comunal, pero su historia hacía

sospechosa esa voluntad de uniformidad y de renuncia. Como si se tratara de una transacción absurda, pues en aras de evitar el sufrimiento, el pianista había renunciado al placer de la música y se había resignado a una especie de indiferencia que a Ciro se le antojó tediosa, o quizá mientras le contaba su vida, a Ernesto lo invadió una duda sobre el mérito de su renuncia o imaginó que Ciro estaba condenado a fracasar si seguía el mismo camino. Ciro se sintió abrumado por las dudas, pero a la vez sentía que Ernesto era un tipo sincero y que su renuncia no carecía de valor.

—Entonces, ¿qué le digo a Kazuo? —dijo Ernesto, volviendo en sí, como si despertara de un sueño.

—¿De qué?

—De las guardias juveniles, me pidió que te lo propusiera, ¿te interesa?

—¿Tendría que pasar por la gruta? —dijo ocultando la alegría que ahora le causaba esa posibilidad.

—No, si no quieres.

—Siento curiosidad por ese ritual. —Dijo en un tono ansioso, confiando en que el otro no lo hubiese notado, pero consciente de que eso equivalía a aceptar la invitación de Kazuo.

Regresaron a la Ciudadela desandando el camino a paso lento. De trecho en trecho hacían pausas en las que Ciro recuperaba el aliento y Ernesto aprovechaba para contarle algunos pormenores de su iniciación en la gruta. Ciro, absorto, lo escuchaba sin poner atención. Pensaba que Ernesto debía estar muy satisfecho por lo que seguramente veía como una conversión inminente. Aunque Ciro no se había comprometido a entrar en las guardias juveniles —sólo había hablado de la gruta sin mencionar lo que quería hacer después —pensaba que Ernesto debía estar seguro de que si

Kazuo lo apoyaba en eso, después Ciro no podría rechazar la invitación a incorporarse a las guardias juveniles. “Cada uno está seguro de haber embaucado al otro” pensó.

Al llegar a la plaza se despidieron con un abrazo. Desconcertado, Ciro lo vio alejarse hacia la zona de talleres. De camino a la Escuadra se preguntó si no había sido una estupidez enredarse de esa manera. Sentía que había cometido una imprudencia al manifestar abiertamente su curiosidad por la gruta. Ni siquiera tenía claro cuál era la fuente de ese interés. No tenía la certeza de que David fuera el autor del poema publicado en *Isis*. Aunque estaba casi seguro de que sí era un iniciado y de que ir a la gruta era, de algún modo, seguir los pasos de su amigo. Más tarde, en su cuarto, se tranquilizó pensando que quizás la gruta era el único atajo a las oficinas donde esperaba encontrar el expediente de David.

Se enjuagó la cara y se rasuró sin espejo. Luego se restregó el cuerpo con un trapo mojado y se demoró un rato flotando bocarriba en el estanque del ojo de agua. La mujer que le llevó el desayuno, mucho más temprano que de costumbre, le informó que esa tarde pasarían por él para llevarlo a la gruta.

—Así que hoy es el día —dijo Ciro emocionado.

—Tienes que rasurarte, limpiarte bien todo el cuerpo y no comer más que esto. A mediodía va a venir tu maestro a darte instrucciones —agregó la mujer depositando en el suelo una cesta con frutas y nueces. Era la primera vez que le dirigía la palabra en las tres semanas que había durado su aislamiento.

El primer día de su retiro había creído que la ceremonia sería mucho más fácil que acatar la prohibición de no traspasar los linderos que le habían señalado ni cruzar palabra con algún habitante durante un plazo indefinido. Sin embargo, la espera había sido tan agradable que perdió la cuenta de los días. Había resultado fácil acostumbrarse a esa soledad atenuada con los libros que le dejaron llevarse de la biblioteca.

Los primeros días los ocupó en reparar el techo de la choza que le asignaron. Luego fueron días de olvidar la ansiedad que lo había agujoneado sin tregua desde el día que aceptó la misión. No es que dejara de importarle, pero cuando se dio cuenta de que había encontrado un camino seguro, aunque largo, para llegar al archivo comprendió que no tenía sentido angustiarse. Le pareció mejor esa espera en aislamiento que los primeros tanteos, simulando y arriesgándose a ser descubierto.

Al mediodía esperó en vano la llegada de Ernesto o de Kazuo, pues creía que uno de ellos era el maestro que había mencionado la mujer esa mañana. Pero en la tarde apareció un joven ataviado con una túnica blanca. En silencio recorrieron una vereda escarpada en dirección a la costa. Con las últimas luces del crepúsculo arribaron a una amplia avenida flanqueada por palmeras que en perspectiva parecían formar una hilera de gruesas columnas. Ciro recordó el camino por el que había llegado a la entrada de la Ciudadela, ¿sería éste un camino de salida? Al fondo, divisó una mansión erigida junto a un cerro. Más adelante alcanzó a distinguir unas escalinatas con barandal, dos columnas salomónicas a ambos lados de la entrada, un arquitrabe, un frontón triangular y el relieve de un ojo en el centro del tímpano. Cuando llegaron a la escalinata, advirtió que el frontispicio era pura fachada, esculpida superficialmente sobre la rocosa ladera del cerro. Imaginó que el recinto donde tendría lugar la ceremonia era una mina abandonada o una gruta profunda.

Entraron a una especie de vestíbulo amplio, iluminado con antorchas, que daba a una cámara agrandada por la sombra, pero que resultó ser pequeña en cuanto el guía encendió las velas de un candelabro. El mobiliario consistía en una silla y una mesa pegada a un muro de ladrillos sin repechar, el techo de la gruta formaba un ángulo agudo con dicho muro y descendía en diagonal hasta el suelo, formando a su vez una pared inclinada y oculta con tiras de tela negra colgadas a modo de pendones.

—La prueba que sigue es muy dura... —dijo al fin el joven guía— para superarla es necesario desear con toda el alma ser parte de nuestra comunidad. Todavía estás a tiempo de retractarte. Piénsalo, yo vuelvo en un rato—. Ciro escuchó los pasos del guía alejándose luego de cerrar la puerta de

la cámara. Después escuchó murmullos, ruido de muebles arrastrados, risas ahogadas. Agarró el candelabro y lo acercó a unas imágenes estampadas en las tiras de tela que ocultaban la pared inclinada de la cámara: un ángel sosteniendo una antorcha, una inscripción en letras plateadas: *V.I.T.R.I.O.L.*, un pórtico similar al de la entrada a la gruta, la ubicua escuadra unida al compás, un triángulo con un tetragrama, una estrella con la letra G en el centro, un triángulo con un ojo, una rama de acacia, un sarcófago con varios de los símbolos anteriores, una calavera con tibias cruzadas, el sol y la luna, un águila devorando una serpiente, un dios azteca o maya y una diosa egipcia o griega que no pudo identificar. Ciro se preguntó si los Caballeros Racionales del Anáhuac realmente eran la derivación de una logia masónica, como le había dicho David, o era la secta de un embaucador capaz de convertir a otros con una mezcla de astucia y locura, como creía el arquitecto. Recordó que David le había dicho —cuando Ciro le preguntó cuál era el objetivo de la secta—: “La meta es la reconstrucción simbólica del templo de Jerusalén”, y agregó, al ver la cara de asombro que puso Ciro: “Igual que los masones. Quieren construir una sociedad conforme a principios racionales, que asegure al hombre un desarrollo armónico con sus semejantes y con la naturaleza”.

Puso el candelabro en la mesa y ocupó la silla. “Y si la ceremonia es el mejor filtro que tienen para desenmascarar impostores ¿no habría sido menos riesgoso entrar al archivo como fuera, buscar el expediente y largarme? Pero mentiría si dijera que no me intriga ver en qué acaba este circo”. Se escuchó una campana y luego reinó el silencio. El guía regresó y dijo:

—¿Estás seguro de que quieres someterte a la prueba?

—Sí —dijo sin vacilar.

—Entonces ponte esto —le entregó una túnica blanca y una especie de taparrabo, lo ayudó a desvestirse y luego le vendó los ojos.

—Agarra mi hombro y sígueme.

Avanzaron en zigzag por un camino que Ciro imaginó lleno de estalagmitas. Cuando el guía se detuvo, oyó el murmullo que hace un grupo de personas al ponerse de pie. Pensó que habían llegado a la galería más grande de la gruta. Escuchó la fricción de un fósforo y después el crepitar de una hoguera. Sintió una oleada de aire caliente en la cara. Imaginó que estaba frente a un altar y que su figura imantaba los ojos de los asistentes. ¿Quiénes eran? Casi podía sentir la respiración de una multitud abigarrada. Comenzó a ponerse nervioso y entrelazó las manos en la espalda para ocultar un ligero temblor. Se esforzó para mantener el cuello y la cabeza erguidos. Durante tensos segundos, sólo escuchó el crepitar de la leña quemándose. El triste ulular de una trompeta de caracol anunció el comienzo de la ceremonia, un grupo de tambores de madera estalló al unísono. Sonó una campana y volvió el silencio. Alguien tosió y provocó una oleada de toses. “Como en los conciertos”, pensó Ciro. Luego una voz masculina retumbó en la gruta.

—Estás dispuesto a entregarte de cuerpo y alma a nuestra sociedad, quieres convertirte en uno de los Caballeros Racionales del Anáhuac... Aún tienes la libertad de elegir. Responde un sí o un no—. La voz era tan potente que Ciro creyó que estaba amplificadas.

—Sí —dijo Ciro con un hilo de voz.

—Si como hombre libre has creído alguna vez que en nuestra sociedad podría anidar la discordia, la hipocresía o cualquier bajeza que envilezca al ser humano... yo te aseguro bajo palabra de honor que no existe esa posibilidad.

Reflexiona bien sobre la petición que has hecho, vas a sufrir pruebas terribles que exigen un carácter firme y una confianza absoluta en la nobleza de nuestras metas. Así que te pregunto nuevamente ¿estás plenamente decidido a sufrir las pruebas que nuestra sociedad exige a quienes aspiran a formar parte de ella?

—Sí.

—Antes de que esta asamblea, de la que soy portavoz, decida admitirte debe sondear tu corazón. Toda sociedad tiene reglas cuyos miembros deben acatar. Es voluntad de esta asamblea informarte cuáles serán tus primeros deberes en caso de ser admitido. El primero será un silencio absoluto sobre todo lo que oigas o descubras entre nosotros antes, durante y después de la ceremonia. El segundo procede de nuestro ideario y consiste en combatir la intolerancia, el fanatismo y las pasiones que vuelven al hombre un ser desgraciado. El tercer deber será apegarte en todo a los estatutos generales de la Ciudadela y a las leyes particulares de nuestra orden y acatar cualquier decisión de esta respetable asamblea en la que has solicitado el favor de ser admitido. Ahora que conoces los principales deberes de nuestra sociedad, las normas y el deber impuesto a mi cargo me obligan a exigirte una confirmación definitiva... ¿estás seguro de querer afrontar una prueba llena de riesgos? Si estás de acuerdo, di un sí o un no en voz alta.

—Sí —gritó Ciro y pensó que repetir tres veces la misma pregunta era tan racional como tocar tres veces un palo para evitar una catástrofe o repetir un conjuro para propiciar un milagro ¿o acaso estaban tratando de minar las defensas de un espíritu cartesiano, refractario a los misterios que la razón no puede explicar?

—El hombre es un grano de oro hundido en el fango. Habiendo permanecido en un estado de oscuridad hasta el

presente, queremos saber si el mayor anhelo de tu corazón es salir a la luz... responde sí o no.

—Sí.

—Para asegurar la obtención de ese estado de libertad, antes debes jurar solemnemente que mantendrás el secreto de todo lo que ocurra durante tu consagración.

—Lo juro.

—Di tu nombre y repite... Yo, Ciro Medina, en presencia del gran arquitecto del universo, juro solemnemente que de todo lo que ocurra en este sagrado templo nunca hablaré con nadie, dentro y fuera de la Ciudadela, bajo pena de que me corten el cuello, me arranquen la lengua o me entierren cerca del nivel del agua donde la marea sube y baja —Ciro repitió mecánicamente, más preocupado por contener un acceso de risa.

Luego le alzaron los brazos y le indicaron que avanzara unos pasos. En la frente, recibió tres golpes suaves con un objeto de madera. Le indicaron, con una presión de manos, que se dejara caer hacia atrás, sostenido por dos acólitos, sobre una piedra lisa. Debieron arrojar algo a la hoguera, pues de pronto el crepitar aumentó. El maestro de ceremonias pronunció una oración o una suerte de letanía en una lengua extraña. Le desnudaron el lado izquierdo del pecho y sintió que le acercaban un objeto candente. Apretó los maxilares para no gritar.

—El arma de hierro cuyo calor sientes y cuyo filo puedes imaginar, es símbolo del remordimiento que desgarraría tu corazón si alguna vez traicionas a la sociedad en la que quieres ser admitido. La ceguera en la que te encuentras simboliza el estado de un melancólico aprisionado en su propia oscuridad... la ceremonia es dura, pues sirve para probar el valor de un caballero águila.

Dos hombres lo ayudaron a ponerse de pie. La melancólica trompeta de caracol volvió a sonar, los tambores retumbaron con fuerza y los asistentes lanzaron frenéticos alaridos. Caminó en círculo guiado por un acólito que le indicaba, con las manos, cuando debía agacharse o esquivar hacia un lado o hacia otro. A su paso, en la primera vuelta, los asistentes, gritando como histéricos, le arrojaron agua. Ciro pensó que era para refrescarlo, pero luego sintió picotazos de tierra que le arrojaban en todo el cuerpo. Comprendió que su papel en la ceremonia era seguir las indicaciones que le daban como un bailarín enmascarado trazando enigmáticas figuras en un escenario. Se preguntó qué sentido podían tener esos gestos y le pareció absurdo que cada uno de sus movimientos fuera un jeroglífico para él, pero no para los espectadores. “Supongamos que los asistentes comprenden el significado de la pieza, pero ¿de veras se lo creen? ¿David y el doctor se lo creerían?”. Recordó que el arquitecto había dicho que el doctor no creía en supersticiones y gracias a eso era capaz de manejar la superstición de los demás. Al concluir la tercera vuelta, avanzaron hacia el lado opuesto.

—Aire y fuego —dijo el mistagogo.

Agradeció la frescura del aire que le soplaban con láminas flexibles alternado con el calor de una antorcha que le acercaban a la cara. Todo aquello le resultaba tan pueril como los viajes a las estrellas que simulaba de chico con sus hermanos. Al elegido le vendaban los ojos y lo sentaban en una mecedora. Cuando la nave intergaláctica aceleraba, sus hermanos le abanicaban aire con cartones o periódicos viejos. Cuando se dirigía hacia una estrella, le acercaban una antorcha improvisada con periódicos. Ciro estuvo a punto de carcajearse al recordar la vez que le quemó el pelo a una de sus hermanas. Al reprenderlos, su madre les dijo: eso les pasa

por andar jugando con fuego. En el juego de su infancia había una especie de cronista que contaba al viajero velado cómo era la ruta que recorría, los astros que casi rozaba y los seres fabulosos que lo acechaban.

Pero la ceremonia en la gruta no era juego, sino consagración. “Les hacen una prueba para ubicar el lugar que le corresponde a cada uno en la pirámide” había dicho el arquitecto. Y David, años atrás: “Cada habitante del Varado debe encontrar su lugar en ese cosmos tropical”. Pero Ciro no estaba seguro de que ninguno de los dos se hubiera referido a esta ceremonia en particular. Por otra parte, el arquitecto había dicho que el doctor cultivaba el misterio y la ilusión de que sus elegidos poseían secretos importantes, para mantener un orden piramidal en la administración del Varado, pues él ocupa la cúspide como un árbitro supremo. *Y no podría ser de otro modo, imagina que caminas con los ojos vendados, llega alguien y te ofrece ser tu guía... sentirías que es una bendición ¿no?, pues a eso se reduce el juego de Helmuth, igual que los curas, por eso se entiende tan bien con ellos.*

Los teponaztles aceleraron y el griterío de los participantes no daba tregua a sus nervios. Le pareció que algunos rugían o imitaban el rugido de algún animal como si trataran de remontar el tiempo y alcanzar una etapa anterior a la historia. Se preguntó si de verdad creían que esa parodia de rito primitivo les permitía abandonar la civilización. ¿Qué relación tenía todo eso con la masonería? Pensó que esa tentativa de regresión era una locura. Imaginó los gestos de ebriedad de los jóvenes que gritaban con frenesí ¿estaban en trance? Lo acometió el hartazgo de su propia simulación, quizá porque durante las últimas semanas había perdido la costumbre de actuar o porque la intrincada locura de la ceremonia hacía evidente su propia insensatez.

Súbitamente, el estruendo de instrumentos y voces cesó. El mistagogo dijo:

—Adelante, Nanahuatzin... con valor y confianza se alcanza la luz. Llévenlo a la puerta de occidente.

Dos acólitos, uno delante y otro atrás, lo condujeron por un pasaje estrecho que descendía. Ciro tanteaba los escalones cubiertos de lama con los pies descalzos y se apoyaba en el hombro del guía que iba adelante. El de atrás le indicaba cuándo tenía que agacharse o esquivar alguna saliente o estalactita. Ciro supuso que conocían muy bien el camino, pues no parecía que llevaran lámpara. Recorrieron un trecho plano y luego hicieron una pausa breve. Ciro escuchó con nitidez los latidos de su corazón y una sinfonía de goteras. Reanudaron la marcha metiendo los pies en la corriente de un riachuelo. Conforme avanzaban, el olor a moho y amoníaco se hacía más intenso. Ciro estuvo a punto de resbalar varias veces, pero la agilidad de los guías evitó la caída. Hicieron alto. Oyó un chorro de agua cayendo sobre la roca. Le explicaron que a partir de ahí continuaría solo. Primero debería atravesar un túnel estrecho, reptando, hasta llegar al filo de un despeñadero, descendería una pared de roca, muy inclinada, de varios metros, colgado de una soga que ellos sostendrían y luego debería encontrar por su cuenta la senda salvadora. Le colocaron un complicado arnés y le ordenaron que avanzara despacio. Al recostarse, la corriente del riachuelo le cubrió el cuerpo entero, enfriándolo de golpe. Mientras se deslizaba por la brusca pendiente de piedra, pulida por el agua y cubierta de musgo, recuperó un poco de calor. Llegó a una especie de poceta poco profunda, se desabrochó el arnés y gritó que había tocado suelo. Los acólitos jalaron la soga y el arnés de vuelta, pero no dijeron ni una palabra más. Salió del agua haciendo algunos movimientos con los brazos para

entrar en calor. Una gota le rozó la frente. Al secarse con el antebrazo, notó que el velo se le había caído, pero la oscuridad era tan densa que lo hacía innecesario. Avanzó a gatas, tanteando con las manos. Trató de imaginar cómo era el espacio que lo rodeaba. Con el tacto sólo podía percibir unos cuantos elementos, el filo de una piedra o la textura del piso, pero con tanta intensidad que desdibujaba el resto. Era como si las cosas se hubieran disgregado y el mundo regresara al caos original. “Así han sido mis días en el Varado... tanteando el terreno sin una idea clara sobre el lugar”. Estornudó varias veces. Se quitó la túnica mojada y avanzó unos centímetros de rodillas, tiritando de frío, con la columna erguida y los brazos extendidos y moviéndose como si tratara de atrapar una mariposa. El olor a amoníaco le provocó náuseas. Consideró que la parte teatral de la ceremonia había concluido. ¿La oscuridad en donde se encontraba ahora entrañaba riesgos y amenazas reales? ¿Era eso lo que tenía que haberle advertido Kazuo? Lo acometió una racha de desesperación, un absurdo deseo de mandar al diablo la misión y huir del Varado. Pero sabía que, sin ayuda, era imposible escalar la roca que acababa de descender. “Debe haber otra salida, quizá varias, tal vez el camino del riachuelo”. Dio un giro y regresó a la poceta. Recorrió un trecho de la corriente, chapoteando con pies y manos, hasta toparse con una pared. Advirtió que el agua seguía su curso bajo la roca, a través de una hendidura a ras de suelo. Decidió explorar las paredes de la gruta en busca de algún paso. Al volver a tantear, una alimaña viscosa se movió al contacto con su mano. Con más asco que miedo permaneció inmóvil durante un rato, impresionado por el contraste entre los violentos latidos de su corazón y el ritmo sosegado de las goteras. Cuando su pulso y su respiración se normalizaron, siguió su recorrido sin despegarse de la pared.

Poco después le llegó una ráfaga de aire tibio, palpó el filo de una falla estrecha y luego la atravesó reptando hasta desembocar en otra sección de la gruta. Ahí el piso era de arena fina y estaba seco. Percibió un aroma de ocote. Pensó que ahí estaría más seguro. Avanzó a paso de gato hasta toparse con una losa de piedra pegada a la pared. Acarició los cantos y descubrió que era cuadrada. Estimó que medía casi dos metros por lado y unos treinta centímetros de grosor. Tenía encima diversos objetos. El olor a ocote provenía de un sahumerio de barro. Lo alzó y al soplarle alcanzó a ver, con la luz mortecina de un ascua, dos cuchillos de pedernal, una jícara con agua y un cuenco lleno de semillas. Frotando los pedernales hizo chispas que le permitieron hallar un haz de troncos y un montón de hojas secas. Encendió una fogata. El fuego provocó una danza de sombras en el techo lleno de estalactitas. Se sintió optimista y tuvo la esperanza de que alguien lo estuviera observando en ese momento. Junto a la losa halló una caracola y pensó que tal vez estaba ahí para que pudieran ubicarlo. Ensayó un rato hasta que logró sacarle un sonido lúgubre. Comió algunas semillas del cuenco y le dio un sorbo a la jícara. Le supo a té de manzanilla enmohecido. De reojo alcanzó a ver el tenue resplandor de otra flama detrás de la losa cuadrada. Al acercarse contempló su rostro de macrado y sucio en un espejo redondo. Mientras constataba los estragos de la dieta de los últimos días, se le ocurrió que no había sido un periodo de purificación, como su candor había imaginado; en realidad, lo habían debilitado hasta dejarlo casi en los puros huesos. De pronto se sintió observado por una infinidad de ojos minúsculos. Dio un salto hacia atrás, agarró el leño más grueso de la fogata y se mantuvo rígido y expectante, pero sin atreverse a mirar hacia la pared, cerca del espejo, donde supuso que había cientos de animales agazapados

en las cavidades de la roca. Le aterraba la posibilidad de que un leve movimiento provocara una estampida, sin embargo, la curiosidad fue más grande que el miedo y, con cautela, acercó el leño encendido. Miró fijamente hacia la pared durante unos cuantos segundos. Una sombra se movió en lo alto. Ciro gritó del susto y durante un rato se quedó inmóvil, con los ojos cerrados, tratando de digerir la espantosa visión. Eran unos cráneos empalados horizontalmente, como una especie de tzompantli. Le intrigaron dos detalles: eran cráneos minúsculos, como si fueran cabezas reducidas, y las cuencas de los ojos desproporcionadamente grandes. Lo tranquilizó comprobar, en una segunda inspección, que estaban dibujadas con carbón o tizas sobre la roca grisácea. Pensó que la puesta en escena continuaba. Esos dibujos macabros formaban parte de una escenografía del inframundo. Tal vez estaban ahí para infundir un horror sagrado. Poco después lo asaltó una duda: ¿y si el propósito de esa utilería fuera infundirle confianza para animarlo a seguir? Luego razonó que era inverosímil que los encargados de la prueba pudieran prever las ideas que se le iban a ocurrir. Confiado, pero no sin recelo, exploró la cueva, blandiendo la antorcha como si fuera una espada. Al rozar con el pie un objeto liso y redondo, alumbró el suelo y quedó horrorizado al ver un cráneo de verdad y un fémur a poca distancia. Sintió que estaba perdido. Quizá habían sospechado sus motivos para ir al Varado. Por eso le habían preguntado hasta el cansancio si estaba dispuesto a afrontar los riesgos de la prueba. Al aceptarlos, él se volvía el único responsable de su muerte. Era una trampa perfecta y el complicado ceremonial no tenía otro propósito que encubrir un ajuste de cuentas. Colocó más troncos en la hoguera y calculó que tenía leña para varios días. Pensó que mientras pudiera alimentar el fuego podría mantener a raya al miedo y

a la desesperación. Recostado en la arena, recapacitó que si la cueva era una suerte de escenario, era absurdo considerar que unas cosas eran de utilería y otras no. Seguramente, los huesos auténticos habían sido sembrados ahí con la misma finalidad con que habían dibujado un tzompantli en la pared, junto al espejo. Pero la duda persistía: los huesos podían ser los restos de otro espía descubierto y la ceremonia era un asesinato ritual y un acto de justicia. ¿Los cuchillos de pedernal estaban ahí para que él mismo apurara las heces? Más tarde pensó que tampoco podía descartar que toda esa parafernalia del sacrificio estuviera ahí sólo para justificar el nombre de la secta. Recordó la primera vez que David mencionó el nombre con todas sus letras: Caballeros Racionales del Anáhuac. Ciro opinó que parecía un oxímoron y entonces David se animó a contarle el origen de la logia. “Mi padre dice, medio en broma, que todo se lo debemos a los desacuerdos entre jacobinos y girondinos de una logia masónica mexicana. El ala radical, que luego serían los caballeros racionales, eran jóvenes apasionados e intransigentes. Querían jugar un papel más activo en la regeneración de la humanidad. Creían que los ritos masones se estaban volviendo una práctica acartonada. Obviamente, para el ala conservadora, los veteranos, estas ideas eran un sacrilegio. La ruptura era previsible y ocurrió poco después. En la sesión inaugural, los jóvenes cismáticos se abocaron a la tarea de bautizar a la logia recién nacida. Se invitó a los asistentes a hacer propuestas.

—Los Caballeros Racionales del Anáhuac. —Dice mi padre que dijo Helmuth. Hubo murmullos de aprobación y de rechazo. Alguien con acento extranjero objetó:

—No me gusta, parece un homenaje a los aztecas, es decir, a un pueblo sometido a una teocracia sanguinaria... no creo que se avenga bien con nuestra vocación pacifista.

Los jóvenes, aunque habían renegado de los hábitos masones, tal vez sentían que aún no habían roto el cordón espiritual que los unía con la logia madre. Consideraban que el régimen nazi, que declaró a la masonería enemiga del Estado, era también su enemigo.

—De acuerdo, los aztecas no fueron muy amables que digamos con sus vecinos, pero eran excelentes agricultores y astrónomos—. Insistió Helmuth. Alguien más replicó:

—A mí tampoco me gusta, puede provocar sospechas de que simpatizamos con los nazis.

—¿Y cuál es el problema? A fin de cuentas los aztecas, igual que los arios, eran una raza superior, pues también llegaron del norte...

Hubo un pesado silencio. Mi padre creyó que no todos pescaron la ironía. Aún así, y a falta de otra propuesta, se aprobó la de Helmuth. A mi padre, pragmático e impaciente, los símbolos y la liturgia le importan menos que los proyectos y las realizaciones, así que también la apoyó para pasar a otra cosa, aunque dice que no le gustaba. Le daba mala espina la fascinación de un alemán por los aztecas.

Ciro recordó haber leído algo sobre los experimentos de un científico desquiciado que había estudiado los efectos del hambre en diferentes órganos de unos prisioneros. Pensó: ¿Y si mi papel en este rito grotesco no es el de un chivo expiatorio sino el de un conejillo de indias? Tal vez quieran averiguar cuánto resiste un adulto sin comer ni beber. Cuánto se puede aguantar sin esperanza. Luego pensó que esas eran lucubraciones disparatadas. Se recostó cerca de la fogata y se durmió. Cuando despertó el fuego se había extinguido. La sed era atroz y comenzó a sentir los primeros síntomas de la fiebre. Pensó que era estúpido creer que podía salir de esa oscuridad impenetrable sin ayuda. Se sentía débil y entorpecido por la

fiebre. Sin embargo, obedeciendo a un impulso más fuerte que la razón, se animó a seguir. Frotaba los pedernales y aguzaba la atención a fin de retener en la memoria la disposición del espacio que iba a cruzar y que el chispazo dejaba entrever una fracción de segundo. Encontró un pasadizo, irregular y lleno de recovecos, que, angostándose a cada paso, lo obligó a reptar muy despacio. Llegó a un punto en que tuvo que moverse con la cabeza perfilada. Poco después quedó aprisionado en una grieta cerrada. La presión de las paredes le impedía respirar a sus anchas y el pánico aceleró sus latidos. Pensó que era el fin. Un escalofrío le recorrió la espalda. Instintivamente, movió el cuerpo hasta completar un giro que le dejó la cabeza en el sitio que antes ocupaban los pies. Durante varias horas, que le parecieron interminables, logró salir del atolladero y avanzar unos metros. Perdió la noción del tiempo que pasó reptando. Estaba seguro de que llevaba incontables semanas sin comer ni dormir y que estaba llegando al límite de su resistencia. Estaba seguro —seguro de esa manera tenue y confusa en que todo pasa y se percibe durante el paroxismo de la fiebre— de que si era cierto que él era un conejillo de indias no tardarían en rescatarlo, para medirlo, pesarlo y luego deshacerse del guiñapo en que se había convertido. En duermevela soñó o vio una piel de víbora, huesos, una salamandra rojinegra, un perrito negro, un archivo que desaparecía cada vez que intentaba abrir un cajón. Olvidó la misión, al arquitecto y a David, pero varias veces pensó en Olga. Sin saber cómo, salió a un pasaje amplio que desembocaba en un declive muy pronunciado. Un rumor tenue como de oleaje le llegó junto con el olor a salitre. La cercanía del mar le dio ánimos para seguir. Deslizándose de espaldas sobre la pendiente, llegó hasta el borde de un túnel vertical. Con la luz de la chispa no alcanzó a ver el fondo. Dejó caer uno de los pedernales y

por el ruido calculó que no era una caída profunda. Consideró que si el agua no amortiguaba el golpe sería un final rápido. Al cabo de una larga y angustiada cavilación, resolvió arrojar. La poza, una entrada de mar en la gruta, era honda, pero en la caída se golpeó un tobillo con alguna saliente. Cuando salió a flote apenas notó las punzadas de dolor. Nadó un rato observando los enormes macizos de piedra delineados por un resplandor que iluminaba la parte baja de la gruta desde el túnel que la unía con el mar. Cuando sintió una desgarradura atroz en el tobillo, trató de alcanzar la zona iluminada, nadando sin mover las piernas. Conforme se acercaba, sentía con más fuerza el vaivén de la marea que se colaba por el túnel. No lo logró. La corriente lo arrastró de vuelta. Estaba exhausto y con dificultad logró sacar medio cuerpo. Se durmió con los pies bajo el agua. Cuando el dolor lo despertó, la luz era más intensa. La marea había descendido. Se arrojó al agua y braceó hasta la salida. Advirtió que el túnel, de unos cinco metros de largo, se llenaba y se vaciaba con el flujo y el reflujos de las olas que rompían contra la pared externa de la cueva. Pensó que eso facilitaría las cosas. Pero lo más arduo no era llegar al mar sino alejarse del punto donde rompían las olas contra la piedra. El paso fue rápido. Cuando entraba la ola, Ciro se aferraba a cualquier asidero en la pared del túnel y luego se dejaba llevar por la resaca. Al llegar al mar, una turbulencia lo zarandeó, empujándolo hacia fuera. Al salir a flote, la luz del mediodía hirió sus pupilas. Logró alejarse unos metros del acantilado y creyó que podía escapar de la gruta aunque la herida le impediría caminar si alcanzaba una playa. Comenzó a sentir un calambre en el brazo izquierdo. Con desesperación, dio unas cuantas brazadas, pero sintió que era inútil: una corriente lo arrastraba de vuelta hacia el acantilado. Una ola rompió en el punto donde flotaba a la

deriva y lo revolcó con violencia. Sintió el agua salada en los pulmones. Pensó que era preferible morir ahí, a pleno sol, que en la gruta. Antes de perder la conciencia, pudo ver, con ojos nublados, el torso desnudo de los hombres que lo sacaron del agua y lo recostaron en el piso de una barca.

Hizo un gran esfuerzo para mantener abiertos los párpados durante algunos segundos. Pero el sopor y el cansancio eran más fuertes. Con el ojo izquierdo, el derecho lo tenía hundido entre los pliegues de la almohada, comprobó que lo rodeaba una oscuridad rasgada por una línea vertical de luz blanca. Sintió el cuerpo entumecido y el agobio de la sed. Tenía una vaga conciencia de haber estado nadando con desesperación durante horas. Pero se había salvado. Habían, pues no iba solo, flotado aferrados a un grueso tronco. Ciro oía los jadeos y la tos del otro, pero la densa oscuridad le impedía verlo. A veces los cubría una ola y tardaban varios segundos en volver a la superficie. Varias veces creyó que el otro se había dejado llevar por la marea, pero al rato volvía a escuchar la tos intermitente. No se dijeron ni una palabra. Pataleaban del mismo lado, tratando de avanzar hacia la línea de luz que era una promesa de salvación. Pero el pesado tronco, que los mantenía a flote, les impedía moverse. Tuvo la sensación de que habían estado a la deriva durante una eternidad, y ahora se esforzaba en vano por recuperar el momento en que aquello había terminado. Era un hueco que su memoria no podía rellenar. Una idea muy extraña le cruzó la conciencia: ¿No estaría soñando que se había salvado? Y no era tan extraño pensarlo, pues tampoco sabía dónde se encontraba ahora.

Diríase que el naufragio le había despojado de imágenes la memoria, dispersándolas en la playa como viejas fotografías. Pero conservaba algunos fragmentos para reconstruir los

hechos. La puerta entreabierta de un camarote le recordó que había ido a buscar a su mejor amigo. Adentro estaba en penumbras, pero pudo ver, con la luz del pasillo, un cuerpo recostado y cubierto por una sábana blanca. Dio unos pasos y reconoció a Olga de perfil, con media cara hundida en la almohada. De algún modo supo que estaba muerta. Volvió a toda prisa al pasillo y se detuvo junto a la puerta, paralizado de terror. Vio a David al fondo del pasillo y se sintió como sorprendido en culpa. Su amigo había ido por una botella de vino y al ver a Ciro se paró con una expresión atónita. Luego corrió, pasó a su lado sin decir nada y le azotó la puerta en la cara sin dar lugar a una explicación. Ciro comenzó a buscar su camarote por los pasillos laberínticos del trasatlántico. No recordaba cómo llegar. Luego desembocó en un corredor amplio y luminoso. Había mucha gente corriendo en ambas direcciones. Pasaban a su lado haciendo muecas de horror y murmurando: “Un tsunami, un tsunami...”. Hubo una sacudida y un crujido espantoso. Avanzó dando tumbos. Al frente vio una sucesión interminable de camarotes abiertos. En todos sonaba la misma canción empalagosa. Tras una puerta vio a su amigo de rodillas, llorando al pie de la cama donde yacía Olga. Luego caminó junto a una serie de camarotes con personas desconocidas, volvía a ver a David y a Olga, ahora abrazados y sonrientes. Más adelante los veía discutiendo. Varias veces les gritó que escaparan de la catástrofe, pero ellos no lo escuchaban. Sólo se oía la melodía empalagosa. Cuando volvió a ver a su amigo llorando de rodillas, sintió vértigo. Era como estar recorriendo un pasillo circular. Aunque debía existir una salida. Trató de recordar a qué había ido a ese barco. Confusamente, recordó que antes de embarcarse se sentía culpable. No sabía por qué, pero intuía que se trataba de algo grave. ¿De qué se sentía culpable? Y ahora ese homúnculo

medio jorobado que decía puros disparates: “Al Girasol lo agarró el sol cuando salió de la gruta”. ¿Con quién hablaba? Sintió que la corriente del sueño lo arrastraba como una marea sorda e inexorable. El párpado se le cerraba. Pensó que si no despertaba quedaría atrapado con ese chaneque que lo miraba como si él fuera el bicho más raro. Hizo un último esfuerzo para mover una pierna. Trató de cerrar el puño. Quería llegar a la línea de luz indecisa que parecía al alcance de su mano. Pero el cuerpo no respondía. Aun así creyó que lograría aferrarse a algo, para seguir en ese lugar donde luchaba por ordenar los fragmentos informes de su memoria.

Horas más tarde cuando abrió los ojos lo primero que vio fue la ventana al fondo de la habitación. Las cortinas, mecidas por la brisa, dejaban pasar un rayo de luz que dividía el piso ajedrezado y llegaba a los pies de su cama. Tiritaba de frío y tenía la camisa empapada de sudor. Vio un anaquel con vitrinas y comprendió que lo habían llevado al hospital. ¿El sacrificio en la cueva y el naufragio habían sido partes de una pesadilla? Sintió una punzada en la mano. Vio la botella de suero conectada a su vena. ¿Lo habrían sedado durante varios días? Tuvo ganas de llorar, pero logró contenerse. De pronto, la voz del chaneque le provocó un sobresalto y lo llenó de horribles presentimientos. Un escalofrío le recorrió la espalda. Era inútil cerrar los ojos y taparse los oídos. El timbre del homúnculo que lo había torturado en la pesadilla era inconfundible. Pensó que si aún no despertaba, había enloquecido y empeñarse en negarlo era como tapar el sol con un dedo. Tuvo la sensación de que llevaba una eternidad tratando de despertar. Era como escapar de un río por la pendiente de una ribera arenosa. Cuando estaba a punto de alcanzar la cima, la tierra se desgajaba y él resbalaba hacia la corriente. Aún así, sin pensarlo, tenía una vaga conciencia de

que era raro ser actor y espectador, de que esa escisión era algo distinto a la locura.

Entonces, el chaneque era real. Ciro lo vio parado frente a la ventana. Hablaba en voz baja consigo mismo o con alguien que Ciro no podía ver. “Si ayer no hubiera ido a mi pueblo, las hubiera podido alejar” dijo el chaneque señalando hacia el cielo. “Y luego este amigo nos ha tenido muy ocupados. Se perdió y no pude encontrarlo en la gruta”.

—¿Por dónde dices que queda tu pueblo? —dijo la voz, bien timbrada, del otro.

—Pegadito a Tetela del Volcán.

Ciro se dio cuenta de que no alucinaba. Tal vez era exagerado llamar diálogo a ese intercambio de disparates. Pero él escuchaba, nítidas, las dos voces. Vio al chaneque gesticular. Cerró los ojos. Lo escuchó jactarse de poder ahuyentar las tormentas y el granizo. Hablaba de las nubes como si fueran dóciles rebaños. El otro le seguía la corriente. Tal vez era un doctor y el chaneque su paciente ¿o eran dos locos? En duermevela escuchó partes de la conversación. En algunos momentos le pareció que se referían a él, no sabían su nombre, le decían el paciente. Mencionaron la fiebre y la herida en el tobillo.

Cuando al fin pudo moverse y cambiar de postura, alzó la cabeza y comprobó que estaba solo en la habitación. Pensó que lo habían llevado al pabellón de los peores locos. Más tarde apareció Ernesto. Lo saludó efusivamente y dijo que se alegraba de verlo tan recuperado. Ciro aún se sentía débil y cansado.

—Me acaban de informar que ya no tienes fiebre y que la herida no es nada serio. En unos días saldrás de aquí como nuevo —agregó con una sonrisa exagerada y una mirada triste. Ciro comprendió que él, o Kazuo, era la persona a la que había

escuchado conversando con el chaneque. ¿Se habían estado turnando para cuidarlo desde que lo llevaron al hospital?

—Ayer vino a verte Kazuo, pero estabas dormido, está muy apenado y molesto por lo que te pasó en la cueva, tenía que verte horas antes y prepararte para la ceremonia, pero le dieron mal la fecha, le dijeron que te tocaba el sábado, no el viernes, tenía que decirte, entre otras cosas, que detrás de la losa de piedra hay una falla que se agranda y forma un túnel que sale directo a una playa donde acaba la ceremonia. Se supone que no había otra salida, pero tú te metiste quién sabe por dónde y fuiste a dar a ese acantilado. Los que te esperaban en la playa, cuando se dieron cuenta que ya era demasiado tiempo, mandaron a dos tipos muy ágiles a buscarte, pero no te encontraron. Por suerte te vieron esos pescadores. Ya taparon todas las grietas que sobran en esa galería para evitar accidentes en el futuro. No faltó quien preguntara si aún tiene algún sentido la ceremonia. En fin, al menos todo este asunto sirvió para que de aquí en adelante sea más segura. Lo increíble es que hayas podido salir por esa grieta. Nadie se explica cómo le hiciste. Tu destreza física otra vez nos sorprendió a todos.

Recargó el hombro en una columna y observó con interés la sucesión de pinceladas que fue aplicando el pintor hasta obtener el tono de la piel de una figura femenina en un panel del mural. Luego el artista hizo una pausa para fumar, sentado en lo alto del andamio, con las piernas colgadas. Cuando vio a Ciro alzó la mano. Ciro devolvió el saludo y continuó barriendo el pasillo sin dejar de vigilar la puerta del primer piso. Pensó que si decidiera quedarse a vivir en el Varado le habría gustado trabajar como aprendiz del muralista. Estaba seguro de que si se lo proponía en ese momento al pintor lo contrataría de inmediato, pues era evidente que necesitaba ayuda a menos que pensara demorarse varios años en esa obra. Pero en ese momento no hubiera cambiado su trabajo por nada. Consideraba un golpe de suerte que se lo hubieran ofrecido el mismo día que lo dieron de alta del hospital. Kazuo se había encargado de darle la buena nueva. “Desde ya, puedes considerarte un habitante de la Ciudadela”. Eso significaba, en lo inmediato, dos cosas: tenía que mudarse de la Escuadra y elegir un nuevo trabajo. Ciro dijo que le gustaría vivir en una de las chozas disponibles en un terreno conocido como el Zapotal. El japonés estuvo de acuerdo y entonces le mostró una lista con las plazas de trabajo. Le aclaró que los renglones tachados eran labores pesadas para las que aún tendría que recuperar fuerzas. Así que sólo quedaba una vacante en la biblioteca y dos en la administración: auxiliar de contaduría o en el servicio de limpieza. Ciro entrevió las posibilidades

de acceso a todas las oficinas que ofrecía la segunda opción y la escogió sin vacilar. A Kazuo no le gustó esa elección. Ciro explicó que le chocaba la idea de pasar horas detrás de un escritorio. “Bueno, bueno... allá tú” dijo el japonés y se alejó moviendo la cabeza. Ciro no se había equivocado. El trabajo resultó un poco tedioso, pero le permitió estudiar la rutina de las oficinas. En dos semanas ya sabía dónde estaban los expedientes y había previsto todo minuciosamente. Dos días antes, cuando supo que esa mañana se celebraría una asamblea extraordinaria, decidió que había llegado la hora de actuar.

La limpieza estaba a cargo de Ciro y de una señora de sorprendente vigor. Cada día tenían que limpiar los dos niveles del edificio. Ese viernes a él le tocaba la planta alta, pero decidió ayudar a la mujer a barrer el patio mientras llegaba el momento. En asambleas anteriores había visto que todos los oficinistas suspendían sus labores y bajaban al patio, que hacía las veces de ágora. También había notado que las discusiones empezaban en un tono apacible, pero invariablemente surgían discrepancias, aunque se tratara de un asunto trivial, y luego todos discutían acaloradamente. El patio se convertía en una olla de grillos excitados. A esa hora, a la vista de todos, nadie se fijaría en él.

Vio que faltaba un cuarto de hora para el inicio de la asamblea y continuó barriendo sin apartar los ojos de la oficina donde se guardaban los expedientes. Los primeros en llegar se guarecían del sol bajo las arcadas. A las doce, el patio y los pasillos de la planta baja eran un hervidero de gente. En dos asambleas anteriores había visto que la mayor parte de los asistentes eran jóvenes de las distintas secciones y empleados de la administración. Ahora había un buen número de mujeres, ancianos, trabajadores que acababan de interrumpir sus labores en el campo o en la construcción, las camisas

empapadas de sudor, y uno que otro paciente del hospital, en pijama. Había un cuchicheo incesante y se percibía el nerviosismo en el ambiente. Pocos días antes, había circulado el rumor sobre un robo, en una de las granjas, que traía de cabeza a los centinelas. Pero aún no había una versión oficial de los hechos. A las doce y cuarto, el primer orador subió al estrado y ordenó silencio. La multitud, expectante, escuchó la orden del día. En ese momento Ciro vio salir a dos empleados de la oficina del fondo. Quedaba uno adentro. Fue a la bodega por las cosas para el aseo y subió al primer piso.

El orador explicó que se había convocado a una plenaria urgente porque el comité de seguridad enfrentaba una crisis sin precedentes. Dos semanas antes un empleado de la granja denunció la desaparición de tres cerdos y varias gallinas. Primero se pensó que los cerdos habían escapado por el ejido Playón. En esa zona limítrofe, de terrenos cenagosos, les encanta ramonear. Poco después, una noche, desapareció una pareja de cebús. Entonces se habló de un depredador. Tres patrullas de cazadores vigilaron día y noche durante una semana y no encontraron ningún rastro del supuesto carnívoro. Siguió una semana de calma chicha. Luego otro granjero vio a dos hombres rondando el gallinero en la noche. Uno era alto y flaco, el otro tenía cuerpo de estibador. Al darse cuenta de que los habían visto se dieron a la fuga. Los centinelas peinaron la zona sin encontrarlos. Los delegados de cada sección concluyeron, en reunión a puerta cerrada, que lo más preocupante de todo es que había indicios de que uno de los sospechosos era habitante de la Ciudadela y posiblemente tuviera más cómplices dentro. La asamblea prorrumpió en un clamor de protesta: ¡Castigo! ¡Castigo! El orador pidió orden, alegó que el número de centinelas no era suficiente para enfrentar la contingencia. Se requería una mayor participación de la comunidad en las tareas de vigilancia.

Ciro avanzó hacia la oficina, trapeando el piso con lentitud. A unos pasos de la entrada escuchó el golpeteo de una máquina de escribir. Esperó unos minutos, sintiendo los violentos latidos de su corazón. Al fin, el tercer empleado salió y dejó abierta la puerta. Pasó a su lado sin verlo. Ciro esperó a que bajara las escaleras y se perdiera entre la multitud.

Ya dentro, entornó la puerta y fue directo al archivero de fierro. Por suerte estaba en un rincón que no podía verse desde el pasillo. Echó un vistazo al primer cajón. Comprobó que los expedientes estaban en orden alfabético. Fue directo a la H. Había varios Hernández, pero ninguno era su amigo. Como era de esperarse, en la D tampoco encontró nada. En uno leyó la palabra Dalia escrita con lápiz, ¿eso era nombre o un seudónimo? En vano repasó todas las carpetas de la H. Había un Zapatero y un Rodríguez. Ese desorden renovó la esperanza. El expediente podía estar fuera de su lugar. Pacientemente, revisó cientos de expedientes en los tres cajones. Vio el de Kazuo, el del doctor Helmuth y el suyo. Con rabia cerró el último cajón. “¿Para esto arriesgué la vida? ¿Y si David entró con un nombre falso? ¿Por qué no tomé en serio esa posibilidad antes de ir a la gruta?”. Las rodillas le temblaban. Lo abrumó un sentimiento de derrota. Imaginó que le habían tendido una trampa. El Gordo era un actor excelente y lo había encandilado con un par de mentiras acerca de los expedientes. Quizás habían desconfiado de él desde el principio. Leyó el suyo y no halló nada que confirmara esa sospecha.

En el patio algunas personas subieron al estrado a expresarse con cierta torpeza. Alguien alegó que debía suprimirse el consumo de carne roja. Se desató una breve polémica entre un vegetariano y un omnívoro. Hubo un incremento progresivo de rumores. Cuando parecía que la discusión naufragaba en

el caos, se escuchó una voz bien timbrada exigiendo seriedad a la asamblea. Era un orador capaz de imprimirle emoción a la voz. Recordó que estaban ahí para discutir algo mucho más importante que las ventajas de cierta clase de dieta. Luego fijó su postura. No era necesaria la creación de un nuevo cuerpo policíaco, pues estaba casi seguro de que los ladrones eran forasteros. Si los animales de la granja pertenecían a la comunidad ¿qué sentido tenía robarse lo que es de uno y de todos? Seguramente, los ladrones eran fuereños. Entonces lo procedente era levantar la denuncia. La responsabilidad de investigar los hechos y hacer justicia recaía en las autoridades de San Borja. Prefería tolerar, unos días, a uno que otro guarura de San Borja que la presencia constante y ubicua de unos centinelas armados con garrotes que a veces le recordaban a los camisas doradas. Concluyó su arenga con varias preguntas: ¿más policía, para qué?, ¿para cuidarnos de nosotros mismos o para consolidar la hegemonía de una sección? Hubo aplausos desganados.

Ciro rebuscó en los demás muebles de la oficina. Luego de ver que hasta los jefes de la administración tenían uno, parecía imposible que hubiera un interno sin expediente, ¿estaba extraviado el de David?, ¿cómo saberlo?, ¿tendría que buscar en todos los lugares donde pudiera traspapelarse un folder? Ya había visto un par de expedientes en otras oficinas. Por otra parte, si David estaba secuestrado o le había ocurrido algo grave, era obvio que ya habrían borrado cualquier huella de su paso por la Ciudadela. Pero tampoco de esto podía estar totalmente seguro.

Afuera, un orador de acento español, alegaba, exaltado, que nadie había propuesto la creación de un nuevo cuerpo policíaco. No era necesario, pues ya existía el grupo de centinelas. Sin embargo, hizo una pausa y luego habló con

más fuerza, hace un año se propuso un sistema rotativo para que todas las secciones participaran en las tareas de vigilancia y hasta la fecha casi ninguna sección ha cumplido ese compromiso. Una comunidad sin guardias está expuesta a las agresiones del exterior. La vigilancia es una tarea ingrata, un mal necesario, pero mil veces preferible a la presencia de una policía corrupta cuyos métodos favoritos son el espionaje y la tortura. Comparados con los guaruras de San Borja, nuestros jóvenes centinelas parecen ángeles de la guarda. Hubo aplausos.

Ciro salió de la oficina y caminó hacia el otro extremo del pasillo. “¿Cómo no se me ocurrió antes?” pensó. La oficina del doctor Helmuth estaba cerrada, pero podía oír su voz discutiendo con otras personas. Bajó las escaleras casi corriendo. Cruzó el patio, ajeno a la excitación de los demás. Para salir a la plaza tuvo que abrirse paso a empujones. En el hospital, la enfermera a cargo de la recepción le dijo, luego de revisar un fichero, que no había un paciente registrado con el nombre de su amigo. Ciro insistió que buscara en el archivero del hospital, pues a veces los papeles se extraviaban. De mala gana la mujer revisó en los cajones de su escritorio. “Se lo dije, no hay ningún folder con ese nombre”.

Confundido, caminó por la plaza durante un rato, sintiendo como la frustración le crispaba los nervios. Se sentía incapaz de pensar. Las bancas estaban ocupadas por personas que escuchaban la discusión en el ágora. Varias veces tuvo la sensación de que lo miraban con suspicacia.

“Lo que me faltaba, pensó, ahora no va a faltar quien sospeche de mí”. Imaginó que en los siguientes días el ambiente de desconfianza se tornaría insoportable a causa del robo, podría desatarse una cacería de brujas y la búsqueda de David se complicaría aún más.

En una de las mesas del café Los Portales vio al chofer de la estafeta del correo. Fue a preguntarle y supo que había llevado a un funcionario de San Borja y regresaría en cuanto acabaran de subir unos huacales en la camioneta.

Caminó hacia su choza, refrenando sus ansias de correr y repitiéndose que el arquitecto no podía exigirle más, ya se había arriesgado demasiado. Tal vez lo habían visto y empezarían a vigilarlo.

Decidió que sólo se llevaría el dinero, para no llamar la atención. Cuando volvió al centro, la asamblea había terminado. Había gente discutiendo en la plaza. Vio al japonés hablando con un grupo de jóvenes. Pensó que irse en ese momento sería sospechoso. Quizá el portero le cerraría la salida ¿no le había advertido que sólo los jefes de sección podían autorizar las salidas? Además hacerlo sin avisar equivalía a quemar sus naves. ¿No se estaba precipitando?

Kazuo terminó de hablar con los jóvenes y caminó rumbo a la administración. Ciro corrió para alcanzarlo.

—¿Qué quieres? —dijo el japonés sin detenerse. Ciro titubeó un instante.

—Necesito ir a San Borja ¿me lo puede autorizar?

Kazuo se detuvo. En su mirada se traslucía la irritación.

—¿Te das cuenta de que eliges el peor momento para pedir eso?, ¿qué tienes que hacer allá?

—Cuando me vine, prometí a mi familia que hablaría por teléfono cada mes.

—Mándales una carta —siguió caminando. Ciro lo siguió casi temblando.

—Mi madre es muy aprensiva, quedé de hablarle por teléfono. Si no me escucha no va a poder dormir... hoy mismo vuelvo.

—Está bien. Si te dice algo el portero le dices que yo te lo autoricé.

Cuando el camión iba saliendo, el portero lo miró sorprendido, pero no dijo nada. Ciro pensó que tal vez no le había pedido ningún salvoconducto porque sabía que ya era un ciudadano.

El viaje a San Borja fue una prueba de fuego para sus nervios. El camión, lleno de bultos con mercaderías del Varado, subía las pendientes en primera y apenas corría, trepidando, en las rectas. Ciro, ansioso por llegar a tiempo para tomar el último autobús a la capital del estado, maldecía al chofer que iba platicando animadamente con el copiloto.

Llegaron a San Borja. El chofer estacionó el camión a una cuadra del centro, Ciro corrió hasta la estación. En la ventanilla le dijeron que el autobús se había ido un cuarto de hora antes. El próximo salía hasta la mañana siguiente. Desesperado, fue al hotel del Turco, pensando que si le prestaba un coche podía alcanzar al autobús que iba parando en todos los pueblos de la sierra. El encargado le dijo que el patrón había salido y no sabía a qué hora volvería. Le pareció que conforme transcurrían las horas se acentuaba la sensación de estar viviendo una pesadilla. Pidió una llamada de larga distancia. En el auricular se escuchó un zumbido enervante. “Cálmate, pensó, respira hondo, piensa bien lo que vas a decir”. Imaginó que el arquitecto estaría tan ansioso que no lo dejaría terminar la primera frase sin preguntar: ¿Lo encontraste? Cuando supiera lo ocurrido, lo presionaría para que regresara al Varado inmediatamente. No podría negarse. Una voz ronca saludó al otro lado de la línea. Ciro colgó, pagó la llamada y fue a sentarse en una banca del parque municipal. Había fracasado y tenía que decírselo de frente al arquitecto, pero ¿qué iba a decir? Tal vez David

sigue ahí o tal vez escapó. Tal vez está encerrado en un lugar secreto o tal vez anda libre. Tal vez me vio y decidió ocultarse. Tal vez entró a la Ciudadela con un nombre falso. Tal vez publicó algunos escritos con un seudónimo. Tal vez... El arquitecto lo insultaría por rendirse y escapar de una manera tan precipitada. Ciro le contaría todos los riesgos que había afrontado en la gruta. No podía exigirle más. Ni siquiera estaba obligado a presentarse en su casa. Podría enviarle una carta. Cerró los ojos e improvisó el informe que enviaría al arquitecto: “Durante las primeras semanas recorrí el Varado confiando que me toparía con él en cualquier momento. No tuve suerte. Empecé a sospechar que era cierto lo que usted piensa: lo tienen secuestrado. Supe que todos los miembros de la comunidad tienen un expediente archivado en una oficina de la administración. En ese edificio siempre hay un hervidero de gente. No hay manera de husmear ahí sin ser visto. Por suerte me enteré que los jóvenes que son iniciados por los Caballeros Racionales del Anáhuac tienen el privilegio de elegir un trabajo en dichas oficinas. El rito fue un verdadero suplicio. Arriesgué la vida, creyendo que en el expediente hallaría información valiosa para localizar a David. Pero no lo encontré...” Imaginó el estallido de cólera del arquitecto. “Y nunca se te ocurrió que si mi hijo está secuestrado no iban a ser tan pendejos como para tener su expediente en un archivo público”. Sí, claro que lo pensé. Pero aun así, tenía que buscarlo. Tal vez eso prueba que está secuestrado, se dijo, sin convicción, como si no supiera que el expediente podía estar en la oficina del doctor o en cualquier otro lado. Lo abrumó el remordimiento. Pensó que no sólo su huída precipitada, sino toda la misión era una estupidez.

Tenía sed. Se puso de pie y caminó hasta la esquina del Oasis. A esa hora había unos cuantos parroquianos. Pidió una

cerveza y fue a sentarse debajo de un ventilador. Vacío la botella de un trago y pidió otra. Se puso a desandar sus pasos en el Varado. No supo cuando había perdido la esperanza de encontrar a David. A partir de entonces la búsqueda del expediente se convirtió en una razón para seguir ahí. Cuando iba en la cuarta cerveza sintió que el alcohol se le estaba subiendo muy rápido. Recordó que en todo el día no había probado alimento y ordenó pescado frito y sopa de mariscos. Acabó de comer y lo invadió una sensación de bienestar. Sintió un vivo deseo de aturdirse, de ahogar el remordimiento que lo agujoneaba. Compró cigarros y se tomó unos tequilas. Luego la cantina empezó a llenarse de burócratas y de pescadores que discutían a gritos y reían a carcajadas. El ruido se volvió insoportable. Ciro se tomó el último tequila y salió al calor de la tarde. Recorrió las calles del centro. Sintiendo libre, al fin, de la actitud vigilante, de la simulación y de las ridículas costumbres de la Ciudadela. Volver a San Borja era reconquistar su libertad. Se le antojó inagotable la variedad de distracciones que ofrecía la ciudad portuaria en contraste con la austeridad espartana del Varado. Andaba tan distraído que al cruzar una calle casi lo arrolla un motociclista. El susto fue como un baldazo de agua fría. Recargado en una pared, esperó, con los ojos cerrados, a que se normalizara su respiración. Reanudó su caminata sin rumbo. Poco después comenzó a hartarse del retrato de Ávila Camacho que infestaba los muros y los postes de la zona céntrica. Se alejó hacia el barrio más antiguo de la ciudad. Los viejos caserones, de altas ventanas y techo de teja, estaban al borde de la ruina. Cercados por nuevos edificios de insuperable fealdad. Las últimas casas eran barracas prehistóricas con muros de carrizo y techo de palma. Cerca del río, el zumbido de las chicharras le hizo sentir que estaba muy lejos de la ciudad. Un zopilote trazaba

círculos en el cielo. En la otra orilla vio una hilera de palafitos y unos pasos detrás unas chozas que parecían la avanzada de una colonia embrionaria formada por oleadas de serranos atraídos por la prosperidad de San Borja. Ciro, aletargado por el calor, se quedó mirando el río. No había brisa y el agua aceitosa parecía quieta. A lo lejos distinguió un punto negro, acercándose lento, como si fuera la punta de algo muy grande y pesado. Una ráfaga de miasmas lo obligó a moverse. Caminó por la orilla hasta llegar a un meandro. Unos niños escuálidos se arrojaban al agua desde un árbol, haciendo piruetas en el aire. Volvió a ver el punto negro, más cerca. Era el cadáver de un cerdo o de un perro inflado por la putrefacción. Dio media vuelta y se alejó aguantando la respiración. Lejos del río se detuvo y respiró jadeando. Tenía la camisa empapada de sudor. A unos pasos una niña y un niño husmeaban en una montaña de inmundicias. Cuando encontraban algo de valor corrían a enseñárselo a una mujer embarazada y luego lo depositaban en una cesta de mimbre. La niña pegó un grito y corrió con un mango empalado como si llevara un trofeo aureolado de moscas. Ciro volvió a sentirse nervioso. Y no era el espectáculo de la miseria, sino un vago temor, un miedo sin objeto. El efecto anestésico del alcohol se estaba acabando. De camino al Oasis, frente a una iglesia, casi tropieza con un limosnero que mostraba un pie con gangrena. Apuró el paso. “Como en mis peores sueños, siempre acabo corriendo, como quien huye de la angustia”. Una puta, recargada en la fachada leprosa de un hotel, le dedicó una sonrisa insinuante. Alentó el paso y se detuvo, estremecido, en la próxima esquina. Titubeó un segundo y giró la cabeza para verla de perfil. Era una mulata deslumbrante, pero sabía que unos cuantos minutos de olvido los tendría que pagar con horas de insoportable tristeza. En la plaza encontró una multitud hipnotizada por un merolico pregonando remedios para todo tipo de males.

En la cantina no había un lugar disponible ni en la barra. El aire viciado y el estruendo lo desanimaron. Rodeó la plaza y acabó refugiándose en un café al aire libre, en la contraesquina del Ayuntamiento. Durante un rato observó a los burócratas atareados que entraban y salían del cabildo. Le llamó la atención un par de hombres de traje negro y sombreros texanos. Fumaban sendos puros y Ciro imaginó que eran funcionarios de alto rango. Le parecieron zopilotes cuyo vientre abultado les impedía volar. Reían estruendosamente y esa risa le sonó tan afectada como la sonrisa de Ávila Camacho, candidato a la presidencia. Tuvo un repentino acceso de náuseas. Cerró los ojos y pensó que caminar por las calles de San Borja era como atravesar un túnel caleidoscópico en el que le salían al paso imágenes de pesadilla. Recordó las impresiones de su primer recorrido en San Borja, antes de salir, lleno de optimismo, rumbo al Varado. ¡Qué lejana le pareció aquella mañana! Era como si aquel apacible lugar hubiera envejecido de golpe. ¿O era él quien había envejecido? Era como si la excursión al Varado, la ciudad del futuro, hubiera sido un viaje en el tiempo. Desde la salida del hospital había comenzado a sentir un malestar nuevo. Un miedo inconcreto y persistente como un zumbido de fondo. Lo enervaba tener que actuar con la gente que le había mostrado confianza y por eso rehuía el menor contacto con quien fuera. Adquirió una rara hiperestesia por el ruido y hasta la música a cierto volumen lo alteraba. Llegó a creer que había contraído una rara enfermedad de los nervios como quien contrae una infección. Estaba seguro de que, aun si fuera un mal imaginario, al menos padecía de hipocondría. ¿Era la marca de su iniciación en la gruta? Varias veces temió que fueran los primeros síntomas de una manía peor.

Los altavoces del kiosco vomitaron una versión instrumental de la Adelita. Ciro se irguió de un salto y caminó en dirección al puerto. Absorto en sus pisadas, como si esa fuera la mejor forma de serenarse. En el puerto, intentó distraerse con las maniobras de un barco camaronero. Luego caminó hasta el límite del malecón y continuó por la playa. Se sentó en la arena a observar las ondulaciones de la luz crepuscular en el mar. Cerca de la playa, un pescador en una barca alargada arrojó sus redes. Ciro encendió un cigarro y fumó lentamente, con los ojos cerrados, atento a sus sensaciones, tratando de ahuyentar cualquier pensamiento de culpa. Los vapores del alcohol se habían disipado, pero empezaba a sentirse tranquilo.

Pensó que desde la entrevista con el arquitecto no había tenido un minuto de calma para pensar. Incluso los días que pasó encamado en el hospital habían sido una lucha sin tregua entre su incurable suspicacia, agravada por la nueva afección de los nervios, y su deseo de relacionarse con las personas que confiaban en él. Después de la convalecencia mantuvo la actitud defensiva frente a lo que él veía como intentos de embaucarlo de Kazuo o de Ernesto. Cualquier gesto amable le parecía sospechoso.

El pescador levantó sus redes llenas de peces coleteando. Sintió que era absurdo sentirse culpable. Si el error había consistido, en buena medida, en dejarse avasallar por sus emociones ya era hora de usar la cabeza. Para empezar, tenía que reconocer que no todo había sido inútil. Incluso su huída precipitada servía para comprobar que el Varado no era una cárcel. Al menos para los que salían ilesos de la iniciación. En ese punto el arquitecto claramente se equivocaba. Si David estaba ahí, no parecía creíble que estuviera retenido por la fuerza. A menos, como temía el arquitecto, que se tratara

de un ajuste de cuentas del doctor Helmuth. No se lo dijo, pero quizá el arquitecto lo había elegido a él precisamente porque estaba seguro de que Ciro no correría el riesgo de ser secuestrado. En efecto, en ese momento regresar a la Ciudadela ya no parecía arriesgado. Entonces no podía darse el lujo de abortar la pesquisa del expediente. No era una obsesión. Ahora tenía la firme corazonada de que esos papeles podían estar en la oficina del doctor. Si no despejaba esa duda, no podría ir con el arquitecto sin la sensación de volver con las manos vacías. De pronto lo enfureció esa necesidad de justificarse. El arquitecto, en su desesperación, lo había embarcado en una aventura sin calcular bien los riesgos que enfrentaría. Si regresaba ahora al Varado, quería hacerlo por su cuenta. Tenía que hallar en sí mismo el motivo. Recordó que cuando el arquitecto le propuso la misión, aceptó sin titubeos porque desde antes sentía una enorme curiosidad por la Ciudadela. No es que no le importara su amigo. Pero aunque ahora no podía engañarse, pensando que sólo había sido un arranque de magnanimidad, tampoco era cierto que hubiera aceptado por pura curiosidad o por la urgencia de aclarar el asunto de Olga. ¿Entonces para qué volver? Recordó que esa noche, luego de la entrevista en el despacho del arquitecto, no había podido dormir. Era la emoción del viaje y la ansiedad de reencontrar al amigo. Pasó horas recordando todo lo que habían compartido antes de conocer a Olga. Desde aquella tarde lejana en San Ildefonso, cuando David apareció providencialmente para salvarlo de una golphiza. Poco antes los había presentado un amigo común, pero Ciro recordaría esa tarde como el inicio de la amistad. En esa época, la preparatoria era un espejo del ambiente crispado del país. No era raro que las discrepancias entre jóvenes apasionados y tercicos se resolvieran a puños. Ciro no pertenecía a ninguna camarilla,

pero simpatizaba con los comunistas. No supo cómo empezó a discutir con dos compañeros a propósito de algún exabrupto de José Vasconcelos. La discusión fue subiendo de tono hasta volverse un intercambio de insultos. Repentinamente, uno de sus oponentes le sujetó los brazos por la espalda y el otro comenzó a golpearlo. David pasaba por ahí y paró la agresión. Luego fue el descubrimiento de la empatía, el intercambio de libros y confidencias, caminatas interminables, en las que David le había contagiado su insaciable curiosidad por infinidad de temas, y finalmente el viaje a Yucatán y a la selva chiapaneca que a él lo marcó de por vida. Por todo eso había ido al Varado y era el único motivo para volver.

Muy cerca del punto donde rompían las olas, Ciro vio un cardumen de peces voladores, como navajas acuchillando la piel tersa del agua. Encendió un cigarro. “Tú y yo somos pescadores de imágenes”, había dicho David frente a los murales de Bonampak, “tú las buscas de día y en la superficie. Yo prefiero la noche y lanzo mis redes al fondo. De seguro tú sueñas con atrapar un pez vela, un pez loro o alguno de esos policromados de los arrecifes. Yo prefiero las especies abisales. Tal vez sean repulsivos, pero brillan con luz propia. Aunque hace tiempo que sólo atrapo uno que otro charal y una que otra morena”. Ciro, que en ocasiones no sabía si su amigo hablaba en serio, lo miró tratando de descubrir un guiño. David soltó una carcajada y Ciro comprendió que bromeaba. Pero ahora no estaba seguro. Tal vez era cierto que habían ido al sureste en busca de imágenes.

Ya cerca de las once, regresó caminando a San Borja y gastó la mitad del dinero que le quedaba en el taxi que lo llevó de vuelta al Varado. En el trayecto pensó que quizás también había ido a la Ciudadela a cazar imágenes.

Antes de abrir la puerta, tocó varias veces aunque sabía que a esa hora de la mañana era casi seguro que no habría nadie. No hubo respuesta. Sintió un ligero temblor en la mano al introducir la llave en la cerradura. Con la cubeta llena de agua para trapear dejó entornada la puerta y echó una ojeada al pasillo antes de decidirse a entrar. Fue directo al escritorio que estaba en medio de la habitación. En el cajón superior sólo había lápices, sobres cerrados y papeles sueltos. Al abrir el cajón inferior, más grande, comprobó que no se había equivocado al suponer que el doctor Helmuth guardaba algunos expedientes en su oficina. El pulso se le aceleró. Con dedos temblorosos fue revisando hoja por hoja. Los folders estaban rotulados en la orilla, unos tenían nombres mecanografiados y otros con pluma. No había ninguno con el nombre de su amigo. Reacio a aceptar la evidencia de que aquel escrutinio era inútil, se puso a hojear los gruesos volúmenes que había en el librero, con la esperanza de encontrar una hoja suelta del expediente o cualquier papel que probara la presencia de David en la Ciudadela. En vano rebuscó en el primer cajón y en el bote de la basura. Antes de irse revisó algunas hojas de la agenda que estaba en el escritorio. El doctor anotaba con letra grande la hora de las citas, y el nombre de los pacientes, o los eventos del día. Buscó la hoja correspondiente al día de su entrevista con el doctor, tres semanas antes, y leyó: “Primera entrevista con un recomendado del Turco”. En la última página le llamó la atención la siguiente frase: “Función de cine para el paranoico, dizque espía”.

Colérico, abandonó la oficina y caminó por el pasillo reprimiendo las ganas de correr. Dejó la cubeta y el mechudo en la bodega de la intendencia y atravesó el patio con pasos inseguros.

Recorrió cada una de las diagonales que salían de la plaza, alejándose y regresando al corazón de la Ciudadela, como si el único propósito de su vagabundeo consistiera en no pasar dos veces por la misma calle. Cuando sintió un calambre en la pantorrilla, calculó que llevaba más de una hora caminando sin parar, fumando un cigarro tras otro, sin fijarse en las personas atareadas con las que se había cruzado. Decidió ir a sentarse a la plaza. En la fachada de un edificio donde había visto que se daban conciertos, le llamó la atención una cartulina con un aviso inusual: “Función de cine a las doce”. Normalmente, esa clase de eventos se anunciaban con afiches que ofrecían más información sobre la película.

Fue a sentarse en una banca de la plaza. Pensó que debía apaciguarse antes de planear el siguiente paso de su búsqueda, armarse de paciencia y esperar. Ahora necesitaba distraerse un poco. En el reloj de la administración vio que aún faltaban veinte minutos para la matiné. Poco después vio al Gordo hablando solo, mostrando la misma efervescencia y el aire nervioso. No lo había visto desde el encuentro en esa plaza. Pensó que el Gordo, en su incontenible urgencia de contar obsesiones, podía revelar cosas útiles y sintió ganas de hablar con él, pero no quería que lo vieran platicando a una hora en la que debería estar trabajando. Así que esperó unos segundos y comenzó a seguirlo a distancia. Cuando lo vio ingresar al edificio donde tendría lugar la función de cine recordó la anotación en la agenda del doctor, se detuvo paralizado por la sospecha de que él también estaría presente y de que ahí había gato encerrado. Su prudencia instintiva lo hizo volver a la plaza.

Luego vio a un notable, de boina negra y quevedos, seguido por un grupo de jóvenes atléticos y de paso resuelto. Sabía que eran miembros del grupo de centinelas entrenados por Kazuo. Los vio encaminarse por la diagonal rumbo a la improvisada sala de cine y se levantó, intrigado. Caminó hasta la esquina y se detuvo. Los vio entrar a la sala, seguidos por unas cuantas personas más. Esperó unos minutos, tratando de convencerse a sí mismo de que no podía tener consecuencias graves el hecho de ser visto por otros que también habían abandonado sus tareas para ir a la matiné. Cuando pensó que la función iba a iniciar, entró a la sala con forma de anfiteatro y ocupó una butaca a la izquierda de las escaleras que dividían el lugar en dos secciones. El escenario estaba oculto con unas improvisadas cortinas de terciopelo raído. Aunque la sala estaba en penumbra, con pocas luces encendidas, de un rápido vistazo pudo ver, unas filas atrás, al notable de los quevedos. Los jóvenes centinelas se habían distribuido en las primeras y en las últimas filas. Entre los asistentes había algunas personas mayores y unas cuantas familias. Le extrañó ver a un grupo de jóvenes en camiseta, empapados de sudor. Resultaba evidente que acababan de huir de sus faenas, en la siembra o en la construcción. Cuando las luces del frente comenzaron a apagarse, el doctor Helmuth abarcó de una ojeada a la concurrencia y comprobó que el doctor Helmuth no había llegado. Vio la calva brillante del Gordo en una de las primeras filas a la derecha. La sala quedó a oscuras y se escuchó el rumor de las cortinas al moverse. Pasaron unos segundos y de pronto las luces volvieron a encenderse. Incrédulo, el doctor empinó la cabeza como si no confiara en sus ojos. En vez de la pantalla, en el escenario había dos espejos convexos como los que se usan en algunos negocios para vigilar amplias zonas. Lo insólito era el tamaño de éstos: el

diámetro de cada uno debía medir poco menos de la mitad del escenario, pues juntos casi ocultaban el fondo. Ciro notó que desde su lugar podía ver claramente su rostro y el de la mayoría de los asistentes. En uno de los espejos se apreciaba mejor el gesto de alguien sentado unas filas atrás de la misma sección que volteando a verlo directamente. Supuso que lo mismo debía ocurrir desde cualquier otro punto de la sala, pues todo indicaba que los espejos estaban colocados en el lugar exacto para lograr ese efecto en ambas secciones. Pronto comenzó a sentir una vaga opresión en la nuca como si en algún momento todas las miradas gravitaran en torno a él. Era como estar encerrado en un cuarto pequeño, de paredes azogadas, con un grupo de personas que, sabiéndose observadas, se miran unas a otras con hostilidad. La misma sensación pero multiplicada. La atmósfera, opresiva, impedía el menor movimiento. Como si salir de la sala en ese momento fuera un acto vergonzoso, algo equivalente a abandonar una prueba con un sentimiento de humillación frente a los que no arrojan la toalla, o quizás era simplemente el temor de atraer todas las miradas durante un segundo. Ciro pensó que sólo sería posible una retirada de todos a la vez, lo cual parecía imposible pues se requería de un valiente que diera el primer paso y ahí nadie quería llamar la atención. En el espejo, Ciro vio a varios con la mirada clavada en el suelo, luego un niño sacó la lengua en una fracción de segundo. Enseguida una niña, un par de filas adelante, respondió la mueca con otra igual. Eran los únicos que parecían divertidos con la situación. Otro niño anunció que necesitaba ir al baño y recibió un manotazo de una mujer sentada a su lado. Ciro pensó que tal vez algunos aún creían que la función no tardaría en empezar. Una mujer muy guapa, dos filas delante de la suya, comenzó a arreglarse el peinado mirando furtivamente su reflejo, en

algún momento su mirada se cruzó con la de Ciro y él creyó ver un destello de coquetería. Sintió una oleada de calor en la cara y de nuevo la presión en la nuca. Durante unos segundos evitó mirar hacia esa zona, pero luego se dio cuenta de que la mujer, absorta en su imagen, ignoraba a todos los demás. Le llamó la atención un señor fornido, llevaba pijama amarilla, con el pecho desabotonado, pues la camisa le quedaba chica. Constantemente, secaba el sudor de la nuca con un pañuelo, cruzaba una pierna sobre otra y a los pocos segundos invertía la posición. Parecía que estaba a punto de sufrir un colapso nervioso. Cada vez que intentaba morderse las uñas, una mujer obesa a su lado le daba un codazo. Conforme transcurrían los segundos la tensión y el calor aumentaban. Ciro se preguntó qué sentido podía tener aquel experimento, pues sin duda se trataba de algo premeditado. Recordó la anotación que había visto en la agenda del doctor y buscó al Gordo. Seguía pálido y sudoroso, el rostro congelado en una mueca de sorpresa. Ciro sintió que todo lo que le estaba pasando ese día, y quizá todos los días desde su llegada al Varado, no tenían más sentido que las imágenes, en apariencia absurdas e inconexas, de ciertas pesadillas. De pronto el tipo fornido de la pijama ajustada se levantó de golpe. Dos niños sentados junto a él lo imitaron. “Al fin” pensó Ciro. La mujer, inmóvil en la butaca contigua, le lanzó una mirada de reproche y eso bastó para que el hombre se arrepintiera y regresara a su lugar. Pero luego volvió a pararse y gritó señalando a alguien en el espejo:

—¿De qué te ríes, pendejo?

Nadie se dio por aludido. A Ciro le resultó imposible saber a quién se dirigía. La tensión era insoportable. Parecía que bastaba sostener unos segundos la mirada de otro para que surgiera cierta tirantez, quizá derivada de una vieja animadversión.

—¿Te molesta algo de mí o de mi familia? —Dijo el hombre con la mirada clavada en el espejo. La mujer, visiblemente angustiada, le jaloneaba la camisa para que volviera a sentarse. En ese momento Ciro advirtió la expectación en el rostro del notable y pensó que quizá el objetivo de aquel experimento era poner bajo esa especie de lupa, el ojo multiplicado por los espejos, los hilos de hostilidad que surgían entre los asistentes al sentirse observados.

—¡No te hagas pendejo!, te hablo a ti, al de lentes...

El desafío seguía siendo vago, pues varios usaban lentes. En eso se apagaron las luces. Hubo una confusa agitación. Ciro alcanzó a ver algunas siluetas corriendo hacia la salida, pero fueron sorprendidos por las luces que volvieron a encenderse muy pronto, obligándolos a ocupar el asiento más cercano. El apagón no duró lo suficiente para calmar la ansiedad, pero permitió un reacomodo. Varios de las últimas filas y el niño que quería ir al baño, lograron escabullirse. El tipo de saco, ahora estaba sentado y escuchaba, con una expresión de fastidio, las palabras que la mujer le murmuraba al oído. De pronto, lo sorprendió ver a Kazuo sentado atrás del notable de la boina. Había entrado durante el breve apagón. Mientras lo veía adelantar la cabeza para decirle algo al de la boina, pudo ver de reojo que el Gordo arrojaba un objeto hacia el escenario. Se escuchó un estrépito de cristales. Hubo gritos y una confusa refriega. Tres jóvenes forcejearon con el Gordo a mitad de las escaleras cerrando el paso a quienes trataban de huir.

El de la boina y Kazuo observaban la escena de pie. Sin moverse de su lugar, Ciro vio pasar al Gordo, cabizbajo y maniatado, seguido por los jóvenes centinelas.

—Te apuesto lo que quieras a que esta noche no duerme en la Ciudadela, van a aprovechar que hoy viene la flecha para mandarlo a paseo. —Dijo el de la boina con acento español.

—Y yo tengo que mandar esa carta, te veo luego —dijo el japonés.

Ciro fue el último en salir. En la calle el español charlaba con un muchacho que luego se alejó corriendo. Al ver a Ciro, le hizo una señal con la mano para que se acercara y dijo en tono golpeado:

—¿Estás ocupado?

—No —dijo Ciro.

—Entonces ven, necesito ayuda para preparar unos pedidos.

El hombre se encaminó hacia la plaza y Ciro tuvo que apurarse para seguirle el paso.

—¡Joder! Cómo hemos perdido tiempo con este asunto, pero vaya jilipollas, eh, has visto la cara que puso. Lo malo es que lo van a echar sin más trámites y a lo mejor nunca sabremos para quién trabaja —comentó el español como si pensara en voz alta.

Ciro recordó la obsesiva aprensión del Gordo por pertenecer al Varado.

—¿Lo van a correr sólo por romper el espejo? —dijo en voz baja.

El español se detuvo y lo observó atentamente con ojos atónitos.

—¿Se te hace poco? —dijo con voz tajante y moviendo la cabeza en un gesto de desaprobación.

—¿Y lo de la granja, no supiste lo de la granja?

Ciro se detuvo un momento a pensar y luego corrió para alcanzarlo.

—¿El Gordo?... ¿los puercos?

—¡Y claro! Todo indica. Antes del robo fue visto varias veces por ese rumbo.

Al llegar a la plaza doblaron en la avenida del Sol y caminaron en silencio hasta el vivero. Al pasar entre los

arriates delimitados con tablones, Ciro se demoró leyendo algunos letreritos: hierba de san Benito, árnica, malva, hierba de san Pedro, valeriana. El español entró a la galería del fondo y regresó con un saco.

—Primero, metes toda esa hierba en esto. —Señaló un montón de hojas secas.

Mientras metía la hierba con las manos, distraído y sin prisa, Ciro pensó en el Gordo. Tenía la sensación de que era un chivo expiatorio, pero le intrigaba que siendo tan pusilánime se atreviera a romper el espejo de aquella forma. Acabó de llenar el saco y lo arrastró hasta el espacioso recinto saturado de aromas.

—Ahora vas a llenar las bolsitas con esa mezcla —dijo señalando una de las mesas en donde estaba una tinaja llena de hojas y pétalos. Las bolsas de papel tenían una etiqueta que decía: Insomnio: jamaica, hojas de menta, rosas, especias, flores de azahar. Había otras tres mesas con distintas mezclas.

Ciro calculó que eran cientos de empaques los que tendría que preparar. Pensó que si el español podía disponer de su tiempo, quizá no sería muy atrevido pedirle una aclaración sobre el Gordo.

—¿Y no hay pruebas más contundentes para acusar al Gordo?

El notable, subido a una escalera para alcanzar un recipiente del último estante, lo miró desde arriba con aire inquisitivo.

—Y dale con eso, tú te crees el abogado del diablo ¿o qué?... ya sé ¿eres nuevo, verdad? Sí claro, eso es, pues óyeme y óyeme bien, a ese tipo, que veo que te inspira lástima, ya lo teníamos en la mira desde hace tiempo. Sabemos que es un impostor y hay buenas razones para creer que es espía.

Las palabras del español lo sobresaltaron y dejó caer al suelo una porción de hierba. Por un momento imaginó que lo habían descubierto o al menos sospechaban algo desde su escapada a San Borja. La anotación en la agenda del doctor también podía referirse a él y la farsa del cine, incluida la aprehensión del Gordo, era una trampa orquestada en su contra y aquel pobre diablo había mordido el anzuelo por equivocación o ¿era parte de su papel? Mientras llenaba las bolsitas se torturó haciendo mil conjeturas sobre el momento en el cual pudo haber dado motivos de sospecha. Luego recordó la plática con el Gordo y se preguntó si no lo aquejaba la misma manía persecutoria. Tal vez en ese manicomio, cuyos habitantes llaman Ciudadela, la razón naufragaba inevitablemente. Finalmente, logró serenarse pensando que la única fuente de aquellas conjeturas disparatadas era el miedo. Cuando acabó de empacar las mezclas de las cuatro mesas, estaba más relajado, pero le dolían las articulaciones de las manos. El español abrió una gaveta, sacó una garrafa y un par de vasos.

—Nada como un tinto para abrir apetito, ¿te sirvo?

Bebieron en silencio, junto a una mesa atiborrada de paquetes con valeriana para la tristeza. El español sacó de la bolsa del pantalón una pipa de espuma de mar.

—Con todo este jaleo del cine se me han juntao los pendientes —dijo mientras llenaba la pipa con un tabaco aromático.

—Pero porqué sospechan que el Gordo es... —iba a decir espía, pero se contuvo.

—Y dale con eso, ¿por qué te preocupa tanto?, ¿confías más en él que en las autoridades?, ¿lo conoces?

—Una vez platiqué con él y me dio la impresión de que era un mitómano, un poco zafado, pero inofensivo.

—¿Inofensivo? ¡Joder!, no sabes nada de nada...

Se sirvió medio vaso y encendió la pipa. Ciro pensó que si el otro se mostraba tan reacio a aclararle un poco ese asunto, quizá no era tan insensato suponer que también sospechaban de él. Quizá lo hacían sin necesidad de un motivo, por una inveterada costumbre o por puro instinto. Se le ocurrió que podía sondear al español para ver hasta qué punto el Gordo había desquiciado a las autoridades.

—¿Quién es ese tipo? ¿Qué hizo? —dijo en voz casi inaudible, mirando la impaciencia en los ojos del boticario.

—Está bien, pon atención —el hombre bajó el tono de voz y miró en torno como si necesitara asegurarse de que estaban solos —todo este asunto empezó hace un año, más o menos, a finales de julio, creo. Una noche llega este tipo hecho una sopa, saluda al portero y dice: “¿Te acuerdas de mí?... soy Joaquín, el electricista”. El portero no lo recordaba y aunque el Gordo no traía carta de recomendación ni acuse de la solicitud de ingreso, decidió dejarlo que pasara aquí la noche, pues estaba a punto de caer una tromba. Pues bien, resulta que al otro día dice que quiere hablar con un jefe de sección que lo conoce bien. El tipo quiere internarse. Ahora bien, resulta que Joaquín el electricista sí existe o existió, era un técnico que vino a trabajar años antes, invitado por uno de los ingenieros. Cuando acabó su contrato se quedó unos meses más para curarse una racha de insomnio. No sé si se curó o no, el caso es que poco después se largó y nadie volvió a acordarse de él hasta la noche en que aparece este tipo que dice a todos los que se encuentra: “Hola, ¿te acuerdas de mí?, soy Joaquín...”. Quienes habían tratado a Joaquín notaron que estaba más gordo, pero no dudaron que fuera el mismo, sobre todo después de que el ingeniero le diera el espaldarazo que necesitaba para quedarse. Así que todo le iba saliendo de maravilla a este fulano, pero un día de trabajo a pleno sol,

se desmayó y lo llevaron al hospital. Tuvo la mala suerte de que le tocara ser atendido por un doctor que conocía bien, clínicamente hablando, a Joaquín el electricista. Cuando le puso el estetoscopio en la espalda, el doctor notó que no tenía una cicatriz que recordaba. Joaquín le había contado cómo se la hizo un estibador en un pleito de cantina. También recordó que el electricista había mencionado que tenía un hermano mellizo, tan parecido a él que hasta su madre los confundía.

El doctor se las olió, pero no le dijo nada. Fue a la siguiente junta de jefes de sección y comentó sus sospechas. Tuvimos una discusión larga y tediosa. Para no hacerte más largo el cuento, la junta decidió hacerle creer a este tipo que su solicitud de ingreso iba por buen camino, aunque tendría que esperar la respuesta definitiva durante un plazo indefinido, como quien dice, el tipo quedaba en el limbo, ni adentro ni afuera. En realidad, la idea era vigilarlo para ver qué se proponía.

Durante el primer mes no hizo nada sospechoso ni cometió alguna falta grave, aunque sí nos quedó claro que el tipo era alérgico al trabajo. Siempre se las ingeniaba para escabullirse de las tareas comunales. Así las cosas, aunque parecía un haragán inofensivo, en la siguiente junta se decidió echarlo de la Ciudadela, pues no podemos darnos el lujo de mantener parásitos. Cuando el Gordo lo supo, se emperrió en hablar con cada uno de los jefes de sección para que rectificaran, prometió convertirse en un ciudadano modelo y juró que estaba dispuesto a hacer lo que fuera con tal de quedarse. Varios nos negamos a escucharlo, pero hubo dos que abogaron por él y se le dio una segunda oportunidad. El tipo volvió a salirse con la suya. Durante un par de meses nadie mostró tantas ganas de trabajar como él y al poco tiempo ya nadie se acordó de vigilarlo. Luego vino el asunto de los puercos y todos volvimos a pensar en él. Esta vez la

junta comisionó a un grupo de jóvenes para que le siguieran la pista día y noche sin que se diera cuenta. Cuando empezó a vérselo por la zona del generador eléctrico y también por donde está la cisterna, para esto ya había robado unas herramientas, un mazo y unas pinzas para cortar alambre, se encargó a los vidrieros que fabricaran unos espejos convexos para tener mejor vigilada esa zona. El Gordo debe habérselas olido pues dejó de andar por ahí...

El español se calló, en ese momento irrumpieron en la botica dos adolescentes de complexión robusta, con las mejillas chapeadas, respirando con agitación.

—Buenas tardes, nos manda el encargado del almacén a ver si quiere que nos llevemos sus bultos, aquí le manda la lista de pedidos —dijo uno alargando una hoja doblada.

—Llegó temprano la flecha, menos mal que ya están los paquetes.

Mientras el español indicaba a los jóvenes como meter las hierbas en unas cajas de cartón, Ciro permaneció ensimismado frente a la mesa, triturando unas hojas secas con los dedos. Sentía un vacío en el estómago. Pensó que el Gordo había caído en una trampa y que la forma de actuar de las autoridades, retorcida o paranoica, podía hacer que un sospechoso acabara convirtiéndose en culpable. Tal vez aquel pobre diablo había roto el espejo en un arranque de ira provocado por la desesperación de ser víctima de sospechas gratuitas, sin darse cuenta, o sin que le importara ya a esas alturas, que así confirmaba dichas sospechas.

Cuando se fueron los jóvenes con las cajas llenas, el español regresó a la mesa y sirvió de nuevo los dos vasos a la mitad.

—En fin, ya viste como acabó esto, ahora lo van a echar y tal vez nunca sepamos quién está detrás de ese mentecato... ¿qué te parece?

—Una sola vez platicué con él, me dio la impresión que de pronto se le botaba, pero me pareció inofensivo.

—Eso quería él que pensaras, precisamente, que había perdido las riendas, pero finge demencia. Yo hablé con él un par de veces, para sondearlo. La primera vez, le dije que podía echarle la mano y él se quejó de una conjura en su contra, pero había algo tan exagerado en su forma de hablar que me entró la duda, no creí que de veras anduviera fuera del surco. Me dio la impresión de que el tipo se hacía el loco. Volví a entrevistarle y cada vez que él intentaba volver al asunto, yo lo obligaba a cambiar de tema. Me di cuenta de que si hablas con él de cualquier otra cosa, se comporta como una persona cuerda. Pensé que a lo mejor alguien le había insinuado ese chisme para inducirlo a hacer ciertas cosas. Para no hacerte el cuento largo, fui a contarle mis dudas a Helmuth. Él me explicó que hay personas que cultivan un delirio ocultándolo a los ojos de los demás. Haz de cuenta, me dijo, que fuera un jardín selvático rodeado de murallas. Si el delirio invade todo el edificio de la personalidad como una planta trepadora y amenaza con agrietarlo todo, entonces los demás se dan cuenta y esa persona comienza a ser sospechosa, se vuelve una especie de chivo expiatorio. Cuando Helmuth me dijo eso me di cuenta que no compartía mis sospechas de que el Gordo podía ser el títere de otro. Tampoco me creyó que fuera peligroso. Incluso dijo que la idea de que alguien manipulara al Gordo le sonaba tan descabellada como la hipótesis de una sugestión hipnótica. Medio en broma o medio en serio, agregé que nuestra labor era podar esa clase de selvas y convertirlas en jardines victorianos. Yo le pedí a Helmuth que lo entrevistara, con la esperanza de que pudiera desenmascarlo, pero no me hizo caso, creo que andaba más preocupado por otras cosas. No sé qué habrá pensado cuando

ocurrió lo de los puercos. Volví a insistirle que se ocupara del asunto, pero tampoco esa vez me hizo caso. Me imagino que cuando supo que el Gordo había sido visto rondando el generador, al fin este asunto comenzó a preocuparle, pero en vez de entrevistarlo y sacarle la sopa, dejó todo el asunto en manos de un colaborador cercano que luego salió con esta tontería de los espejos. Él preparó todo, encargó los espejos y nos indicó nuestro papel en la farsa, como un director de teatro, pero no explicó qué esperaba o cuál era el objetivo de este teatrillo. Yo me quedé pasmado, pero no dije ni pío porque pensé que Helmuth lo había aprobado y al menos eso indicaba que ya había empezado a tomar cartas en el asunto. Pero ahora sigo sin entender qué esperaban. No creo que les haya pasado nunca por la cabeza la posibilidad de que el Gordo rompiera el espejo y ya ves, ahora lo van a echar sin más averiguaciones. A veces creo que el viejo zorro ya está más viejo que zorro.

El boticario se puso de pie y le extendió la mano.

—Te agradezco la ayuda, ahora tengo que ir a hacer un último intento para que Helmuth hable con el mequetrefe, no necesitaría ni quince minutos para sacarle la sopa.

Al salir del invernadero, el boticario caminó hacia la plaza y Ciro fue a sentarse cerca del estanque ubicado detrás del hospital. Después de comer anduvo por calles cercanas a la plaza. Vio grupos de personas comentando lo ocurrido. Decidió ir a su choza a pensar en lo que haría al día siguiente, pero no logró serenarse. Se había contagiado de la misma efervescencia que embargaba a la comunidad. Más tarde regresó a la plaza y se mezcló con la multitud. A eso de las seis, se escuchó un clamor proveniente del interior de la administración. Entre el confuso griterío Ciro alcanzó a distinguir la voz ronca y enardecida del boticario español,

repitiendo la misma consigna: “No pasarán, no pasarán...”. El ruido cesó de pronto, hubo un alboroto entre la gente que abarrotaba la entrada del edificio y luego la multitud abrió paso al grupo de centinelas que escoltaba al acusado. Al pasar contoneándose entre la multitud nadie lo insultó ni hubo más gritos. Ciro vio un instante el rostro demacrado y sin afeitar y sintió compasión. Se unió a los curiosos que lo siguieron por la avenida de la República hasta el almacén. Lo subieron a un camión de redilas mucho antes de que estuviera listo para partir y ahí tuvo que esperar, en calidad de bulto, bajo una llovizna que dispersó a los últimos curiosos. El Gordo tenía una expresión estúpida, la mandíbula desencajada y la mirada ausente, como si aún no comprendiera lo que le estaba ocurriendo. Ciro volvió a pensar que era un chivo expiatorio. Luego corrió a refugiarse en la Escuadra. Entró por la puerta del comedor y subió al primer piso. Durante un buen rato recorrió el pasillo, ensimismado, husmeando en los cuartos con el vago propósito de distraerse. Unas veces se detuvo a leer las frases, casi siempre incomprensibles, en las paredes o a mirar retratos y recortes del periódico que recogía del suelo. No podía sacudirse la idea de que el Gordo era víctima de unas autoridades cuyos métodos sólo podían inspirar desconfianza y cuya ineficacia quedaba de manifiesto por el hecho de que él, quizá la única persona en la Ciudadela, que era una suerte de espía, andaba suelto. Aunque tampoco podía estar totalmente seguro de que las autoridades no estaban jugando con él al gato y al ratón, como lo habían hecho antes con el Gordo. ¿Por qué no lo corrieron desde que supieron que se hacía pasar por su hermano o cuando quedó claro que era un haragán? Tal vez todo había surgido por algún rumor, algo comprensible en una comunidad que se siente amenazada por el exterior, y el Gordo con sus maneras excéntricas había

despertado suspicacias. ¿Pero quién podía creer que alguien tan torpe podría servir como espía? ¿El arquitecto no habría cometido el mismo error al elegirlo a él? Un fuerte olor a parafina lo devolvió al presente. Entró a un cuarto abierto y en un rincón vio una mesita con dos veladoras apagadas, en el piso había gotas de cera y abajo del camastro encontró un periódico amarillento con noticias de la guerra cristera: “Asesinan a Anacleto González Flores”. Recordó el susto que le causaron los gritos del campesino en la huerta. ¿También ese loco había sido un chivo expiatorio?

Caminó hasta su antiguo cuarto y encendió la luz. Sobre la mesa aún estaba el montón de gacetas que había coleccionado durante las primeras semanas que durmió ahí. Cogió un ejemplar arrugado de *Isis* y lo hojeó distraídamente. En la sección “Ciudadanos ilustres” encontró otro escrito firmado con la letra G:

Vida de Pedro Martínez.

Como algunos de ustedes, conocí a Pedro el día que me ayudó a salir de la gruta. Luego, durante los días que pasé recuperando fuerzas en el hospital, me contó docenas de anécdotas deshilvanadas de las que me serviré ahora para trazar en pocas líneas el perfil de un ciudadano ejemplar. Empiezo con la fecha bisagra de la infancia. Pedro ya tiene doce años. Una tarde, como cualquier otra, anda en el monte cuidando a sus borregos. De pronto se suelta un aguacero. Pedro corre a refugiarse bajo un roble y para colmo de males —¿o de dones?— se monta en una rama. Un relámpago galvaniza aquel árbol —¿El rayo de tiniebla que menciona San Juan?— La descarga lo avienta varios metros como si fuera un guiñapo. Ahí queda, inconsciente y quemado, no sabe cuántas horas. Cuando vuelve en sí

ya está en casa. Su abuela le dice: “Escuincle de porra, San Isidro te escogió para que seas tiempéro”. A la sazón Pedro ya era huérfano de madre. Su padre, albañil en la ciudad de México, lo había dejado a cargo de la abuela materna quien le enseña a cultivar la tierra. Poco después vuelve a las andadas y un día se encuentra a Gregorio Popocatepetl, el volcán en persona, quien le cuenta que él provocó el aguacero y el rayo que casi lo mata.

Cuando cumple quince, su padre se lo lleva a vivir con él a la ciudad. Lo inscribe en la secundaria. Pedro no da una en la escuela, se duerme de aburrimiento. Cuando sus condiscípulos lo provocan —burlándose de las marcas corporales que le dejó el rayo— se defiende como fiera. Un día, luego de un estallido de violencia, la maestra cita al padre. Le dice que su hijo es anormal, que necesita con urgencia a un psiquiatra. El hombre lo saca de la escuela y lo pone a trabajar de peón que es como empieza un aprendiz de albañil. Pero tampoco da una. Siempre anda en las nubes y nadie, ni él mismo, sospecha qué es lo que le pasa. Su padre cree que su torpeza le sirve para disfrazar su haraganería. Un día lo encuentra tirado en una montaña de grava, pastoreando nubes. Se quita el cinturón y lo golpea hasta dejarlo privado. Pedro escapa de la casa y no sin dificultades regresa con la abuela. Pasa ahí algunos meses hasta que su padre va a traerlo de nuevo a la ciudad. Pedro vuelve a escapar de la pedagogía del garrote. Deambula durante meses por las calles del centro. Sobrevive como perro sin dueño. Durmiendo en albergues para indigentes. Un día un vago intenta quitarle los pocos pesos que ganó cargando bultos en la Merced. Se defiende y deja medio herido al ladrón. Hay barullo. Se los lleva un gendarme. El psicólogo de la policía lo remite a la Castañeda. En su diagnóstico anota: “Se cree pastor de nubes”.

Aquí viene otra fecha bisagra. Su expediente va a dar a manos de un doctor alemán, conocido de todos ustedes,

apasionado lector de Goethe y de Novalis. Dicho doctor entiende que Pedro no es un loco de atar, sino un poeta en estado silvestre. Surge una amistad que sorprende a otros psiquiatras de la Castañeda. Cuando se funda la Ciudadela, Pedro llega con el doctor Helmuth. Es el primer encargado de la granja y de los cultivos de maíz y frijol.

Un año después Juanita, su abuela, se le aparece en un sueño y le pide que sacrifique un guajolote a don Goyo para impedir que el granizo quemara las cosechas en su pueblo. Así supo que ella había muerto. Pedro dice que puede “agarrar el sueño”. Me explica: “Otra noche voy y le digo que dónde llevo la ofrenda. Juanita me dice: busca una cueva por ahí por donde vives ahora”. Entonces Pedro busca con paciencia durante varios días. Encuentra la gruta que luego será templo de los Caballeros Racionales. Se interna en ella como si fuera su casa y encuentra una piedra lisa que sirve como altar. Sacrifica el guajolote y lo acompaña de flores, bebida y copal.

Los poetas, dice Helmuth, teatralizan con la imaginación la armonía de los fenómenos. Pedro actúa, vibra con ellos. Por eso es nuestro jefe de cultivos.

Conforme fue avanzando en la lectura sintió que el pulso se le aceleraba. Tenía la sensación de que había conocido a alguien que podía ser aquel Pedro. Caminó por el pasillo tratando de recordar quién era o dónde lo había visto. Releyó el escrito. Al llegar a la frase “pastor de nubes” lo recordó. Era el Chaneque que lo visitaba durante su convalecencia en el hospital o ¿lo había soñado? Aquel loco que presumía ser capaz de alejar nubes y conjurar la tormenta, también le había parecido un loco pacífico que se creía doctor o enfermero. En duermevela lo había oído decir que era el encargado de rescatar a los iniciados en la gruta. Parecía imposible que aquel cuerpo

enjuto, medio contrahecho, fuera jefe de cultivos. ¿Qué hacía en la clínica? ¿Se encargaba de las personas que rescataba de la gruta? Tal vez tenía alguna habilidad para meterse a las cuevas y por eso lo toleraban. Tal vez no estaba loco. Recordó lo que había dicho el boticario español acerca de los delirios que podían mantenerse dentro de ciertos límites sin que cuartearan el edificio de la personalidad. Tal vez Pedro fuera un caso así. Diferente al del Gordo y al del cristero. Sin embargo, a Ciro le dio la impresión de que quizás el autor insinuaba entre líneas que Pedro estaba loco. Lo leyó de nuevo. Ciertas frases podían tomarse por guiños irónicos. Pero el autor —aunque firmaba el escrito con una letra— no ocultaba su simpatía por aquel raro sujeto. La lectura lo inquietó. Era, de nuevo, la corazonada de que acaso la única huella que podría encontrar de su amigo eran palabras. Releyó los dos poemas que le habían llamado la atención en otros números de *Isis*. Revisó las fechas de publicación y descubrió que los tres escritos habían aparecido en un lapso de seis meses. El relato sobre Pedro, el más reciente, año y medio antes. Se reprochó por haber desoído a su intuición cuando tuvo el primer atisbo de que esa podía ser una buena pista. Hojeó las gacetas y fue arrancando todos los escritos firmados con el mismo seudónimo. En dos aparecía completo; en los demás, sólo la inicial. Algunos ya los había leído sin fijarse en el autor. Eran doce en total. Un conjunto misceláneo que podía atribuirse a diferentes autores. ¿La G era un seudónimo colectivo? Sólo cuatro podían juzgarse literarios, poemas y relatos, aunque en todos se notaba cierta voluntad de estilo. Recordó vagamente que el Chaneque había hablado de alguien “Tocado por el sol”. ¿Había mencionado a un Girasol? Tal vez Ciro había pronunciado, durante el sueño, el nombre de David. El Chaneque lo había escuchado y le había dicho algo

sobre un tal Girasol. De seguro se conocían o eran grandes amigos. Tal vez el Chaneque podía decirle dónde encontrarlo.

Afuera arreció la lluvia. Ciro agarró el fajo de papeles y se recostó en el camastro. Al leerlos uno tras otro se fortalecía la impresión de que en todos estaba la marca, un tanto inasible, de David. Los releyó varias veces tratando de fijar un rasgo que pudiera hermanarlos. Concluyó que lo único que tenían en común era cierta mezcla de tristeza, que bien podía ser una proyección suya, e ironía, muy sutil en algunos casos. Aun así, podía ser una pista. Tenía que despejar la identidad del autor. En la mañana buscaría al Chaneque para preguntarle sin rodeos dónde se encontraba David o el Girasol. No había tiempo para andarse por las ramas. Si lo descubrían, lo peor que podía pasarle era que lo echaran en un camión de redilas.

Al despertar tenía un poco de fiebre. Desayunó sin hambre en el comedor central y luego fue al hospital. La recepcionista le dijo que Pedro estaba en el primer piso. Lo encontró en una de las habitaciones dándole de comer a un paciente. Mientras lo esperaba recorrió el pasillo pensando cómo iba a plantearle la cuestión. Tenía que despejar la identidad del Girasol desde el primer momento. ¿Debía usar el nombre de David en la pregunta? Si lo hacía, podía ocurrir que el Chaneque supiera quién era, y le señalara sin titubeos donde encontrarlo; o no lo conocía porque David había ingresado con un nombre falso. De lo que no había duda era que conocía al Girasol, había oído mencionar ese alias durante su estancia en el hospital, aunque tal vez ignoraba su verdadero nombre. Ciro tenía que forzar una aclaración con la pregunta. Pero imaginó otra posibilidad que complicaba todo: el Chaneque conocía a David —y al Girasol si es que no eran la misma persona—, pero no le decía nada por desconfiado o porque había una especie de conspiración para ocultar el paradero de David. Si había sufrido un accidente fatal no sería extraño que las autoridades optaran por borrar cualquier huella de su paso por el Varado. ¿Qué hacer? Luego de darle vueltas a la cuestión, decidió que preguntar por el Girasol o por “G”, el autor de poemas y relatos, era menos audaz, pero daba poco margen a la simulación. Si el Chaneque fingía no conocerlo, Ciro le mostraría el escrito de Isis, que hablaba de Pedro Martínez.

Apenas lo vio salir de la habitación, se acercó y lo agarró del hombro:

—¿Me puedes decir cómo llegar a la casa del Girasol?—. El Chaneque se le quedó viendo con el ceño fruncido —¿Para qué lo buscas?—. Avanzó hacia las escaleras. Llevaba una charola con un par de platos y una tetera.

—Necesito preguntarle algo.

El otro no dijo nada hasta que llegaron a la cocina.

—¿Quieres unirte a los balames?

—¿Una secta?

El Chaneque afirmó con la cabeza.

—No, lo estoy buscando para que me revise un escrito.

El otro pareció decepcionado.

—No lo vas a encontrar. Hace mucho se fue de la Ciudadela. Se supone que ya estaría de regreso estos días.

Ciro insistió. Pedro se ofreció a llevarlo al día siguiente. Ciro dijo que no tenía caso sabiendo que no lo encontrarían, pero quería saber por dónde se ubicaba la casa para ir cualquier otro día. El Chaneque accedió a dibujar un croquis en una bolsa de estraza.

Ciro salió del hospital casi corriendo. Ya lejos del centro, sintió un dolor en la rodilla. Respiraba con dificultad. “Qué caso tiene, mejor mañana” pensó. Se apoyó en un muro y extendió el papel de estraza. Repasó con el índice la ruta que debía recorrer. *De la planta de luz sigue un tramo como de un kilómetro. Una bifurcación. Te vas por la derecha. El camino bordea un matorral y te lleva sin pierde. Muros de adobe y techo de tejamanil. La casita sirvió, hace años, como puesto de vigilancia. Por ahí cerca se acaba la Ciudadela.* En sus recorridos, Ciro no había ido más allá de la planta de luz creyendo que era el límite del Varado. Alrededor sólo vio terrenos llenos de maleza. Costaba trabajo imaginar a alguien viviendo en un paraje

tan alejado. Tenía ganas de reposar, pero siguió caminando, indiferente al cansancio y al mal tiempo.

Tardó casi una hora en llegar. La casa estaba en lo alto de una colina. A unos metros gritó: “David... Girasol”. Como si fuera necesario cerciorarse de que la casa estaba deshabitada. Golpeó la puerta con la palma de la mano. Trató de abrirla empujando con el hombro. Advirtió que en el suelo, bajo el marco, se acumulaba un montoncito de polvo de polilla. Pensó que sería fácil tirarla de una patada, pero prefirió ensayar por una ventana. El postigo cedió con una leve presión. Adentro, lo envolvió un olor a humedad. Era una pieza pequeña de techo alto, con un tapanco al fondo, sin baño ni cocina. Dio unos pasos en la penumbra y se detuvo al oír un ruido como de pasos de ratón. En una mesa redonda vio una vela y una caja de cerillos. Con la llama indecisa, la pieza se llenó de sombras temblorosas. Junto a la ventana había un anaquel atiborrado de libros. Acercó la vela para ver los títulos. Eran libros de astronomía, botánica y geología. Al coger un volumen apolillado, una hoja doblada cayó al suelo. La recogió y al desdoblarla vio un manuscrito a lápiz. Reanimado por el hallazgo, se sentó en la única silla frente a la mesa y leyó el manuscrito:

A veces tengo la sensación de que todo este desajuste tiene algo que ver con los rayos de sol. Por eso no dejo mi choza, salvo de noche y días nublados. Ayer estaba acostado en la cama y de pronto sentí que la silla me vigilaba. Empezó a vibrar como si estuviera a punto de decir algo. Sentí que un rayo de luz se ocultaba en cada una de sus partículas. Me sentí angustiado y tapé las ventanas con periódicos viejos para cerrarle el paso a la luz. No sé cuánto tiempo permanecí con los ojos cerrados. Cuando abrí un párpado vi que un rayo de luz se colaba por un hoyo en

el periódico y proyectaba un círculo amarillo en el piso. Dentro del cilindro de luz flotaban corpúsculos de polvo que no podían escapar. Sus movimientos aleatorios me tenían medio hipnotizado. Me pareció que eran espíritus o ángeles microscópicos. No sé cómo, pero de pronto yo estaba ahí, flotando entre ellos y al mismo tiempo veía mi cuerpo extendido en la cama y mi cara alelada. Me sentí ligero y un poco eufórico. Como si al salir de mi cuerpo al fin me librara de mis tribulaciones. Luego el día se nubló y yo regresé a mi cuerpo y a mi tristeza. Al otro día agrandé el hoyo del periódico y esperé en vano a que se repitiera el milagro. Ya llevo varios días esperando. En las noches salgo a comer y voy por agua para el día siguiente.

Acabó de leer abrumado, otra vez, por la duda. La corazonada que lo había llevado hasta esa casa polvosa parecía otra conjetura gratuita. Trazó una raya en la película de polvo de la mesa. El Chaneque no dijo cuándo se había marchado el Girasol, pero todo indicaba que había sido mucho antes de la llegada de Ciro. Eso explicaba por qué no había encontrado a David, suponiendo que su amigo fuera el Girasol. Pero también era una fuente de dudas. Si David había ido a la ciudad de México —no podía imaginarlo saliendo del Varado hacia otro destino— resultaba escandaloso que no fuera a darse una vuelta por la casa de su padre, luego de una ausencia tan prolongada. Que el Turco no le hubiera mandado decir nada al respecto significaba que el arquitecto seguía sin noticias de su hijo. Como ya era una costumbre los últimos días, cada vez que tenía dudas, sospechó que su desesperación lo orillaba a aferrarse de cualquier asidero.

Algo se movió sobre la mesa. Acercó la vela y vio una hormiga bordeando un surco de polilla. Apenas avanzaba aunque se movía incesante y precipitadamente. Titubeando,

dio un rodeo y volvió al mismo punto. Ciro le cortó el paso con un dedo. La hormiga caminó sobre su piel hasta el dorso de la mano. “Igualita que yo... pero con más voluntad, ningún obstáculo te detiene... ¡Qué pendejada seguir aquí!”. Sintió que lo invadía el desánimo. Pero aún tuvo una reserva de voluntad —algo menos parecido a la esperanza que a la incapacidad de resignarse al fracaso— para ponerse a inspeccionar las paredes cubriendo la flama con la mano. Conocía la fascinación fetichista de David por ciertas fotografías. No las guardaba en un álbum. Solía ponerlas, sin enmarcar, en cualquier lugar de la casa o las dejaba entre las páginas de sus libros de cabecera. Si su corazonada era cierta, con suerte, encontraría algún retrato de Olga o del arquitecto. Apiló todos los libros sobre la mesa y los fue sacudiendo uno por uno. Cayeron unos cuantos papeles con anotaciones ilegibles. Caminó hacia el fondo de la pieza. Subió los peldaños de una escalera vertical. En el tapanco había una cama y en un ángulo cubierto de telarañas alcanzó a ver unas cajas de cartón. Al abrir la primera, salió un tufo a naftalina. Puso las cosas sobre la cama: una piyama, dos mudas de ropa interior, una lupa, un telescopio envuelto en una sábana, un libro de apicultura y unas figuras de cartón, como personajes de un teatro de papel. La segunda caja estaba llena de libros y de unas cuantas gacetas. Una colección de historia universal, obras de Tolstoi y de Platón. “Tal vez se llevó sus papeles y sus libros de cabecera” pensó. Al fondo de la caja, halló un cuaderno lleno de anotaciones crípticas. Lo desalentó darse cuenta de que era una bitácora de astrónomo. David nunca había mostrado interés por ese tipo de cosas, pero en las últimas hojas del cuaderno había un manuscrito diferente. La caligrafía era nerviosa, pero clara y sin tachaduras. Parecía parte de un diario escrito aprisa:

Ayer me invitó a cenar el padre Rogelio. Yo estaba exhausto, después del ensayo, pero acepté porque lo vi muy entusiasmado a causa de la misa que estamos poniendo. Platicamos largo y tendido. Otra vez me sorprendió la audacia de sus ideas y el tamaño de su cultura (tal vez porque mis prejuicios sobre los curas tienen un tufillo jacobino). Durante la cena me habló de Palestrina, de la música de las esferas y luego me explicó su concepción de la disonancia. En algún momento de la sobremesa dijo: “Hoy por hoy los recitales del coro son la actividad más importante en este Hospital”. Sin ánimo de discutir, comenté que no estaba tan seguro de que los fundadores de la Ciudadela hubieran soñado con levantar un hospital. “¡Los fundadores! Y según tú, ¿quiénes son los fundadores?... sabías que el primer edificio de piedra que se construyó en esta región fue un convento-hospital, ese fue el centro de la misión”. Agregó que por eso la Hacienda fue conocida al principio como hacienda de Hospital, mucho antes de que los de San Borja le pusieran el Varado. Yo alegué, sin mucha convicción, que el edificio más importante de la Ciudadela actual, el corazón, era la Administración, no el Hospital. Entonces se paró y comenzó a pontificar, un poco exaltado, dando vueltas alrededor de la mesa como fiera enjaulada. Al ver su reacción, me arrepentí de darle alas. Pensé que no dejaba de ser irónico que precisamente yo, el bicho más raro, me negara a aceptar que la Ciudadela era antes que cualquier otra cosa un hospital. ¿Entonces a qué vine? Durante un rato escuché su perorata sin poner mucha atención. Muy pronto perdí el hilo de sus argumentos. No entendía bien a dónde quería llegar. Me llevó a su celda. Fue directo a un enorme baúl y lo abrió con una llave oxidada. Me aclaró que era el mítico arcón donde, según la leyenda, los misioneros habían enterrado un tesoro invaluable poco antes de abandonar la misión. Con mucho cuidado

fue sacando papeles amarillentos y libros empastados en pergamino manchado de liquen. Mientras me los iba enseñando me hizo pensar en mi propia puerilidad cuando, ya adolescente, reuní a un grupo de amigos para presumirles la quincalla que había enterrado años antes, en un caja de latón, en el patio trasero de la casa. Para mí esas cosas eran un tesoro simplemente por el hecho de haber estado bajo tierra un par de años. El cura me mostró un libro de ordenanzas de población de Felipe II, unas cédulas reales de 1545, el testamento de Vasco de Quiroga, un Itinerario para párrocos de Indias de un tal Alonso de la Peña. Me enseñó un libro en cuarto con un título en latín que no entendí. Dijo que ahí se planteaba la idea de que Dios se revelaría en tres grandes momentos: primero como Padre, luego en su hijo y finalmente como espíritu en una especie de epifanía colectiva, en una auténtica comunidad cristiana. Luego me contó que la labor de los misioneros se basó en cooperativas sociales de ayuda mutua. El fundador de la misión fue el primero en impulsar el reparto de tierras. La comunidad originaria sembraba sus parcelas y trabajaba en el convento. Me describió minuciosamente el funcionamiento de esa especie de Arcadia cristiana. Yo lo escuché sorprendido, preguntándome por qué había desaparecido la misión. Sé que la población y los curas la abandonaron en una fecha desconocida. Al final dijo que el mérito de Helmuth y sus seguidores consiste en hacer posible el viejo sueño de los misioneros. Estuve a punto de decirle que el sueño de una sociedad sin clases era mucho más viejo que el cristianismo: Hesiodo, Virgilio. Tampoco creo que esa Arcadia tenga mucho que ver con la república de los fundadores. Pero no dije nada.

¿Por qué Helmuth simpatiza tanto con el padre Rogelio?

He estado pensando en lo que dijo el cura acerca de los méritos de Helmuth. Estoy en parte de acuerdo, pero por

distintas razones. Yo creo que el doctor realmente encontró un atajo para acelerar la creación de un escenario (y no me refiero a su vena de dramaturgo) más agradable para la vida y para corregir, de paso, las peores aberraciones de los hormigueros modernos. Pero sería ingenuo creer que de eso se deriva automáticamente la felicidad. En eso creo que Helmuth está lejos de pensar como el cura, pero también de los devotos del progreso. Recuerdo cuando discutí esto último con el ingeniero. Él se atrevió a decir que Helmuth, igual que los curas, fomenta la voluntad de martirio y el endiosamiento de una idea. Como si los masones, y las demás sectas, no hicieran lo mismo. Su república también es una idea y su fe ciega en el progreso los condena a vivir en la ansiedad perpetua. Le repetí una frase que acababa de leer en una gaceta y que me gustó: “La sociedad perfecta no existe, pero debemos trabajar como si así fuera”. Alegué que Helmuth no exigía un sacrificio inútil ni esperaba que los habitantes del Varado pagaran al contado un edén que no tiene para cuándo, ¿quién se atrevería a prometer una fecha de entrega? Palabras más, palabras menos, le dije que cualquier idea de sociedad perfecta, al concretarse, se convierte en algo provisional. Pero OJO: ¿No sería muy estúpido pregonar esto y socavar la fe de los constructores? Desde entonces el ingeniero no me habla. Yo creo que Helmuth se lleva bien con mochos y con jacobinos para ayudar a que fructifique la fe de ambos. La fe es fecunda, mueve montañas. El proyecto de los fundadores requería una energía titánica. Era necesario alentar un compromiso incondicional. No idolátrico. Tal vez es la única manera de evitar, o al menos posponer, el desengaño y la esterilidad. Me gustaría discutir estas cosas con Helmuth.

Lo releyó completo y luego por partes. Cada vez más seguro de que era la voz de David, pero sin poder precisar una palabra

o una frase, en donde estuviera la huella inconfundible de su amigo. En un libro de Platón encontró una hoja doblada con otro manuscrito:

¿Cuántas horas estuve sentado en el escusado por culpa del cólera? No debería quejarme. En la postura del pensador de Rodin alcance cierta sabiduría: el mundo está mal hecho. No sé qué diga la biología, pero creo que la aparición de seres con un tubo digestivo fue el comienzo de nuestra esclavitud y del desastre en que estamos. ¿Tener que nutrirse depredando todo alrededor no es, en última instancia, la causa de esta maldita guerra? ¿No hubiera sido mejor que fuéramos fotosintéticos?

Creo que fue Epicuro el que dijo que el alma radica en el estómago, ¿somos un gusano modificado o, como quiere Platón, una crisálida arrancada del capullo antes de tiempo? O un triste anfibio que no se halla en ningún lado. Durante toda la semana pasada tuve la sensación de que, en el escusado, nuestra chispa divina celebra sus funerales varias veces al día.

¿Qué prueba eso?

¿Los santos defecan?

Sintió, sin saber bien por qué, que ese papel era la recompensa a su tenacidad. Emocionado, releyó el escrito del cuaderno y creyó que al fin podía identificar lo que quería. Era como si esa hoja arrojara una luz que le permitía encontrar lo que buscaba en los demás escritos, incluidos los artículos de las gacetas, era algo muy vago —una tenue pincelada de ironía sobre un fondo triste—, pero suficiente para rehabilitarlo de sus fracasos anteriores.

Un resplandor azuló la ventana y unos segundos después se escuchó el trueno. Arrancó las hojas del cuaderno y se

apresuró a meter las cosas dentro de las cajas. Afuera estaba nublado y soplaban un viento frío. Se sentía reanimado y capaz de soportar las molestias del resfriado. Antes de que llegara a su casa, se soltó una ligera llovizna. La tormenta cercana llevaba varios días sobre el horizonte sin romper en lluvia.

Ciro dobló la hoja con el manuscrito y lo guardó en la bolsa del pantalón. Observó los jirones de nube que cruzaban el atrio a ras de suelo. Apenas podía ver el contorno de la iglesia en la niebla. Como el día anterior, pasó un rato preguntándose cómo iba a plantear la cuestión al cura. No podía andarse por las ramas. Tampoco era necesario mencionar el nombre de David desde el primer momento. Primero tenía que confirmar la identidad de David y el Girasol. Podía empezar preguntando si no había visto al Girasol. Si el cura respondía que no, podía decirle que se refería a David, el hijo del arquitecto. El cura se vería forzado a confirmar que se trataba de la misma persona o a desmentirlo. Si fingía no conocer al Girasol, podría mostrarle el manuscrito que exhibía claramente que alguna vez se habían frecuentado. También podría recordarle que durante un sermón había mencionado a un joven escritor ¿o había dicho poeta?, aunque Ciro no tenía la certeza de que aquella mañana el cura se hubiera referido a su amigo. Sin embargo, ese tipo de imprecisiones lo obligarían a deshacer el enredo.

Comenzó a lloviznar. Fue hasta la casa parroquial y tocó varias veces sin obtener respuesta. Era el tercer intento del día. Imaginó que el cura había salido del Varado y tal vez no volvería hasta el sábado para officiar misa el domingo. Decidió irse y regresar más tarde. Avanzó por la avenida de la República sacudido por un viento frío y cortante. Al llegar a la plaza estaba empapado. Sentía una punzada en la garganta.

Comió sin apetito en el comedor central. Leyó el cartel que anunciaba una función de teatro a las cinco. Era una obra escrita y dirigida por el doctor Helmuth. En el reloj de la plaza vio que faltaba casi una hora para la función. No quería regresar a su choza y optó por hacer tiempo en la biblioteca. Hojeando un libro de pintura se quedó dormido. Cuando despertó había escampado. Eran las cinco y veinte. Cruzó la plaza. En el umbral del teatro vaciló unos segundos. No tenía muchas ganas de ver la obra, pero tampoco quería volver tan pronto a la casa parroquial. Decidió entrar. La función había comenzado y la sala estaba casi a tope. En medio de una hilera de butacas vio un lugar desocupado. Para alcanzarlo, tuvo que molestar a las personas de los asientos vecinos quienes le lanzaron miradas de reproche. Apenas tomó asiento se arrepintió de estar ahí. El aire caliente y denso de humedad le causó una sensación de sofoco.

—La gente está desquiciada —le susurró una mujer a su lado. Como si en esa frase se resumiera la parte de la obra que no había visto por llegar tarde.

—¿Por qué? —dijo Ciro en voz baja. Voces indignadas exigieron silencio. La mujer no dijo nada. Ciro trató de concentrarse en lo que ocurría en el escenario. Una multitud enardecida saqueaba una bodega de granos, se hablaba de una epidemia, de cosechas arruinadas. El acto culminaba con una ciudad en llamas. Cambió el escenario. Seguía una intriga palaciega. En tiempos de la colonia, pensó Ciro. Un diálogo entre un aristócrata, relamido y untuoso, y un arzobispo. El primero hace el elogio, un tanto exagerado, de un sabio muy respetado, su vecino, pero dejando entrever, como quien no quiere la cosa, que tiene ciertas costumbres no muy ortodoxas. Desliza el rumor de que el sabio practica cierta clase de brujería. En el tercer acto aparece el sabio en cuestión, el

escenario es un laboratorio de alquimista. Ciro sintió que la temperatura le estaba subiendo muy rápido. Tenía la espalda empapada de sudor. Pensó que debía irse, pero no quería molestar de nuevo a los asistentes. Decidió esperar a que terminara el tercer acto. Intentó seguir el tedioso monólogo del actor, quería dejarse subyugar por la ilusión dramática, pero en la sala ocurrían cosas que se lo impedían, además de las molestias de la gripe. Dos filas adelante un hombre de espalda descomunal no dejaba de emitir una risita enervante. De vez en cuando soltaba una carcajada sin hacer caso de las protestas de los otros. Ciro olvidó la trama por estar más atento a los detalles de la magnífica escenografía. Durante algunos minutos, que se le hicieron eternos, luchó contra el sopor que lo invadía. Como en sueños pudo ver que el sabio era apresado y conducido ante un tribunal de la Inquisición. Voces destempladas lo acusaron de ser el causante de todas las calamidades que habían azotado a la ciudad. Ciro hizo un último esfuerzo para seguir el hilo de una intrincada discusión entre el abogado y el fiscal, pero le ganó el sueño. Un grito lo despertó casi al final del juicio. Confusamente, entendió que la defensa iba ganando la partida. Sin embargo, en el último acto, para sorpresa de todos, el acusado, tal vez harto del juicio, se declara culpable y es condenado a la hoguera.

Cuando empezaron los aplausos, Ciro sintió ganas de estornudar y se apresuró a salir de la sala. De pie frente al ventanal que veía hacia la plaza, sintió un cosquilleo a la altura del esternón. Pensó que quizá el día anterior no había pescado una gripe, sino una bronquitis. El vestíbulo comenzó a llenarse de gente que no se animaba a salir a la llovizna. Esperaban unos segundos y luego se alejaban corriendo. Ciro esperó, absorto frente al cristal, repitiéndose que era una locura ir a buscar al cura y empaparse de nuevo. Podía darle

una pulmonía. Cuando parecía que ya no había nadie en el teatro, lo sobresaltó una voz ronca y aguardentosa:

—¡Me lleva... con este chingado norte!

El hombre que había estado riéndose durante la obra se paró junto a él, mirando hacia la plaza mojada con una expresión sardónica. Ciro lo examinó de reojo. En la sala lo había imaginado más joven, quizá por la actitud irreverente. Ahora resultaba difícil calcular su edad. Tenía el rostro lleno de arrugas y la espalda un poco vencida. Aunque erguido debía medir casi dos metros. Todo en él parecía excesivo: el bigote y las cejas pobladas, los mejillas hinchadas y rubicundas, el ancho de la espalda, el azul de los ojos.

—¿A dónde vives? —dijo dándole una palmada en la espalda.

—Por el Zapotal —respondió Ciro intimidado.

—Entonces vamos, mi casa está por el mismo rumbo —le entregó un enorme paraguas y apoyó el antebrazo en el hombro de Ciro.

Mientras cruzaban la plaza de la República, notó que el hombre cojeaba y pensó que en realidad le había ofrecido el paraguas porque requería ayuda para llegar a su casa.

—¡Qué bodrio acabamos de ver!... teatro de merolicos. Esa obra no la escribió Helmuth —dijo jadeando por el esfuerzo.

Camaron por una calle enlodada. Al pasar junto a un charco, para no mojarse, Ciro dio un salto e inmediatamente sintió que el hombre le clavaba los dedos en el hombro y hacía más presión como si sospechara que había estado a punto de abandonarlo. Luego le pareció que exageraba la cojera y pensó que con eso le estaba indicando que fueran despacio. Alentó el paso, bordeando los baches inundados. Ciro percibía claramente, a pesar de la congestión nasal, el nauseabundo tufo de sudor alcoholizado.

—Con este frío se antoja un mezcalito ¿no?

Llegaron a una casa de estilo colonial con techo de dos aguas y ventanas con enrejado de hierro. Pasaron por un corredor que rodeaba un patio central con una fuente en el centro. La sala principal, llena de los objetos más disímolos, parecía un museo o una bodega de anticuario. Los muebles eran viejos, pero lucían como nuevos, bruñidos, sin una mota de polvo. Antes de ocupar el lugar que el hombre le señaló, se puso a ver unos dibujos de insectos que adornaban la pared y luego se acercó a una vitrina llena de figuras de porcelana estilo rococó.

—Son auténticas, de Meissen —dijo el hombre arrellanado en un sillón primer imperio.

La atmósfera de aquella sala en penumbras le provocó sensaciones opuestas. Parecía un lugar acogedor e íntimo, pero a la vez daba una impresión de tiesura. En el aire se mezclaba un aroma de especias provenientes de la cocina, con un olor a encierro y a parafina.

—Delfina —llamó el hombre con voz estentórea y enseguida apareció una mujer menuda y robusta.

—Trae mi jarabe y dos vasos —luego agregó dirigiéndose a Ciro —o prefieres una cerveza.

—Mejor un vaso de agua, tengo un poco de gripe.

—Tráele un té de menta, para la gripa no hay nada como una bebida caliente con piquete.

La mujer se alejó sin decir nada, pero antes de cruzar la puerta del fondo encendió la luz de la sala. En ese momento, Ciro reparó en otro detalle chocante de la decoración: la lámpara que colgaba del techo de vigas era una araña de cristal versallesca.

El hombre fue hasta un rincón de la sala donde estaba un gramófono. Puso un disco y volvió a sentarse. De la trompeta

con forma de cornucopia salieron los primeros compases de un vals.

La mujer regresó pronto y puso una charola con una botella sin etiqueta y una tetera humeante en la mesita del centro. De una vitrina sacó una copa y una taza. El hombre se sirvió una copa de la botella y la vació de un trago.

—¿Qué te pareció la obra?

Ciro pensó que más que una pregunta parecía una invitación a despotricar contra el autor del drama.

—No le entendí bien, la verdad, llegué un poco tarde y me dormí un rato. No entendí por qué el sabio se declara culpable cuando su defensor ya casi había demostrado su inocencia.

—Exacto, ese es uno de los puntos flacos, no tiene sentido —dijo el hombre sin dejar de mover la cabeza para subrayar que aprobaba su comentario. Ciro agregó:

—Al final me pareció que la obra tiene un mensaje contra la Iglesia o al menos contra la Inquisición...

—No, no, no, para nada... ¿sabes?... esa obra no la escribió Helmuth, es del cura, el asunto no es tan simple como parece, es más retorcido como corresponde a una obra hecha por un merolico. Al final del monólogo, esa parte a lo mejor ni la viste, queda bien claro que el personaje es un enfermo, no un loco, más bien un melancólico. Por eso se siente culpable aunque no sabe por qué. Es obvio que en la Edad Media un tipo así podía convertirse en chivo expiatorio y acabar en la hoguera ¿me entiendes? El autor quiere insinuar que en nuestra época a un personaje así se le encierra en un hospital y ya estuvo... ¿Adivinas en qué clase de hospital está pensando el autor de este bodrio?

—¿El Varado?

—Pues claro. Por eso te digo que esa obra es un homenaje a Helmuth, pero no la escribió él, sino Rogelio, el cura. Sírvete

el té. —Ciro llenó la taza y dejó que el viejo le echara un chorrillo de aguardiente.

—Pero los carteles decían que era del doctor. —Ciro no estaba seguro de comprender porqué el hombre insistía en que el autor del drama era un cura ni porqué le interesaba discutir el asunto.

—Lo sé, lo sé, pero te apuesto lo que quieras a que no es suya, aunque a veces ya no sé ni qué pensar de ese traidor, hijo de puta.

Ciro se quedó atónito. Comenzó a sentir esa inquietud que lo invadía cuando pensaba que estaba a punto de ocurrir una revelación importante. De pronto los ojos del viejo le recordaron vagamente a alguien.

—¿Sabes a quién me recuerda este cabrón cuando se encierra a escribir sus obras y deja todo lo demás al garete?... a Luis de Baviera, el mecenas de Wagner, de repente se desaparece unos días y se desentiende de todo lo que pasa en su feudo... —soltó una carcajada y dejó ver una dentadura amarilla y dispareja —y no sé si es peor cuando vuelve a tomar las riendas y entonces actúa como Robespierre, no sé qué es peor, la verdad. Y no vayas a pensar que cuando digo que se parece a Luis de Baviera estoy insinuando que el tipo está loco, eh, todo lo contrario, es la malicia en persona. Un zorro con tanto carisma que fue capaz de convencer, por un lado, a hombres de negocios para que invirtieran en este proyecto, hazme favor, le compraron la idea de hacer una especie de retiro, una mezcla de hotel y de hospital, y por otro lado, pudo echarse a la bolsa a un ejército de pendejos que lo siguen y lo ven como a un visionario, una especie de iluminado. Y no sólo eso, antes ya había embaucado a todos los dizque fundadores. —Se sirvió otro trago y se lo bebió despacio, moviendo la cabeza de un lado a otro con los ojos cerrados, como si hablar

de aquello le resultara penoso. Ciro sorbió un poco de té. La infusión le quemó las entrañas.

—Sí conoces esa historia, ¿no?

Ciro negó con la cabeza, tratando de ocultar el enorme interés que sentía por conocer otra versión de aquellos hechos.

—Fíjate bien cómo fue. Mucho antes de que se pusiera la primera piedra de la Ciudadela, hubo infinidad de reuniones dizque para discutir y afinar el proyecto. Dicen que fueron sesiones interminables para discutir babosadas, como si debía haber poetas o no en la nueva república o si la regeneración de la sociedad debería empezar por modelar el paisaje y la ciudad o primero había que resolver el problema de producir suficiente riqueza y luego repartirla bien. En aquel montón de orates estaban representadas las tendencias más raras que te puedas imaginar, una ensalada de disparates. Me han dicho que a veces las discusiones parecían diálogos de sordos. Pero que Helmuth los escuchaba a todos con atención, rara vez intervenía, a veces daba la razón a unos y luego a otros. Así que nadie entendía bien de qué lado jalaba. ¿Quién hubiera podido imaginar que luego iba a salirse con la suya? Claro, antes tuvo que cabildear, intrigar, buscar aliados como el cura, y poco a poco fue escalando hasta llegar a donde está ahora.

Ciro estaba muy sorprendido de volver a escuchar una versión parecida, y en un tono similar, a la del arquitecto cuando hablaba del doctor. Recordó el mural en el pasillo de la Administración, que recreaba una escena del momento fundacional. ¿Ese hombre avejentado por el resentimiento había participado en la gestación de la Ciudadela?

—Entonces usted no estuvo presente en las primeras reuniones de los Caballeros Racionales.

—No, por supuesto que no, yo fui convocado más tarde, a la hora en que los charlatanes deciden callarse para dar paso

a los tipos prácticos, a los que de veras pueden aterrizar las ideas... ¿Qué podrían fundar esos farsantes?...

—¿Entonces quiénes son los fundadores?

El hombre fue a cambiar el disco. Esperó a que empezara la *Pastoral* de Beethoven y luego caminó hacia la pared a la que Ciro daba la espalda.

—Ven acá —Ciro se acercó a ver una vieja foto que el hombre quería mostrarle.

—¿Quieres conocer a los fundadores? Pues aquí los tienes: mi padre, mi tío y nadie más... —Ciro percibió un ligero temblor en la voz, y se acercó aún más para ver los rostros desvaídos que el otro había señalado entre el numeroso grupo de personas que aparecía en el retrato de familia. Eran dos personajes maduros, de levita y sombrero de copa.

Regresaron a sus asientos. El hombre agarró la botella con manos temblorosas y al servirse un trago derramó parte del líquido en la mesa. Tenía los ojos vidriosos. Luego comenzó a tararear la melodía que apenas se escuchaba. Ciro sentía una enorme curiosidad por la historia de aquella familia, pero no se atrevía a preguntar. Pensó que el otro estaba agobiado por la nostalgia y el resentimiento. Luego de unos minutos el hombre dijo, como si adivinara la curiosidad que sentía Ciro:

—¿Sabes por qué vino mi padre a este país de salvajes?... Por culpa de Humboldt.

Agarró la botella y comenzó a caminar por la sala apoyándose en los muebles, bebiendo de vez en cuando del cogote. Su voz adquirió un tono más exaltado. Ciro pensó que era mejor no interrumpirlo, pues el viejo parecía empeñado en contar la historia de su familia. Hans, su padre, austriaco casado con una francesa, vivía en París. Era un pintor naturalista intoxicado de literatura. Desde la adolescencia se aficionó a los relatos de viajeros y a la obra de Chateaubriand.

Como muchos jóvenes de esa época había soñado con viajar a un paraíso tropical. Un día, por azar, conoció a un barón que estaba organizando una expedición a México. Al cabo de una entrevista ya eran amigos y Hans se había enrolado como dibujante. No le importó dejar a su familia. A la sazón ya habían nacido tres de sus cuatro hijos. La expedición fue un desastre. A pocos días del desembarco en Veracruz, algunos sucumbieron a la malaria, luego, cuando se supo que el verdadero propósito del barón era encontrar el punto más angosto del istmo, con miras a construir un canal que conectara los dos océanos, a varios les pareció una meta inalcanzable y desertaron. Los pocos que tuvieron agallas para seguir al barón se perdieron en la selva del Soconusco. Ya no tenían esperanzas de volver a la civilización cuando encontraron una capilla abandonada que servía de refugio a unos indios. Ahí pudieron recuperar fuerzas y después los nativos les mostraron la ruta para llegar al incipiente puerto de San Borja. Cuando arribó un barco cubano con rumbo a Veracruz, Hans, hechizado por la naturaleza, decidió quedarse más tiempo. Mandó una carta a su esposa explicándole que quería hacer un catálogo de mariposas de la zona y necesitaba algunos meses para terminarlo. No mencionó cuántos. Construyó una choza y un huerto y se puso a cazar mariposas para dibujarlas y venados para alimentarse. Un año después, cuando creyó que su catálogo de mariposas estaba casi completo, ya había empezado a coleccionar escarabajos. No quiso seguir ocultando a su familia que no pensaba volver pronto, más bien, quería que ellos dejaran el viejo continente para venir a reunirse con él. Para lograrlo eligió la mejor estrategia: primero convenció a su cuñado quien siempre tuvo un gran ascendente sobre su hermana. Le mandó varias cartas exaltando la fertilidad de la tierra y el potencial económico de

la región. El momento era propicio. En esos años, don Porfirio alentaba la inmigración europea en varias zonas de territorio despoblado y en Francia se organizaban expediciones para fundar poblados en todos los países de América. El tío, un hábil comerciante, que no veía tan claras las oportunidades que su cuñado le aseguraba, sin embargo, angustiado por la inestabilidad que siguió a las turbulencias de la Comuna y de la guerra franco-prusiana, en el año 72, tomó la decisión de aventurarse con su familia y la de su hermana. Los dos emprendedores domesticaron la zona de los manantiales y varias hectáreas de selva virgen para cultivar tabaco, café y cacao. Al final, se dio mejor el tabaco y así surgió la Compañía Tabacalera del Sotavento. En pocos años la sociedad multiplicó su capital, gracias a la buena administración del tío. Primero se construyó la casa chica, que años después sería llamada el Trianón, y ahora es el almacén de la Ciudadela, después se hizo la casa grande y el camino a San Borja. En diez años la hacienda creció a expensas de dos rancherías y un pueblo de indios que con gusto se deshicieron de sus terrenos para subirse, como peones, a la marcha del progreso. Más que un canje, ventajoso para ambas partes, fue una auténtica redención. Es cierto que había tienda de raya, pero Hans dotó a la hacienda de una clínica y una escuela para el peonaje. Muchos años después de la revolución, cuando toda la familia sabía que el gobierno quería arrebatarles todo, el tío seguía diciendo que la marcha del progreso era imparable.

El rostro se le había inflamado. Gesticulaba mucho, constantemente levantaba el índice derecho sin soltar la botella de mezcal. Parecía poseído de una furia que no provenía del alcohol, sino de la imperiosa necesidad de vindicar a los verdaderos fundadores, víctimas de la barbarie. La revolución había interrumpido la labor civilizadora de la hacienda. No

sólo había domesticado el paisaje sino a la población aborigen que vivía en la Edad de Piedra. A Ciro le subió la temperatura y sintió un ligero mareo. Tenía la sensación de que el tiempo transcurría más lento y de que la perorata duraba una eternidad aunque estaba consciente de que no podía haber sido más larga que la sinfonía de Beethoven. Por su parte el hombre no interrumpía su discurso ni para voltear o cambiar los discos. Luego de la Pastoral siguió la novena de Beethoven. Tal vez creía que ese fondo musical acentuaba el patetismo de su relato. Pasó a describirse a sí mismo como el único que mantenía vivo el espíritu emprendedor de su estirpe. Él, sin ayuda de nadie, había diseñado el dínamo y las demás máquinas sin las cuales los habitantes de la Ciudadela vivirían como nómadas recolectores. Cuando Ciro comenzó a hartarse del tono pretensioso tuvo ganas de decirle que sabía, gracias al arquitecto, que esa versión de los hechos era falsa como también lo proclamaba el mural de la administración. Pensó de nuevo en el extraño texto, leído un día antes en casa del Girasol. Aprovechando una pausa que hizo el ingeniero, se animó a decir:

—Hace poco escuché que un misionero fue el primer fundador de la Ciudadela —se arrepintió al ver que el viejo lo miraba con el rostro desencajado. Pensó que iba a arrojarle la botella.

—Te prohíbo que vuelvas a decir eso en esta casa... —Con los ojos cerrados permaneció en silencio unos segundos. La música cesó y sólo se escuchaba el golpeteo de la aguja en el surco del disco, pero el hombre no se movió. Ciro pensó que era un buen momento para retirarse pero tuvo miedo de que el otro se ofendiera. Al fin, fue a quitar el disco.

—Ya te dije cómo la expedición en la que iba mi padre encontró esa capilla en ruinas. Unas pocas familias de indios

habían desmontado el convento y vivían ahí por temporadas. Sin la ayuda de esos indios tal vez no hubieran logrado sobrevivir. No sé cómo le hacían para comunicarse pero de algún modo los indios le contaron a mi padre que ese lugar ya estaba abandonado cuando ellos lo encontraron.

—¿Pero, quién construyó la iglesia y el convento?

—Creo que nadie lo sabe a ciencia cierta, debe haber sido una de las últimas misiones de la colonia. Por este rumbo siempre hubo grupos de cazadores, abundaba el venado y otros animales. No se sabe quién ni cómo llegaron hasta acá los curas que construyeron esos edificios. Deben haberlos ayudado los indios. A cambio, ellos les enseñaron nuevos cultivos y poco a poco se fue asentando la población en torno a la iglesia. Luego quién sabe qué pasó, tal vez una epidemia que mató a unos y ahuyentó a otros, el caso es que la población fue disminuyendo y los pocos curas que quedaron, aislados por la selva, tal vez ni se enteraron de la Independencia. ¡Imagínate! He oído distintas versiones, pero son puras conjeturas. Cuando la hacienda absorbió los terrenos de la iglesia, mi padre quiso restaurar la capilla y el convento, pero a mi tío no le gustó mucho la idea. Era un jacobino intransigente y se me hace que le gustaba ver el contraste entre esas ruinas y el esplendor de su hacienda, tal vez veía en eso un símbolo del progreso o ve tú a saber qué pensaba, el caso es que tuvieron que intervenir mi madre y mi tía para ablandarlo. Al final resultó un gran beneficio para la Compañía, pues a la misa llegaba gente de poblaciones y rancherías alejadas que luego se quedaban a trabajar en la hacienda y todos estaban muy contentos: los dueños, los peones y el cura. Por cierto, hay que decir que cuando se supo que la revolución la habían ganado los jacobinos del norte, primero Carranza y luego Obregón y Calles, mucho antes que llegaron los rumores

del reparto agrario y esas cosas, aquel curita abandonó a su rebaño y se largó un día sin avisar, como las primeras ratas que abandonan el barco. Así que no me vengan con que la Ciudadela la fundaron los curas.

Ciro recordó la impresión de abandono y descuido que le causó el casco de la hacienda el día de su llegada y tuvo un atisbo de la inmensa nostalgia que abrumaba a aquel viejo solitario y resentido. Sintió compasión. Recordó que el arquitecto había mencionado, de pasada, que antes de que empezara la construcción de la Ciudadela, se había restaurado parte de la hacienda para guardar bultos de cemento y varillas. Quizá se había referido al almacén, el primer edificio de los franceses, la casa chica o Trianón. Pensó que la Ciudadela era como un ave Fénix que siempre resurgía, refundado, de sus ruinas. Tal vez en el futuro descubrieran restos de un templo olmeca bajo los cimientos de la iglesia.

—¿Qué piensas? —dijo el otro al verlo ensimismado.

—También me habían dicho que la Ciudadela la habían fundado los Caballeros Racionales del Anáhuac.

—¡Sí, cómo no! Y la imprenta también la inventaron ellos ¿no?... Ven acá.

El viejo se levantó de golpe y salió de la sala tropezándose. Cruzaron el patio y fueron a una habitación igual de abigarrada que la sala, pero con otra clase de objetos: herramientas, refacciones, piezas de motor eléctrico y una serie de artefactos desconocidos para Ciro. El hombre abrió la puerta de cristal de un librero de caoba y sacó un libro enorme, empastado en piel, que Ciro ya conocía. Era el plan de fundación que ya le había enseñado el arquitecto.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Menos de dos meses.

—Muy bien, ahora dime en qué se parece esto —abrió el libro al azar— a lo que has visto allá afuera...

Ciro fingió interesarse en una vista que desde el primer encuentro con el arquitecto le había parecido una escenografía faraónica de alguna película de Griffith.

—Ahí tienes el país de Jauja de los caballeros... Hermosa ¿no? Sólo tiene un pequeño inconveniente: nadie sabe dónde se encuentra, tal vez en la imaginación de sus creadores, en el *topos uranus*, o sepa la chingada.

De una repisa tomó un plano enrollado y lo extendió sobre el escritorio.

—Ahora mira esto —Ciro no pudo identificar a qué parte de la ciudadela correspondía aquella imagen.

—Es el generador, si tenemos luz es gracias a esto, quizás no sea tan bella como aquel sueño de Jauja, pero existe y funciona —dijo satisfecho.

De un cajón de su escritorio sacó otra botella con un poco de líquido y la vació de un solo trago. Sacó una bolsita de tela con tabaco y comenzó a revolver el contenido de los cajones.

—¿Dónde coños dejé esa chingada pipa?

Ciro se acercó al librero y se puso a ver los títulos de los volúmenes finamente encuadernados. La mayoría eran libros en francés: historia, tratados de entomología, las obras de Víctor Hugo y Chateaubriand, Maeterlinck, *Le voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent* de Humboldt.

—Pásame un libro de esos, el que sea —ordenó el viejo. Ciro cogió uno al azar y se lo dio. El hombre arrancó una página y se puso a liar un cigarro. Fumó en silencio, abstraído y con los ojos cerrados. Ciro sentía una gran curiosidad por saber cómo habían echado a andar el proyecto los fundadores y qué papel había jugado aquel hombre, aunque era evidente que sólo le interesaba contar la historia de su familia. Optó

por preguntar cuál había sido el final de la hacienda con la esperanza de que luego le contara algo de la siguiente refundación de la Ciudadela. Así supo que los dos patriarcas habían vuelto a Europa con sus familias después de fraccionar sus tierras, poco antes del reparto agrario. El tío, con su buen olfato para los negocios, siempre se anticipaba a los hechos, ya había salvaguardado el capital de la sociedad en un banco suizo y en la bolsa de París.

El viejo se enfrascó en una diatriba contra sus primos y hermanos por haber rematado su herencia y por haber abandonado el barco como las ratas. Todos habían vendido su parte de terreno excepto él y una prima que luego regresó a vivir en el Varado cuando las cosas se pusieron feas en Europa. Dicha mujer resultó ser la pintora que Ciro había conocido en la casa de Kazuo. El ingeniero volvió a dar rienda suelta a su megalomanía y al resentimiento. Se perdió en un largo y exasperante recuento de los problemas que habría si el dínamo dejara de funcionar y luego se puso a despotricar, con furia creciente, contra cada uno de sus primos y contra la administración actual. Era como si todo el alcohol que había estado ingiriendo se le subiera de golpe en aquel instante. Ciro no sabía qué hacer para ayudarlo a escapar de aquel frenesí. En una pausa se animó a preguntar:

—¿Y usted por qué se quedó?

El hombre lo miró con hostilidad, pero luego pareció serenarse. Buscó algo en los cajones del escritorio.

—La loca que pinta acuarelas y yo somos los únicos que nacimos de este lado del charco. Supongo que eso cuenta ¿no?... necesito un trago para no ponerme a hablar sin ton ni son... Cuando llegaron los charlatanes —señaló el libro con los planes de fundación que había dejado sobre un armario— me convencieron de apoyarlos. En realidad fue uno de los

cabecillas. Manuel, un arquitecto muy hábil. Su padre fue presidente municipal de San Borja y era amigo de mi tío. Él nos ayudó mucho en los tiempos duros, después de la revolución. Incluso le compró su parte a uno de mis primos. Yo conocí a Manuel, desde que éramos niños. Siempre me cayó bien... Acabó sus estudios en Europa. Tenía buenas ideas. En los primeros planos que me mostró de su ciudad de Jauja, vi que incluía un puerto de cabotaje y eso me agradó. Me pareció que a mi tío también le hubiera gustado ese proyecto. Y no voy a pensar que me vieron la cara. Manuel presentó esos planos en Atenas, en las Conferencias Internacionales de Arquitectura Moderna, en el treinta y tres, creo, y recibió elogios. El caso es que de un día para otro me convertí en el jefe de ingenieros, hazme favor. Me propusieron iniciarme en sus misterios y entrar a su secta, pero los mandé a la chingada. Al principio todo iba viento en popa. En el treinta y cinco se restauró el Trianón para guardar los materiales de la obra, se hizo la escuadra para alojar a los albañiles, y de pronto, cuando apenas empezábamos los cimientos de la administración y del hospital, viene el motín, un golpe de timón y cambio de rumbo... ¡Imagínate!... No sé qué pendejada provocó la ruptura entre Helmuth y Manuel y todo se fue al carajo. Lo único que se hizo de acuerdo con los planos de Manuel fue la escuadra.

Se calló y continuó revolviendo los cajones del escritorio. Fue dando tumbos hasta un rincón y con manos temblorosas fue sacando una por una las cosas que había en un armario. Ciro lo escuchó con ansiedad, pensando que en todos los días que llevaba en el Varado no había tenido una mejor oportunidad de averiguar el paradero de su amigo. Era imposible que el viejo no conociera a David. Tenía que arriesgarse y preguntarle sin rodeos si lo había visto alguna vez en el Varado. No podía desaprovechar esa oportunidad.

Temió que el hombre volviera a ser presa de aquel frenesí que lo hacía desvariar y decidió ayudarlo a encontrar la botella. En vano rebuscó en todos los anaqueles.

—Vamos a la cocina —ordenó el hombre.

Se había soltado otra vez la lluvia. En el corredor sintió picotazos de agua fría en la cara. En dos ocasiones el ingeniero tuvo accesos de tos y náuseas. Ciro tuvo que usar todas sus fuerzas para evitar que se fuera de bruces. En la cocina lo ayudó a sentarse en un banco. En una alacena halló una botella con un poco de aguardiente. El viejo bebió del cogote y pareció reanimarse.

—Ahora vamos a mi cuarto —dijo poniéndose de pie.

Ciro apenas podía sostenerlo, el hombre andaba como si las piernas no lo obedecieran.

—Oiga —le dijo al oído— ese arquitecto que lo invitó a trabajar aquí...

—Un tipo listo y emprendedor... el menos farsante de los charlatanes esos —dijo con voz aguardentosa, arrastrando las palabras— nunca regresó al Varado... ¿Lo conoces?

—Conozco a su hijo.

—Ah sí... ¡Ese mustio! Lo he visto varias veces platicando con Helmuth. Se me hace raro, después de lo que pasó. Debe ser otro experimento de Helmuth.

—¿Un experimento? —Ciro sintió una especie de vértigo. Dio un paso al frente y lo encaró. Estiró los brazos para sujetarlo de los hombros como si fuera un tronco a punto de caer. El hombre bebió el último trago y arrojó la botella al patio.

—Parece que no entiendes nada... No ves que todo esto es un experimento de Helmuth y sus rémoras. Y son tan necios que se niegan a ver que todo es un chingado fracaso. Querían una especie de comunidad armónica, una hermandad y qué hicieron... levantaron una torre de Babel. No pueden ponerse

de acuerdo ni siquiera para ponerle nombre a las calles. Viven aferrados a costumbres que rechazan de dientes para afuera, son egoístas, sectarios. Ahora fíjate en las casas, en los edificios. Se supone que sólo iban a hacerse viviendas colectivas, todos los edificios del mismo estilo moderno. Y ve en qué acabó el sueño de los fundadores. Chozas, chalets, vecindades, lo nuevo, lo moderno revuelto con lo primitivo. Todo desentona. En fin, qué se le va a hacer. Échame una mano.

Al llegar a la habitación, se desplomó de espaldas en la cama. Mientras Ciro le quitaba los zapatos, el viejo balbuceó incoherencias como si hablara en sueños.

—¿Sabes qué? —lo miró con ojos desorbitados. Permaneció callado unos segundos con una expresión ausente, que a Ciro le pareció grotesca, como si estuviera a punto de revelar un valioso secreto. Tal vez la obra sí la escribió Helmuth... ¡Debe ser otro de sus experimentos! —Sentenció antes de quedarse dormido.

Poco antes del amanecer, la lluvia amainó. Ciro agarró una sombrilla arrumbada en el piso y salió de la casona sigilosamente. Caminó sin prisa bajo la llovizna, chapoteando en la calle anegada.

El techo de palma de su choza tenía un enorme boquete y el suelo de tierra estaba húmedo; sus cosas, revueltas y enlodadas. Sintió ganas de partir de inmediato. La fiebre había cedido, pero ahora se sentía más abatido y molesto que el día anterior. Había confirmado la presencia de David en el Varado, pero eso le parecía un resultado tan frustrante como no haber encontrado nada. Pensó que había sido una locura regresar de San Borja con la ilusión de hallar el expediente.

Se recostó en un rincón seco del suelo y decidió descansar un rato antes de ir al almacén a esperar un camión a San Borja. Era sábado y habría al menos un par de salidas en la tarde.

Durmió sin interrupciones hasta las dos. Cuando despertó, sentía la cabeza despejada, tenía hambre y mucha sed.

Fue al comedor y ocupó un asiento cerca de la ventana. Observó un rato el nervioso ajeteo de la multitud a la entrada de la Administración. Le parecieron hormigas preparándose para reparar el hormiguero en una tregua de la tormenta. “Yo también he estado moviéndome como hormiga” pensó. Mientras comía una sopa desabrida alcanzó a oír, en una mesa vecina, que hablaban del doctor Helmuth. Alguien dijo que era extraño que aún no hubiera vuelto de San Borja. Otro aseguró que no volvería esa tarde sino hasta la siguiente. En

ese momento su corazón se puso a latir con violencia. Recordó que la víspera el ingeniero dijo que había visto varias veces a David y al doctor platicando. Tal vez David había tenido problemas con Olga y, deprimido, acudió al doctor en busca de ayuda. Tal vez el doctor tenía alguna clase de bitácora donde anotaba observaciones sobre sus pacientes. Durante algunos segundos sólo escuchó sus latidos y su respiración agitada. Un tropel de razones pasó en vano por su cabeza para convencerse de que era una locura meterse a la casa del doctor. Supo, íntimamente, que no se iría sin hacer esa última pesquisa aunque fuera algo descabellado. Era como si se hubiera convertido en adicto a esa búsqueda.

Cuando arreció la lluvia, la gente que estaba en la plaza se dispersó. Ciro decidió que era el momento de actuar. La casa del doctor, situada al final de una diagonal que partía de la plaza, era la penúltima de un conjunto horizontal. Avanzó despacio por la calle desierta y al llegar a la esquina dio un rodeo para meterse por la parte de atrás. Antes de encaramarse a la barda, vaciló unos segundos, recapacitando. Como otras veces, sólo tenía una vaga idea de lo que esperaba encontrar y ninguna certeza de que existiera. Pero había cierta posibilidad y eso era suficiente para arriesgarse de nuevo. La barda no era muy alta y Ciro pudo brincarla sin problemas. La puerta de la cocina estaba cerrada, pero sin llave. Ciro entró y pasó rápido a la sala contigua. Dio un vistazo a los pocos muebles. En una mesita de centro había un violín y un fajo de partituras. En una pared había máscaras mexicanas, polinesias y una que otra africana. Se detuvo a mirar una serie de figuritas prehispánicas, de barro, sobre una repisa. Luego subió las escaleras que daban a una especie de vestíbulo. A la izquierda, en una pieza con ventanas a la calle, estaba el dormitorio con una cama individual, una cómoda y un ropero. Del otro lado

el estudio, una pieza de muros altos, atestados de libros. Echó una rápida ojeada a los nutridos estantes. Al fondo, junto a la pared con ventanas al patio trasero, vio un armario con carpetas y archiveros de cartón. Pensó que necesitaría horas para revisar aquella montaña de papeles. Sobre el escritorio había una máquina de escribir con el borrador de una carta inconclusa al presidente municipal de San Borja, un periódico reciente con noticias de la guerra y un libro en alemán. Abrió el único cajón y vio expedientes amarillos como los que había revisado en el archivo de la Administración. Al leer el nombre de su amigo, el corazón le dio un vuelco y un escalofrío le recorrió la espalda. Era un grueso expediente cuyos papeles fue sacando con dedos temblorosos. Leyó algunas hojas sueltas sin entender nada. Pensó que sería incapaz de ordenar aquel rompecabezas. Pero encontró un manuscrito engrapado y lo leyó con ansiedad creciente.

David llegó a la Ciudadela muy decaído física y anímicamente. Desnutrido y con una infección estomacal. En nuestro primer encuentro lo veo tenso, nervioso y muy angustiado. Hace unos meses ha comenzado a oír voces que lo insultan y le ordenan autoflagelarse. Lo atosiga la obsesión de haber asesinado a alguien. Asegura que soy el primero a quien se lo revela: "Nadie más lo sabe, ni siquiera mi familia. Tengo miedo de que alguien adivine mis pensamientos, de que me ocurra algo grave. En la calle tengo la sensación de que todo mundo se burla de mí. Tengo miedo de lastimar a alguien y de ser castigado". Luego de las primeras entrevistas me llama la atención lo siguiente: David tiene temores mágicos (Las palabras están vivas y son omnipotentes, lo mismo que el pensamiento, por eso ha dejado de escribir y quiere estar aislado), sentimientos de culpa y necesidad de autocastigo (una

vez dijo que le gustaría vivir como un asceta del desierto). Tiene hiperestesia a la luz y al ruido. En el hospital se le asigna una habitación individual con las ventanas tapiadas. Me pareció que era un caso de esquizofrenia con tendencias paranoides. Pensé que la psicosis podía ser una exacerbación de algunos rasgos de su personalidad (tratándose de un joven poeta) o la eclosión de un estado latente causada por un trauma reciente. Traté de averiguar cuál pudo ser el detonador, pero David no quiso hablar de hechos recientes. A pocos días de su llegada ocurre un brote psicótico. Gritos, aullidos, risotadas, expresiones onomatopéyicas. Durante horas repite una frase o un mismo insulto (perras, arpías). Cuando pasa el furor desarrolla estereotipias (gesticula frente a la pared o camina en círculos). Onanismo desenfrenado. Otros pacientes se quejan de que no los deja dormir con sus gritos. Se le traslada a una habitación más aislada del segundo piso. Una noche escapa del hospital y es hallado hasta la tarde siguiente en el fondo de una barranca. Desnudo, inconsciente y con heridas y contusiones leves en todo el cuerpo.

La Ciudadela no puede hacerse cargo de pacientes psicóticos. Por eso los canalizamos a instituciones donde puedan darles la atención adecuada. Convoqué a una reunión urgente para discutir este caso y pedí que se hiciera una excepción con David porque se trata de una persona de valía. Lo conocí desde que era un niño y verlo así me conmovió.

Recibe atención especial durante varias semanas. Su estado físico mejora ligeramente. Sin embargo, cuando hablo con él se pone rígido y sólo responde con monosílabos. Algunos días, permanece en un estupor alucinatorio y deja de comer. Empeora. Por primera vez, pienso que no podremos hacer gran cosa, pero ocurre algo esperanzador. Me entero de que David acepta la comida sólo cuando se la ofrece una

enfermera muy joven y competente. Acudo a verla en acción y noto que ella tiene una actitud muy maternal: se sienta en la cama y le acaricia la cabeza mientras le arrima la cuchara. David deglute con los ojos cerrados, la cabeza apoyada en el regazo de ella. Recordé a otro paciente que tenía una vehemente necesidad de regresar a la madre y también tenía impulsos de autodestrucción. Luego confirmaría otros paralelismos entre ambos casos que me sirvieron en el diagnóstico y en el tratamiento de David. Pensé que la regresión a una etapa oral se relacionaba con un trauma sufrido por el abandono de su madre a los pocos meses de nacido (esto me lo había contado su padre). Esta suposición se vio reforzada por lo siguiente: David sólo aceptaba ciertos alimentos (espinacas, lechuga, uvas y plátanos verdes). Explicó a la enfermera (nueva figura materna) que tenía prohibido ingerir alimentos sin clorofila. Supuse que el deseo de recibir alimentos verdes directamente de la madre tenía algo que ver con el símbolo de la madre-tierra y encargué a la enfermera que lo alimentara a horas fijas (como a un lactante) y que mantuviera la actitud maternal. Por su parte, ella se las ingenió para darle de contrabando una dieta más rica en forma de papillas mezcladas con un licuado de espinacas. Poco después David aceptó semillas y frutos de cualquier color. La recuperación fue notable. En pocas semanas recuperó peso y disminuyeron las tendencias autistas.

Lo anterior indica que al abandonarlo durante el periodo de lactancia, su madre había fijado en el niño una condena asociada al placer de alimentarse. De ahí surgían los sentimientos de culpa. La enfermera logró revertir lo anterior y algo aún más notable: atenuar la virulencia de algunas voces.

Primera etapa del tratamiento (Teatro de papel)

El conflicto de David se originó en una etapa previa al desarrollo de la lengua y a la formación del yo. La imposibilidad de usar una terapia basada en la palabra nos obligó a ensayar un método más afín al pensamiento pre lógico en el que se hallaba retraído el paciente. Era preciso utilizar su mismo lenguaje.

El trauma de abandono materno impidió un desarrollo normal del yo y eso lo hizo vulnerable a la psicosis que acabó por disgregarlo. La única vía para reconstruirlo fue reemplazando a la figura materna que lo había rechazado. Esta transferencia fue posible gracias al excelente desempeño de la enfermera quien pronto adquirió, para David, ciertos atributos de omnipotencia que fueron cruciales en la primera terapia basada en un sencillo teatro de papel.

David casi no hablaba, pero escuchaba a la enfermera y le obsequiaba dibujos. Eran imágenes crípticas, expresiones de un delirio que al principio nos pareció hermético. Entre las pertenencias de David había un cuaderno con una especie de diario, un tanto desordenado, en donde encontramos la clave para interpretar el simbolismo de los dibujos. No sin dificultad, se pudo establecer cierta correspondencia entre los escritos y las imágenes. Por ejemplo: Una estatua femenina (en un dibujo tenía el nombre de Isis) aparecía con frecuencia y estaba asociada a las voces (rayos en los dibujos y perras o arpías en el diario). Pensamos que esas figuras representaban impulsos y temores y podían usarse para dramatizar sus complejos. Encargué unas figuras de cartón basadas en los diseños de David. La idea era sustituir la palabra por el acto con una suerte de teatro de papel muy sencillo. Mi esperanza era que todo esto funcionara como un psicodrama. Se requería un método más activo que los tradicionales, pues la dramatización más que rememorar el trauma, permite actualizarlo y encontrar la salida.

Se sabe que para elaborar el delirio (y escapar de una realidad frustrante) los esquizofrénicos se valen de distintos mecanismos: proyección, imitación, condensación, participación. Éstos se usaron en la dramatización que abrió el camino para la recuperación del sentimiento de realidad. Basándonos en diversas hipótesis sobre la dinámica del conflicto elaboramos tramas muy simples que nos dejaron traer a la superficie los complejos subyacentes. La reacción de David nos indicaba si la hipótesis era útil. Unas veces permanecía indiferente; otras, había cambios de humor. Fue un trabajo extenuante de tres sesiones por semana.

Uno de los primeros días la enfermera me contó que cuando notaba que David estaba a punto de sufrir una alucinación ella hacía un gesto como si espantara una mosca y decía: “Tú no estás ahí”. David hacía lo mismo y se tranquilizaba un poco. Eso me hizo pensar que debíamos convertir el teatro de papel en un sistema mágico. La cosa resultó relativamente sencilla dado el subjetivismo absoluto del esquizofrénico. David vivía en la ilusión dramática. Las figuras (o personajes) estaban vivas. Unas podían hacer daño y otras actuaban como talismanes. Al principio sólo la enfermera podía modificar roles o interrumpir el drama. Dado que David tendía a imitar a su nueva madre (sobre todo cuando ella lo animaba a hacerlo) pronto él también pudo manipular la acción. Este empoderamiento se convirtió paulatinamente en un dominio de sí mismo. Así empezó a liberar sus impulsos y a superar miedos y culpas. En suma, este primitivísimo teatro fue el ariete que rompió el autismo. Nos permitió llegar a él (usando su lenguaje) y traerlo de vuelta a la comunidad. Luego ya fue posible la conversación, el análisis clásico.

Ciro permaneció un rato sentado en el suelo. Mirando hacia la ventana. Sumido en un estupor como si hubiera despertado

de un plácido sueño para descubrir algo atroz. Tenía la sensación de que el sujeto del diagnóstico elaborado por el doctor era un perfecto desconocido. En el expediente había otras hojas mecanografiadas que *Ciro* leyó sin entender nada. El estilo neutro del médico, plagado de jerga profesional, parecía encubrir un enigma. ¿Cuándo había comenzado a perder la razón *David*? En la ráfaga de recuerdos que pasó por su cabeza en ese momento, *Ciro* buscó un gesto, algún indicio que preludiara la locura. Tal vez la forma de celar a *Olga* hubiera merecido una explicación patológica, pero nunca se le había ocurrido. ¿Por qué en el diagnóstico no aparecía ni una sola mención a *Olga*? Ahora estaba casi seguro de que *Olga* y *David* habían roto. Y le parecía imposible que *David* no le hubiera dicho al doctor nada sobre ella. Su nombre tenía que aparecer en algún lado. Fue sacando uno a uno los papeles del expediente, revisándolos con atención. En una hoja de agenda encontró la siguiente anotación: ¿Místico o hipocondriaco? El Varado es el único lugar donde podría vivir con esa duda. Dijo *David* ayer. Me recordó al héroe de mi Alquimista.

Ciro pensó que la fuente de la que surgían los dramas del doctor era su experiencia médica. Quizá tenía un cuaderno donde escribía observaciones, sobre sus pacientes, que luego refundía en sus obras.

Hurgó en el dormitorio y en el cajón de la cómoda encontró una agenda. Hojeándola, reconoció la elegante caligrafía del doctor en una serie de notas recientes sobre las intrigas de un jefe de sección. ¿Cuánto tiempo había estado escribiendo ese diario? Los saltos cronológicos indicaban que sólo registraba cosas que le parecían relevantes. Aún así, pensó *Ciro*, podía haber acumulado, en varios años, una pila de agendas como esa. Regresó al estudio y fue directo al armario junto a la ventana. Encontró una caja llena de agendas

de distintos tamaños. Las ordenó por año. En una, que abarcaba varios meses del 40, el doctor Helmuth se ocupaba casi exclusivamente de David.

15/04/40

David lucha, con la parte sana de su conciencia, contra el sentimiento de irrealidad. Describe esa lucha como un esfuerzo desesperado para escapar de una pesadilla. Aún no sabemos si es un padecimiento crónico. Hay periodos en los que las alucinaciones casi desaparecen. Entonces, en la zona intacta de su yo, aumenta la angustia de la despersonalización. Se muestra muy ansioso por entender lo que le pasa. Intento explicarle que durante los últimos brotes psicóticos ha llegado a perder la conciencia de su propia subjetividad y proyecta hacia afuera sus impresiones internas. Se trata de un mecanismo de defensa que le permite sobrellevar el miedo, la agresividad y la culpa atribuyéndolos a objetos externos. Un yo débil se disuelve en las cosas como ocurre en el pensamiento animista.

Él me cuenta con detalle las ideas delirantes que lo asaltan durante las crisis. La coherencia interna y la creatividad del delirio refuerzan el diagnóstico inicial (esquizofrenia paranoide).

Juntos tratamos de traer a la superficie el núcleo de los complejos subyacentes, pues ahí surgen las ideas delirantes. La respuesta de David me llena de optimismo. Comprende con claridad el carácter morboso e ilusorio de las voces y de las visiones. Sin embargo, a veces he notado que está muy angustiado durante las entrevistas. Parecía ausente (la mirada fija en la ventana). Al final gesticulaba como si estuviera reprimiendo las ganas de gritar. La persona encargada de vigilarlo me cuenta que esos automatismos son frecuentes durante el mediodía. Esto me hace dudar

de la eficacia del psicoanálisis para el tratamiento de la esquizofrenia. Aún así, frente a David, tengo que actuar como un médico que no alberga la menor duda acerca de la terapia elegida.

Sé que hay autores que sostienen que las psicosis tienen una causa orgánica cuya fisiogenia aún estamos lejos de comprender. El principal apoyo de esta hipótesis es una serie de observaciones sobre el efecto de ciertos fármacos, pero aún no hay datos concluyentes. Para dichos autores, el delirio es una elaborada respuesta del paciente al sentimiento, causado por las alucinaciones, de pérdida de la realidad. Aun si esto fuera cierto (lo que reduciría la esperanza de curación) no cabe duda de que la esquizofrenia, como la neurosis, tiene elementos psicógenos. Sus síntomas evolucionan a partir de una serie de complejos.

20/01/41

Quizá no debería hacerme demasiadas ilusiones sobre la pronta recuperación de David. Esta semana tuvo una recaída. El martes llegó a la sesión muy nervioso. Le pregunté cómo se sentía y me dijo que acaba de descubrir que las voces tienen algo que ver con los rayos del sol. Imaginé que había tenido una alucinación más vívida que las anteriores. No quiso hablar de eso. No sé por qué, por primera vez, tengo la impresión de que no es del todo sincero. Apenas habló y respondió a mis preguntas con monosílabos. Al final de la sesión lo vi mucho más tranquilo que otras veces. Paradójicamente, lo anterior me preocupa. Me gustaría verlo angustiado por el regreso de ciertas voces que había dejado de oír. Me informan que otra vez come poco. Me preocupa, aunque las recaídas son frecuentes en este tipo de pacientes.

24/02/41

Hace pocos días David tuvo uno de los peores brotes desde que vive en la Ciudadela. Me parece que las alucinaciones tuvieron tintes de vuelo místico. Aunque se limitó a llamarlo “mi viaje” me queda claro que fue una tremenda conmoción interior y él pretende haber alcanzado cierto tipo de clarividencia. (Me dijo: “Se me aclaró todo de golpe”). Le pedí que me hablara de eso. Se mostró reacio. Insistí un poco y a regañadientes me entregó una servilleta con el siguiente manuscrito:

“La materia es luz cuajada. Se evapora en el éter. La piedra, el árbol y el insecto son ascuas. El fuego los vuelve luz. Al ascender se adelgazan hasta la transparencia. Luego vuelven a ser piedra, árbol, insecto, hombre. ¿Por qué? Ese vaivén sin fin es el misterio. ¿Se aburre la luz de su esplendor? ¿Nostalgia de la llama?”.

Le rogué que me describiera el “viaje”. Respondió que fue algo tan hermoso que si pudiera expresarlo quedaría claro que se trataba de una ilusión. “Traducir esa visión en palabras sería falsearla.” Me pidió que esta vez respetara su decisión de callarse. Me sentí molesto y cometí la imprudencia de decirle que esa actitud podía llevarlo de nuevo al autismo. Aunque vi que se ponía tenso, agregué que sus visiones surgían de un fondo inconsciente, que seguramente eran reflejos tardíos de la regresión que había sufrido antes, de un anhelo de fusión simbiótica con la madre y de la euforia que ese estado provoca en el lactante. Volví a explicarle los supuestos en los que nos basamos para sacarlo de la afasia en la que había caído. Él me escuchó con atención y luego replicó que esa jerga psicoanalítica no sólo no explica nada, sino que hace más grande el misterio. No insistí por ese lado. Me dio la impresión, mejor dicho: tengo la esperanza, de que aunque en ese momento David fue

impermeable a la crítica, tampoco estaba totalmente seguro de que “su viaje” no fuera una alucinación como las otras. Necesita más tiempo para digerir todo el asunto. Más tarde me contó la enfermera que hace poco lo vio paseándose muy tranquilo bajo el sol de mediodía. Esto debe ser buen síntoma.

En la noche me puse a leer a J. Boheme. He estado pensando en los paralelismos que existen entre el desmoronamiento del yo en el caso de un místico y en el de un esquizofrénico.

8/03/41

Por fin se abrió un poco al diálogo. Dijo que se siente mucho mejor. Lo malo (no necesito preguntárselo) es que la mejoría no tiene nada que ver con nuestras conversaciones sino con el “viaje” del que no ha querido decirme gran cosa. No ha sido fácil comunicarnos. En varios momentos intenté referirme a esa vivencia en términos de una experiencia mística (usé palabras como éxtasis o iluminación). Él se rehusó a seguirme la corriente. Habla de eso con demasiada cautela. Tal vez imagina que ese lenguaje debe sonarme hueco. Por mi parte, estoy seguro de que sus visiones brotan del inconsciente, pero no puedo usar esa jerga psicoanalítica, pues él ya está vacunado.

Le pregunté cómo percibía las voces últimamente. Dijo que había ocurrido un cambio importante. En los primeros brotes, al comienzo de la enfermedad, fue como un desdoblamiento interior “como cuando uno discute consigo mismo”. Meses después, cuando advirtió que su yo era distinto, empezó la tortura. Pero ahora, luego del “viaje”, ocurre algo extraño: las voces han dejado de ser hostiles y al final le dejan un vago sentimiento de comunión. Le pregunté si seguía pensando que son mensajeras de un poder trascendente. No mordió el anzuelo. Sólo dijo que se sentía mucho mejor.

Hablamos de otras cosas, de política y de los sucesos del mundo y de la Ciudadela. El interés por lo que pasa a su alrededor me parece buen síntoma. Pero yo quería volver al asunto del “viaje” y no me animé, aunque estoy seguro de que él mismo no para de preguntarse si las últimas visiones provienen de una fuerza o poder ajeno a él o son una fantasmagoría interior. Es demasiado listo para no hacerlo. Sospecho que David siempre ha vivido en la frontera de un mundo imaginario y que sus ideas delirantes están elaboradas con las mismas imágenes de sus sueños y de sus escritos. Aprovechando la buena disposición que mostraba le pedí que me prestara de nuevo todos los escritos que trajo a la Ciudadela junto con los más recientes y que me diera una lista de sus mejores poemas publicados. Antes de su “viaje”, David acostumbraba fechar sus manuscritos y eso me permitió ordenarlos cronológicamente. Noté que algunos de los más recientes, sin fecha, posteriores a su “viaje”, parecen borradores o anotaciones al vuelo, hechos para no olvidar una idea. Sin embargo, creo que los poemas que seleccionó (todos de una etapa anterior a la enfermedad) también se gestaron a partir de una visión en bruto que luego se fue puliendo. Tengo que hablarle de estas cosas la próxima vez.

9/04/41

Durante casi un mes no pude ver a David por un engorroso trámite en la capital. Tal vez sea el paciente más interesante que me ha tocado atender. Por eso me preocupó que mi salida pudiera afectar su recuperación. Sin embargo, me llevé sus escritos y tuve suficiente tiempo para estudiarlos con cuidado. También hablé con la enfermera encargada de vigilarlo sobre lo que debía hacer en el caso de que David tuviera una recaída. Los informes que recibo a mi regreso

son sorprendentes. David hizo algunos amigos y fue con el jefe del grupo que construye la escuela para que lo aceptara como aprendiz de albañil. Aparentemente, el trabajo lo entusiasma. También la astronomía. Pasa horas observando el cielo con el telescopio.

Cuando llegó a mi despacho noté que venía de muy buen humor. Platicamos un poco de trivialidades. Me sorprende el interés que muestra por los asuntos de la Ciudadela. Le pregunté sobre su estado de ánimo durante los últimos días. Y para mi sorpresa, me habló de un nuevo “viaje”. Hace unos días salió a caminar después de la comida. Había anochecido y estaba lejos de su choza, comenzó a percibir con angustia que las uñas le crecían y que poco a poco se convertía en ocelote. Luego apareció el pájaro que le revela el sentido de las alucinaciones, pero antes de que le dijera algo él se lo comió. Volvió a recorrer distancias infinitas, innumerables galaxias. Pero ahora eran sensaciones horribles. Cuando acabó el trance se sentía angustiado y culpable. Tal vez pensó que la clarividencia alcanzada últimamente puede ser ilusoria. Creo que me contó este último “viaje” porque lo perturbó. Aproveché esa disposición para hablar del asunto, y le dije que en esa visión aparecen figuras (el pájaro y el felino) que también están en escritos anteriores a las primeras crisis.

Le conté mi sospecha de que esas imágenes provienen de la misma fuente de la que surgen los sueños. No es necesario suponer un roce con lo trascendente. David me concedió que las primeras visiones eran confusas como las de una pesadilla. Pero alegó que las últimas son de una viveza tal que sólo puede provenir de una fuerza externa que de algún modo expande la percepción. “Las siento. Son imágenes que provocan sensaciones de plenitud en el cuerpo. Sé que es algo difícil de comprender para quien no lo ha vivido. ¿Cómo podría describir, a alguien que nunca ha estado en

el mar, una puesta de sol o la sensación de ser arrastrado por una ola?”. Sin embargo, insistí, esta última vez surgió la duda cuando las sensaciones fueron desagradables. Le conté que al leer sus escritos se me ocurrió que tal vez sus visiones surjan en un estado parecido a los momentos de inspiración en los que el poeta actúa como un agente pasivo de las musas. Como si alguien le dictara al oído los versos. Una especie de trance que escapa a la voluntad. Los escritos más recientes, relacionados con su “viaje” parecen borradores de un poema. Le pedí que me explicara cómo es que en éstos aparecen imágenes o símbolos que ya figuraban en textos anteriores a la enfermedad. Por ejemplo, el jaguar. ¿Qué podía representar dicho animal? Se quedó pensando unos segundos y luego dijo que tal vez el jaguar no simboliza nada. Simplemente, es un animal que siempre lo ha fascinado. “De chico tenía sueños que eran como variaciones de una misma pesadilla: un gato o un tigre me persigue. Yo apenas puedo mover las piernas, pero nunca me alcanza. Hace unos años hice un viaje a Bonampak con un amigo. En el camino nos encontramos a unos cazadores. Nos contaron que es casi imposible seguirle la pista a un jaguar. Se mueve en lo más intrincado de la selva, sube a los árboles, nada en los ríos, se oculta en cuevas. Deja huellas invertidas para despistar a sus seguidores. No es raro que un cazador descubra que su presa le ha estado pisando los talones. Su única debilidad es que se trata de un animal muy territorial. No tolera a otro macho en su territorio. Los cazadores nos mostraron unos bramadores que se usan para atraerlo. Es un artefacto de caza que imita el sonido de un macho en celo. Cuando el animal lo escucha se enfurece y se precipita en busca del intruso. Esa es la única manera de atraparlos. Más tarde, nuestro guía lacandón nos contó que en su pueblo hubo una época en que comenzaron a desaparecer cristianos en un

camino que cruza una zona de selva. Cuando desapareció el cura, se organizó una expedición en su busca. En una cueva encontraron un jaguar retozando junto a un montón de cabezas intactas. La fiera había devorado todo el cuerpo menos la cabeza. Todo esto me impresionó mucho y esa noche el miedo no me dejó dormir”.

Le pregunté si había creído esa historia. “No. El guía la contó como si fuera verídica, pero evidentemente tenía todo el sabor de la leyenda. Tuve miedo porque estábamos acampando en el territorio del jaguar”.

Esta anécdota me recordó cierto pasaje de un escrito reciente donde David compara sus poemas con bramadores. Le pregunté qué significaba esa metáfora. Me explicó que luego de ese viaje a Bonampak comenzó a pensar que la poesía era un oficio arriesgado. “Los poetas juegan con fuego. Sin saberlo, juegan con fuerzas que pueden avasallarlos”.

Antes de que dijera lo anterior, yo estaba seguro de que David, al fin, había comprendido que por su bien era mejor poner sus visiones a la luz de la crítica. Quería que viera, sin decírselo abiertamente, que la imagen del jaguar (en sueños, en poemas y en alucinaciones) indicaba a las claras la irrupción del inconsciente. Le pregunté si nunca se le había ocurrido que ese animal fuera una especie de representación plástica de algún temor o impulso.

Me miró con suspicacia. Luego dijo que se daba cuenta a dónde lo quería llevar. “Usted está convencido de que todas las verdades que me han sido reveladas de golpe son productos de una mente enferma. Si yo intentara refutar ese punto de vista, podríamos discutirlo durante días o meses. ¿Para qué? ¿Usted, cómo podría saber si mi experiencia ha sido auténtica?”.

No se me ocurrió una respuesta. Tal vez tenga razón. Yo no puedo afirmar con certeza, basándome en sus escritos

y en lo poco que me ha dicho, que sus visiones sean sólo un montón de ideas delirantes. Tampoco puedo aceptar, sin echar por la borda mi formación y mis creencias, que sean sabiduría trascendental y que estén más allá del análisis.

30/04/41

Rogelio cree o creía que David es agnóstico. Le dije que, en efecto, nunca habla de Dios o del más allá. Ni en las entrevistas ni en sus escritos. Varias veces me he preguntado ¿por qué?, ¿si ha tenido una experiencia teopática, por qué no usa un lenguaje *ad hoc*? Le dije a Rogelio que tal vez es un indicio de que David tiene dudas sobre la autenticidad de sus visiones. Me aclaró que ha habido personas sin religión que tienen experiencias místicas o seudomísticas. Pero agregó que si David hubiera sentido la presencia de Dios tendría que haber sufrido una conversión religiosa. Le dije que las últimas semanas David ha mostrado un cambio de actitud, es mucho más sociable y su recuperación ha sido espectacular, pero no sé si a eso pueda llamársele conversión. Luego no supe cómo nos enfrascamos en una discusión en la que Rogelio ahora buscaba argumentos para concederle a David el beneficio de la duda. Me aseguró que tampoco los grandes místicos habían salido de esos trances con los nervios ilesos. Tal vez cuando se establece un canal de comunicación con lo divino, aunque sea un roce efímero, es inevitable que por ahí fluya la sabiduría revuelta con algo de locura. Alegué que en el caso de David yo estoy casi seguro que primero fue el desequilibrio y luego el conocimiento infuso. Le pregunté si en la literatura especializada no se menciona un criterio para discernir lo genuino de lo espurio. Rogelio no estaba seguro. Puso algunos ejemplos (incluido el del fundador de su orden) para probar que en esta materia tal

vez no hay nada químicamente puro. Al final agregó: “Por sus obras los conoceréis”.

El problema de los jesuitas es que son sofistas disfrazados. Después de hablar con Rogelio me siento menos seguro.

A Ciro lo exasperó ese tono vacilante que parecía una concesión al punto de vista, mistificador, del cura. Era mejor rendirse de una vez por todas a la evidencia de la locura, por muy duro que fuera aceptar que David, después de todo, no era el amigo en quien había confiado ciegamente, sino un extraño que lo había estado engañando durante mucho tiempo. Tal vez David era un zorro y podía engañar a medio mundo, pero que embaucara al doctor, que ya había empezado a curarlo, era escandaloso. De pronto recordó un pasquín antifascista, leído poco antes de llegar al Varado, cuya retórica maniquea lo había hecho sonreír. Describía la historia y el mundo actual como un campo de batalla entre la locura y la razón, las tinieblas y la luz. El autor, un exiliado judío, exigía del lector una toma de partido sin titubeos. Ahora le pareció que era cierto, literalmente cierto. Y tal vez esa historia también se cumplía en cada individuo. Quizá el naufragio de un loco se precipitaba con un autoengaño, cuando usa la parte sana de su conciencia para inventarle un sentido a la locura. Entonces las alucinaciones eran sabiduría infusa. Por eso lo irritó que el doctor titubeara. Leyó en varias páginas del diario los ecos de la discusión que sostuvo el doctor con el cura Rogelio durante algunas semanas. Éste rechazaba una explicación racional. Argüía que pedirle a David ayuda para aclarar su experiencia era como pedir peras al olmo, David no puede explicar eso que percibe como venido de fuera. Se supone que así debería ser la experiencia de unión, insistía el sacerdote. Agregaba que David no estaba loco, pues él

mismo había admitido que la clarividencia alcanzada en sus viajes podía ser ilusoria. Ciro deploró que el doctor aceptara ese argumento. Con suspicacia, trató de imaginar todo lo que había pasado, que no se mencionaba en el diario, entre la redacción del diagnóstico del expediente y el momento en que el doctor escribió en su diario: “casi estoy seguro de que el desequilibrio fue antes que la sabiduría infusa”. Ese “casi” indicaba que había abandonado sus certezas. El quince de mayo anotó: “¿regresión o crecimiento?”. Las dudas del doctor se resumen en esa pregunta. Ciro sospechó que quizá el doctor quería creer que David era un místico para cerrar el caso y pasar a otra cosa. Quizá los problemas de la Ciudadela reclamaban su atención. En efecto, en los meses siguientes, las observaciones sobre David se van espaciando y se entremezclan, sin transición, con el registro de otros asuntos, sobre todo las intrigas de algunos jefes de sección que quieren hacerse cargo de la administración.

Hacia mediados del cuarenta y uno reaparece David en el diario. El 20 de julio, el doctor anota: “¿Las visiones de David no serán como las que provocan ciertas sustancias psicoactivas (ese viejo asunto del Soma que revela misterios celestiales, según el Rig Veda)? ¿No le habrán dado toloache?”. Y más adelante concluye que tal vez el “viaje” de David sea una experiencia mixta: una mezcla de locura y roce con lo trascendente. Una vivencia interna e inaccesible al análisis, pero cuyos efectos, visibles en la actitud de David hacia los otros, son espectaculares: colabora con entusiasmo en las tareas comunales, mostró interés en afiliarse a alguna secta, ha vuelto a escribir, entró al coro de la iglesia. No volvió a hablar de sus “viajes” y nadie lo ha visto en el estupor alucinatorio, aunque el doctor aún cree que David podría ocultarse cuando presente que va a sufrir una crisis.

El 29 de julio menciona el desconcierto que le provocó enterarse de que David, junto con Pedro Martínez y otros, está organizando una nueva secta.

A mediados de agosto, el doctor relata una conversación con David sobre lo que ahora llama “su nueva familia espiritual”. El encuentro tuvo lugar en una playa y ahí el doctor le planteó abiertamente que la nueva secta podría hacerse cargo de la administración. Discutieron los pros y contras, pero el doctor no le dijo a David la verdadera razón, que sí aparece en el diario, de su descabellada propuesta: está convencido, aunque no dice cómo alcanzó esa verdad, de que David, en sus viajes, ha tenido vislumbres de un lugar más allá de la historia y sus horrores. No es necesario creer que exista esa especie de orden trascendente, pero puede ser un faro o un antídoto para el fundamentalismo militante de las demás sectas, pues carece de signo ideológico. Una semana después vuelven a verse. David le dice que ha decidido quedarse a vivir en el Varado, pero que a su grupo no le interesa hacerse cargo de la administración. De paso le informa que antes tiene algunos pendientes en la capital. Aunque no aclara a qué pendientes se refiere, Ciro pensó que debía ser algo relacionado con Olga.

Un trueno lo devolvió a la pieza. Puso el cuaderno en el sofá y se quedó mirando hacia la ventana como si saliera de un trance hipnótico. Afuera, la llovizna se estaba convirtiendo en aguacero. Poco después sólo se escuchaba el rumor del agua en el techo y en los cristales, las ráfagas de viento. Ciro permaneció sentado en el suelo, absorto en sus reflexiones, hasta que empezó a oscurecer. Luego fue a sentarse en el escritorio. Quiso encender la lámpara de mesa, pero no había luz. Bajó a buscar una vela y prosiguió la lectura del diario. Releyó las partes donde aún se hablaba de esquizofrenia o de paranoia. Cogió el fajo de hojas a máquina, el diagnóstico,

que estaba en el expediente y se preguntó por qué no estaba en el archivero de la Administración junto con los demás expedientes. ¿El doctor había decidido ocultarlo? Tal vez muy pocos se enteraron del estado en el que había ingresado David. Incondicionales, como el cura y la enfermera, a quienes el doctor fácilmente podía convertir en cómplices. Trató de imaginar el arribo de David a la Ciudadela. Lo vio deambulando con ojos desvaídos, arruinado por el dolor de perder a Olga. Ahora estaba casi seguro de que ella había sido el detonador de la locura, aunque su nombre nunca se mencionara. Tal vez se lo había dicho al doctor, pero el diario tenía enormes, quizá deliberadas, lagunas. Releyó el diagnóstico nuevamente con la esperanza de que la primera vez, su prisa y aturdimiento le hubieran hecho saltarse el nombre de Olga. Acabó de leer más confundido. Si al principio el doctor estaba tan seguro de que David era psicótico, ¿por qué no lo había echado fuera como al cristero? Tal vez precisamente porque un loco podía servirle de marioneta. En el diagnóstico el doctor decía que había abogado para que David se quedara en la Ciudadela, rompiendo una regla institucional, porque conocía a David y lo impresionó mucho el estado en el que llegó. Quizá era cierto, fue por una mezcla de compasión y de curiosidad, y no por ánimo de revancha como creía el arquitecto. El doctor, difícilmente, hubiera podido prever los cambios que iba a experimentar David meses después de su arribo y el provecho que podía sacarse de esa “conversión” como la llamaba el cura. ¿Por eso el doctor había decidido actuar como si David estuviera curado? ¿Podría David ocultarle a los demás, especialmente a Olga, esa farsa? ¿Era todo una farsa? Lo abrumó la sensación de que nunca sabría la verdad sobre su amigo. Era como si hubiera estado siguiendo la estela de un fantasma que contaminaba de irrealidad todo lo que tocaba.

Después de todo, pensó, no era raro que David decidiera vivir en aquel absurdo lugar, que alguien llamó “sueño en marcha”, cuyo origen y metas parecían nebulosos.

Como si ahora importara eso, pensó que en el diario podía haber información sobre los primeros años de la Ciudadela. Revisó los cuadernos más viejos, del treinta y cuatro, pero no había nada sobre la fundación ni sobre la ruptura de los fundadores, ocurridos por esa época según el ingeniero. Halló un pasaje donde el doctor relata una discusión con el cura Rogelio sobre la pertinencia del rito de iniciación de los Caballeros Racionales. Días antes había ocurrido un accidente y el cura aprovechó la ocasión para cuestionar lo que llamaba “parodia de misterio”. El doctor replicó que la comunidad sólo puede surgir de la comunión. De ahí la necesidad de los ritos.

Ciro pensó que eso confirmaba que, a fin de cuentas, para el doctor sólo pesaba la justificación política. En el fondo, tal vez era irrelevante si David estaba loco o no.

De pronto lo sobresaltó un golpe en la puerta que daba a la calle. Entre el rumor de la lluvia alcanzó a oír unas voces. Eran dos jóvenes que tenían llaves de la casa. Ciro vio un resplandor, un haz de luz y apenas tuvo tiempo de apagar la vela y ocultarse detrás del sofá.

—Yo busco en el ropero y tú ve en el escritorio —dijo una voz imperiosa en las escaleras. Ciro escuchó que revolvían los cajones.

—No hay nada aquí —chilló otra voz aguda, de adolescente.

—Fíjate bien, un folder que diga documentos personales o algo por el estilo —dijo el que estaba en el dormitorio. Ciro pensó que si veían las agendas que había dejado regadas en el piso, estaría perdido. Ansioso, miró alrededor en busca de un objeto que sirviera para golpear. Durante interminables

segundos, el joven casi no hizo ruido. Ciro no podía verlo, pero veía el haz de luz de la lámpara de mano recorriendo los anaqueles. El muchacho debió notar algo. Dio unos pasos hacia el sofá y le iluminó la cara.

—¿Qué haces aquí? —Era casi un niño, con la camisa de los centinelas escurriendo.

—Vine a buscar al doctor, la puerta estaba emparejada... llovía, así que decidí esperarlo adentro. Luego se soltó el aguacero...

—Acá está, lo encontré —gritó el de la otra pieza. El centinela, que lo veía con un gesto de sorpresa e incredulidad, se dio la vuelta y se fue sin decir nada. Azotaron la puerta al salir. Durante un rato, permaneció en el suelo, paralizado de miedo. Estaba seguro de que no tardaría en llegar un grupo de centinelas para llevárselo preso. Era inútil tratar de escapar. Si lo intentaba creerían que huía por algo más grave. Sería el chivo expiatorio. Seguir ahí haría más creíble su versión. Tuvo un atisbo esperanzador. Si el doctor los había enviado a buscar esos papeles, tendrían que contarle que lo habían visto y tal vez el doctor tendría ganas de conocerlo. Quizá podría explicarle sus motivos, contarle todo sobre la estúpida misión. Guardó los cuadernos en los archiveros de cartón y puso todo en orden. Bajó a la sala y se recostó en un sillón a esperar. Durante un rato luchó contra el sopor que lo invadía. Quería estar despierto cuando llegaran por él, pero cayó en un sueño profundo. Cuando despertó era de día. Le extrañó que aún no hubieran llegado los centinelas. Tenía hambre y sed. En la cocina encontró una bolsa de pan, queso, ciruelas y nueces. Se preparó un té con hojas de cedrón y regresó a la sala. Una hora más tarde comenzó a impacientarse, ¿qué caso tenía esperar? Quizá el doctor no volvería tampoco esa tarde y los demás estarían tan ocupados reparando los destrozos del temporal que quizá lo habían olvidado.

Al mediodía, harto de esa absurda espera, cogió la sombrilla y abrió la puerta de la calle. Llovía poco. Al salir de la casa, un hombre, en pijama, pasaba por ahí y se detuvo a mirarlo. Ciro pensó que era inútil correr. Caminó hacia el centro sin mirar atrás. Cruzó la plaza en diagonal, ajeno a la agitación de los otros. En la avenida de la República aún tenía la sensación de que el empiyamado lo seguía de cerca. Al acercarse al almacén, vio a un grupo de hombres robustos estibando costales y cajas en un camión de redilas. Pensó que había alguna posibilidad de pasar desapercibido. Providencialmente, el camión estaba a punto de irse. Ayudó a los estibadores y luego se subió a la carrocería junto a dos hombres de San Borja. Durante el trayecto nadie le dirigió la palabra. Ciro se fue callado, escuchando la plática de los otros. Así pudo enterarse de que el doctor Helmuth, le decían el alemán, no estaba en San Borja sino en la ciudad de México.

El camión lo dejó a pocas cuadras del centro. De camino al hotel del Turco vio árboles arrancados de cuajo, tejas y pedazos de vidrio en las calles, casas sin ventanas y algunos postes del alumbrado en el suelo.

El recepcionista le dijo que el patrón andaba fuera, muy ocupado, ayudando a las autoridades con el trasiego de los damnificados.

Alquiló un cuarto y pidió que le avisaran cuando volviera el patrón. Se bañó y bajó a comer en el restaurante del hotel. Volvió a su cuarto y se durmió sin desvestirse. Ya había anochecido cuando lo despertó el golpeteo en la puerta. Una mujer le avisó que el Turco estaba en su oficina. Se lavó la cara para sacudirse la modorra. Ahora sentía un inmenso fastidio de tener que hablar con el Turco. Bajó despacio las escaleras, pensando qué iba a decir. La oficina estaba al final de un corredor mal iluminado. Tocó la puerta y esperó.

—Pasa, está abierto.

El Turco, sentado detrás de un escritorio de caoba, lo saludó sin despegar la vista de unas facturas que revisaba a la luz de una lámpara de mesa. La habitación, en penumbras, olía a cigarro.

—¿Ya viste qué desmadre provocó el huracán...? Este pueblo es una zona de desastre. Y estos pendejos del municipio creen que pueden usar mis camiones el tiempo que sea y luego pagarme con el puro diesel. Ni maíz paloma. Cuentas claras, amistades largas... —hablaba sin dejar de examinar las facturas y anotar cifras con un lápiz. Ciro, sorprendido de que no le preguntara nada, pensó que ya estaba enterado del viaje de David a la capital. Tal vez David y el arquitecto ya se habían encontrado y el Turco lo sabía, pero aún no había podido avisarle. En el reloj de pared vio que eran casi las nueve. Durante algunos minutos trató de decir algo, pero las palabras se le ahogaban en la garganta. ¿El comerciante había olvidado quién era Ciro y a qué había ido al Varado o simplemente había dejado de interesarle el asunto porque ahora tenía negocios más importantes que atender? Durante casi diez minutos sólo escuchó el rumor del ventilador. Hacía un calor insoportable.

Más confundido que molesto, Ciro tuvo ganas de salir a la calle para ver los destrozos del huracán. Desde su asiento, sólo podía ver, a través de la ventana abierta, en la acera de enfrente, la fachada de El Emporio Mercantil, otro negocio del Turco. Imaginó las barriadas pobres en la rivera, anegadas por la crecida, la corriente arrasando con árboles, chozas y animales a su paso. En medio de aquel desastre no era raro que el Turco aún no dijera ni una palabra sobre la estúpida misión. Tenía cosas mucho más importantes en qué pensar. No sólo estaba metido en el negocio del transporte, también

era agricultor, propietario de una extensa finca y de varios establos. Su cara, en el círculo luminoso del escritorio, parecía avejentada. Ciro lo examinó con calma: la frente arrugada por el ceño siempre fruncido, la nariz aguileña, los ojos profundos, de búho, las cejas y el bigote tupidos, la boca fina. Era el mismo rostro agraciado, aunque ahora parecía distinto, quizá porque ahora mostraba sin pudor esa pasión por el dinero. Y acaso esa era la clave para entender cómo le había hecho, el hijo de un oscuro libanés, que había llegado a San Borja para poner un negocio de telas, para convertirse en el propietario más próspero de la región.

Tal vez, pensó Ciro, no podía achacarle codicia ni mezquindad. Tal vez tenía derecho a ignorarlo de esa manera y a sentirse el primer afectado por el desastre, pues las pérdidas eran proporcionales al tamaño de la fortuna.

De pronto, como si al fin recordara que no estaba solo, el Turco alzó la cara y se quedó viendo hacia adelante con una expresión ausente.

—Chingada madre. Tengo que ir otra vez a la estación —dijo saliendo de sus reflexiones.

—Por cierto, ¿qué pasó con David? —dijo como si al fin recordara quién era Ciro, mirándolo con una sonrisa exagerada y ojos cansados.

—Encontré el expediente, confirmé que David estuvo ahí, en el Varado, hace poco... —se calló viendo que el Turco agarraba un fajo de papeles y se ponía de pie.

—Bueno, pero eso ya lo sabíamos, ¿no?... —caminó hacia la puerta y Ciro lo siguió. El Turco abrió la puerta y se detuvo como si recordara algo.

—Oye, tengo que contarte algo —bajó la voz como si temiera que alguien más pudiera escucharlo. —Tengo un amigo en el municipio, es el encargado de la oficina de

telégrafos, bueno, pues este cuate me dijo que hace unos días detuvieron a Helmuth, aquí en San Borja, y luego se lo llevaron a la capital. La orden vino de muy arriba. Mi cuate cree que lo van a encerrar en Perote. Miró a Ciro fijamente. Oye este chisme queda entre nos, ¿eh?, secreto de estado.

Salieron de la oficina.

—¿En Perote?... ¿Por qué? —dijo Ciro atónito.

—En Perote, Veracruz. Ahí el gobierno convirtió un fuerte en una cárcel para alemanes y japoneses que colaboran con los gobiernos del Eje. Parece que el doctor andaba hasta el cuello en eso. Todo indica que Manuel dio el pitazo.

El Turco salió a prisa del hotel y Ciro regresó a su cuarto hecho un nudo de dudas.

Se desveló tratando de imaginar cómo había sido la entrevista de David con su padre. Ahora no tenía la menor duda de que el encuentro ya había ocurrido, aunque no podía imaginar cómo había transcurrido. ¿David le habría contado la verdad, incluido el asunto de la nueva secta?

Antes de dormirse, casi en la madrugada, pensó en Kazuo. En ausencia del doctor, seguramente él se haría cargo del Varado, unos días quizá, hasta que fueran también por él para llevárselo a Perote.

No volvió a ver al Turco. Al día siguiente, un lunes, sólo salió de su cuarto para comprar cigarros. Pasó la mayor parte del día en la cama, pensando. Por primera vez en mucho tiempo se sentía despejado y completamente libre para decidir lo que fuera.

El martes salió del hotel a las once y fue directo a la oficina del telégrafo. Luego recorrió la principal avenida de San Borja hasta el entronque con la costera. Había decidido regresar a la Ciudadela, a pie, con la esperanza de que en el camino lo alcanzara algún flete. El telegrama que había enviado a su madre decía: “El viaje sigue. Todo bien. Saludos”. Había mentido porque decir la verdad en pocas palabras era imposible. Aun así se arrepintió de ese gesto con la única persona que esperaba noticias suyas. Hacía tiempo que había renunciado a la misión, pero no al hábito de mentir. Pensó que en el Varado tampoco dejaría de hacerlo con las personas que confiaban en él. A Kazuo y a Ernesto no podría hablarles de la misión y luego decirles que ahora estaría de su lado. No le creerían. Por otra parte, la verdad, es decir, su verdad, no iba a revelarse en palabras. Tendría que aflorar en acciones, en la pelea contra el asedio que no tardaría en comenzar.

Empezaba a subir la parte más empinada de la cuesta, ya en el camino de terracería, cuando escuchó el ruido de un camión. Se detuvo y miró hacia atrás, haciéndose sombra con la mano. Era la estafeta del correo, traqueteando, rumbo al Varado.

EL VARADO

de Pablo Rodríguez Cabello, se terminó de imprimir en agosto de 2016 en CIGOME, S. A. de C. V. El tiraje consta de 400 ejemplares. Coordinación editorial: Lucina Ayala López. Corrección de estilo: Socorro Zepeda Montes. Formación y diseño: Eva Laura Rojas Almazán. Diseño de portada: Mayra Flores Mercado.

Editora responsable:

GABRIELA LARA



Fotografía: Adrián Cabello Osnaya



PABLO RODRÍGUEZ CABELLO. Nació en la Ciudad de México en 1968. Desde la adolescencia cultiva dos pasiones: la música y la poesía. Estudió letras en la Universidad Nacional Autónoma de México. Ha sido profesor de bachillerato y licenciatura, en diferentes instituciones, teniendo como eje de su labor la formación de lectores. Ha escrito narrativa, ensayo y poesía.

EL VARADO

¶ Una novela que mezcla con inteligencia el pasado con el presente y que, en deuda con la mejor tradición gótica, consigue que el escenario principal (El Varado) funcione como otro protagonista. El autor estudia la relación entre paisaje físico y paisaje anímico mientras teje una trama llena de intrigas que se van acumulando y develando poco a poco. Con recursos narrativos sólidos y bien manejados, entre los que destaca la inclusión de diarios, el libro brinda una lectura entretenida que no se arredra al momento de adentrarse en los territorios de la locura.

Mauricio Montiel Figueiras, México

¶ Es una extensa exploración de un territorio aislado del resto del mundo, en búsqueda de un amigo perdido. El autor conduce al lector en una descripción pormenorizada de El Varado, a medio camino entre un asilo para desequilibrados mentales y una ermita. El texto es una suerte de pesquisa en los rincones más recónditos del alma humana, que tantos misterios sigue brindando al entendimiento. Un texto con una apreciable capacidad evocadora.

Diego Simini, Italia

¶ Una obra interesante y ambiciosa, donde no abundan las frases negras ni históricas, sino concretas.

Doménico Chiappe, Perú

¶ Se agradece en un certamen esta fuerza y calidad literarias.

Rodolfo Santulla, Uruguay

